

Clara Coria

Decir

BASTA

Una asignatura pendiente

PAIDÓS

Clara Coria

Decir
BASTA

Una asignatura pendiente

PAIDÓS

DECIR BASTA

Una asignatura pendiente

DIRECTORA DE COLECCIÓN: Marcela Luza

1. E. Giménez de Abad • *Hablemos del divorcio*
2. G. Hendlin • *Querer y no poder*
3. G. Zarebski • *Padre de mis hijos, ¿padre de mis padres?*
4. C. Alhadeff • *Miedo al miedo*
5. G. Moreschi • *Adolescentes eternos*
6. M. E. Escobar de Fernández • *Hablemos de sexo*
7. A. López Blanco • *¿Por qué nos enfermamos?*
8. J. Barbieri • *De qué hablamos cuando hablamos de valores*
9. C. Casas • *Duelos: cómo superar el dolor*
10. E. Moncarz • *Ser viuda: de la pérdida a la reconstrucción*
11. J. L. Berra • *Ayurveda*
12. R. Smith • *¿Fumar? No, gracias...*
13. S. Zurschmitten • *Dieta para una vida sana*
14. M. Andreux • *Astrología*
15. L. R. Gindin y C. T. Fridman • *Matrimonios no consumados*
16. C. Coria • *Decir basta*

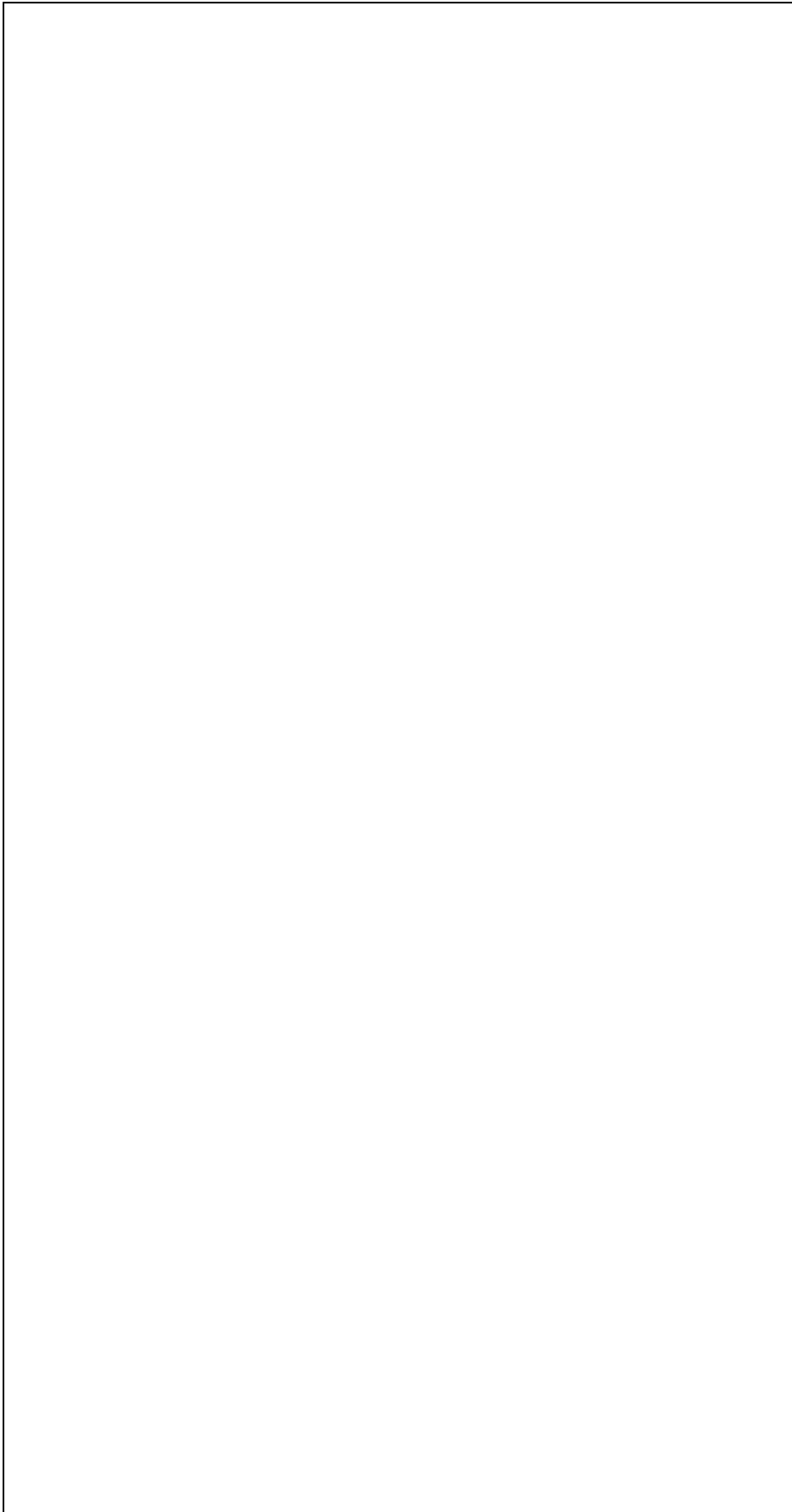
Clara Coria

DECIR BASTA

Una asignatura pendiente



Buenos Aires • Barcelona • México



Coria, Clara
Decir basta. - 1a ed. - Buenos Aires : Paidós, 2011.
E-Book.
ISBN 978-950-12-6217-9
1. Psicología. I. Título.
CDD 150

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

© 2010, Clara Beatriz Coria

Para contactar a la autora: claracoria@claracoria.com

© 2010 de todas las ediciones en castellano,

Editorial Paidós SAICF

Independencia 1682/1686, Buenos Aires

E-mail: difusion@areapaidos.com.ar

www.paidosargentina.com.ar

Primera edición en formato digital: abril de 2011

Conversión a formato digital: Ebook Factory

www.ebookfactory.org

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite.

ISBN edición digital (ePub): ISBN 978-950-12-6217-9

*Dedico este libro a todas las personas –mujeres y varones– que
transitan por la vida con la copa a punto de rebalsar.
Especialmente a las mujeres que malentendieron uno de los
mandamientos e insisten en amar al prójimo más que a sí mismas.*

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a todas mis queridas amigas íntimas, cuyo apoyo y compañía en estos tiempos me ayudaron a zurcir las rajaduras de la vida.

A las otras mujeres y amigas que participaron de los talleres de reflexión y brindaron con gran generosidad sus vivencias, reflexiones y experiencias de vida.

A mis pacientes, por lo mucho que me enseñan.

CAPÍTULO 1

LAS DIMENSIONES DEL *BASTA*

NO SE TRATA DE PATEAR EL TABLERO

Cuando me propuse investigar sobre este tema no dejaron de sorprenderme las actitudes de quienes se enteraban del mismo. Indefectiblemente debía repetir el tema que había decidido estudiar porque no era entendido de forma inmediata. Solían preguntarme: “¿Pasta?”. Y cuando yo insistía en que se trataba de *basta*, pronunciando con cuidada dicción para evitar malentendidos, repetían siempre: “¿Basta?, ¿basta?”. Nunca nadie dejó de sorprenderse. Era como si hubiesen escuchado algo incorrecto. Cuando después de varios segundos de inocultable desorientación daban ingreso en sus cerebros a la palabra *basta*, sus ojos se iluminaban e inevitablemente brotaba una sonrisa entre pícara y burlona, como si el genio de la lámpara de Aladino se hubiera presentado para darles la gran oportunidad de sus vidas, sin costos y con total impunidad. Parecían decirme: “¿Te das cuenta en qué te metiste?”; como si todos supieran que investigar los *basta* era lanzarse al corazón mismo de uno de los misterios de la vida cotidiana. Un misterio omnipresente y, a pesar de ello inasible, que era conocido por todos y sin embargo gozaba del más absoluto mutismo. Como si fuera un secreto a voces que circulara como un fantasma invisible, presente y encubierto en todos y por todos. Hasta el día de hoy no deja de llamarme la atención la sorpresa que generaba mi propuesta, como así también la asociación inmediata que hombres y mujeres hacían con el significado de “patear el tablero”, “quemar las naves”, “cortar los víveres”, “tirar todo por la borda”, todos eufemismos que apuntan al mismo destino: una actitud extrema y radical de cambio. Yo no dejaba de sorprenderme. Me impactaba la frecuencia con que se repetía esta reacción. Cada vez me convencía más de que el tema “se las traía” y decidí dedicar los próximos años a investigarlo, como hice en todas las oportunidades anteriores en que un tema me interesó. Me propuse indagarlo utilizando la metodología de los Talleres de Reflexión que siempre fue para mí una metodología idónea y profundamente esclarecedora para incursionar en aquellos temas que la cultura coloca –distráidamente– en el rubro “temas malditos”, aquellos de los que “no se habla”. Durante cinco años, entonces, organicé Talleres de Reflexión que tuvieron como objetivo central zambullirse en dicho tema.

EL *BASTA* Y SUS LABERINTOS

Debo confesar que una cosa fue plantear el tema y otra muy distinta abordarlo. La propuesta inicial de tomar como eje de reflexión el tema *basta* tuvo una acogida entusiasta y una muy buena recepción inicial entre las mujeres que solían participar de mis talleres. Pero a medida que nos fuimos introduciendo en el tema, ya desde las primeras reuniones, comenzó a quedar en evidencia que una cosa era aceptar la propuesta y otra muy distinta transitar sus laberintos. Desmenuzarlo no era nada sencillo y mucho menos inocuo. El tiempo nos fue demostrando que existían sobradas razones para resistirse a profundizar en el análisis del contenido de esa pequeña palabra aparentemente obvia, que sin embargo concentraba significados diversos, temores impensados, fantasmas inquietantes, emociones de alto voltaje y un sinfín de encubrimientos naturalizados. Para algunas mujeres, decir *basta* puede significar una liberación no exenta de culpas que requieren ser diluidas. Para otras, puede ser el inicio de un transitar por la vida con mayor liviandad enfrentando los malestares de quienes ven limitados sus privilegios y beneficios. Decir *basta* requiere también aprender a implementar estrategias saludables para reducir al máximo los costos que todo cambio conlleva. Significa, inevitablemente, asumir los costos de tal decisión, lo cual a menudo suele vivirse como un riesgo temido sin advertir que seguir evitando el *basta* es continuar soportando otro tipo de costos.

Los *basta* en la vida cotidiana de no pocas mujeres suelen surgir en forma explosiva y como resultado de una sobredosis de tolerancia, cuando la acumulación de situaciones indeseables alcanzan un nivel de saturación. Resulta sorprendente comprobar cuántas de ellas han llegado al extremo del hastío por el simple hecho de haber naturalizado dicha tolerancia que, además, pareciera adquirir categoría de “virtud femenina”. ¡Cuántas tolerancias innecesarias y cuántas otras naturalizadas fueron acumulando sobrecargas en la compleja red de la vida cotidiana de tantas mujeres!

CUANDO *DESBORDA* EL SILENCIO

Si vamos a ocuparnos de penetrar en el multifacético cuerpo de los *basta* va a ser necesario, primero, definir el concepto. Es decir, explicitar de qué estamos hablando cuando hablamos de los *basta*. Aquí se impone comenzar haciendo una primera diferenciación. Cuando por algún motivo buscamos un sinónimo de “basta”, el diccionario nos ofrece la palabra “suficiente”. En algunas ocasiones es indistinto usar una u otra; por ejemplo, cuando decimos: “Suficiente con lo que me ha servido” o “Suficiente por hoy, continuamos mañana”. Aquí solo se trata de poner un límite circunstancial en una situación ordinaria que no incluye presiones. Es un *límite funcional* para evitar sobrecargas innecesarias o excesos perjudiciales. Es simplemente frenar una situación que no arrastra ninguna historia ni genera conflictos. Para este tipo de casos, la palabra “suficiente” alcanza y sobra. Pero hay otras situaciones que sí tienen historia y también arrastran conflictos en las que la palabra “suficiente” resulta demasiado estrecha como para expresar el énfasis necesario y la carga emotiva que conllevan. Se trata de momentos en los que es necesario poner un límite contundente porque se ha llegado a un grado máximo de tolerancia (como cuando ya no se aguanta más y la capacidad para soportar desagradados ha llegado al nivel de saturación). Son esos momentos en que las energías se agotan en el intento de preservar la propia dignidad, cuando las demandas externas o internas superan las posibilidades de ser satisfechas; en fin, cuando ya no se puede seguir sosteniendo más lo insostenible. Es entonces cuando pareciera surgir de lo más profundo del deseo el rugido irrefrenable de un *NO* superlativo que arrasa con cuanto encuentra en su camino. Decir *basta* es una manera de condensar en un solo *NO*, con mayúscula, todos los minúsculos *no* que fueron omitidos a lo largo y a lo ancho de un tiempo excesivo. Es un *NO* que lleva una carga explosiva y suena a definitivo. Es aquí donde aparece el *basta* en representación de ese *NO* para expresar que se ha producido una acumulación excesiva de situaciones indeseadas. El “basta”, a diferencia del “suficiente” ejecuta un *límite por saturación*. Con frecuencia se lo utiliza para dar a entender que no habrá marcha atrás ni revisión posible, y su envergadura pareciera ser directamente proporcional a la acumulación de infinitos y pequeños *no* que fueron silenciados. Llegado este punto de saturación, el *basta* se erige como un enorme monstruo que a menudo cae en la tentación de enarbolar banderas reivindicatorias. Es un monstruo convocado y temido, aplastante y al mismo tiempo liberador (como aquel personaje de ficción, *El increíble Hulk*, que se transforma en un monstruo reivindicador que arrasa con las injusticias).

LA DENSIDAD DEL AGUANTE

Hemos dicho ya que la palabra “suficiente” –a veces tomada como sinónimo de “basta”– no alcanza para expresar toda la fuerza contenida en el *basta* porque pronunciar un *basta* es intentar poner fin a una cadena de tolerancias. De igual manera, deseo hacer hincapié en que la palabra “tolerancia” también resulta estrecha para expresar todo el peso de lo que ha sido soportado a lo largo del tiempo. Con el propósito de conectarnos con la carga emocional que significa lo que suele llamarse una “tolerancia sostenida”, propongo usar una palabra más cotidiana –aunque menos académica–, pero mucho más contundente: “aguantar”. No sugieren lo mismo “aguantar” que “tolerar”, ni transmiten la misma intensidad. En una ocasión, en unas jornadas sobre temas de género, presenté un escrito con el título de: “La dimensión perversa del aguante amoroso”^[1] y me sorprendió comprobar que “aguantar” no era una palabra valorada académicamente. Recibí no pocos cuestionamientos porque, aun cuando el contenido había logrado una muy buena acogida, molestaba su presencia en el título de mi exposición. Parece que *aguantar* tiene mala prensa a pesar de que forma parte de la cotidianeidad de casi todos los seres humanos. En esa cotidianeidad en la que llegamos a decir *basta* cuando queremos dar a entender que la acumulación de incomodidades ha desbordado nuestra capacidad de contención. Es por esto que considero que la palabra “basta”, que transmite inequívocamente esta vivencia de saturación, va de la mano con la palabra “aguantar”, que condensa el máximo nivel de densidad. Estas dos palabras son, a mi criterio, las que mejor representan el fenómeno que intento desentrañar y que podría sintetizarse en la frase: “basta de aguantar” que no suena igual a “suficiente de tolerar”. En síntesis, el sentido con el que voy a abordar en esta oportunidad el tema de los *basta* es el de la *saturación que rebalsa la copa*.

Cuando comenzamos a prestar atención a este tema y nos dedicamos a observar a nuestro alrededor suele resultar sorprendente descubrir que, con demasiada frecuencia, no son pocas las mujeres que tardan demasiado tiempo en tomar conciencia del *aguante* soportado. A menudo, es posible comprobar que suelen sorprenderse a sí mismas diciéndose en voz alta: “¿Cómo no me di cuenta antes de lo que estaba aguantando?... Como si fuera natural soportarlo”; o también: “¿Cómo cerré los ojos tanto tiempo a pesar de que me daba cuenta lo que me molestaba?”; e incluso: “¿Por qué me justificaba a mí misma para seguir aguantando, creyendo que eso era lo correcto?”. Comentarios de este tipo son esclarecedores porque iluminan uno de los nudos centrales de este pequeño gran misterio cotidiano que tiene nombre aunque poca gente lo registre. Se trata de un fenómeno que, por ser habitual, pasa inadvertido y finalmente es incorporado al ámbito de lo natural. De esta manera, termina siendo incuestionable. En pocas palabras: se produce la naturalización del aguante, que lo convierte en un hábito invisible... hasta que se vuelve insostenible y produce explosiones que ya no pueden ocultarse ni pasar inadvertidas.

LA MAGIA DE TRANSFORMAR LO *DIVINO* EN *NATURAL*

El fenómeno de naturalización esta íntimamente relacionado con los roles de género, tanto femeninos como masculinos, que cada cultura define según sus tradiciones y conveniencias. La mayoría de los pueblos del mundo intentan perpetuar sus tradiciones, las cuales pueden rastrearse a través de mitos y relatos y, con frecuencia, unos y otros terminan formando parte de los textos sagrados que organizan la vida de sus comunidades. Originariamente, el contenido de estos textos tuvo sentido como forma de cuidado y protección. Con el paso de los siglos, las condiciones que les dieron origen fueron cambiando, pero a pesar de ello se siguen perpetuando sin mayores modificaciones. Por ejemplo, en la actualidad y con el desarrollo de la tecnología, las mujeres dejaron de ser el “sexo débil” y su supervivencia ya no depende de la protección masculina basada en una mayor fortaleza física con que los varones suelen imponerse. Sin embargo, es posible comprobar que las antiguas tradiciones son celosamente guardadas en los textos religiosos y siguen perpetuándose, a través de los tiempos, transformadas en mandatos. Es decir, que son incorporadas como prescripciones que no pueden ser cuestionadas ni revisadas. De esta manera, los roles de mujeres y varones son reproducidos en la vida cotidiana y se incorporan al inconsciente colectivo como si fueran productos de la naturaleza. En realidad, la mayoría de estos roles no son producto de la naturaleza, sino una consecuencia de decisiones –tomadas por los núcleos sociales de poder– que tradicionalmente estuvieron concentradas en manos y mentes masculinas. Uno de los muchos ejemplos que nos brindan los textos sagrados es el maravilloso relato que figura en el Libro de los Proverbios bajo el título de “La perfecta ama de casa”.[\[2\]](#) También es posible encontrarlos en el Talmud y en el Corán, con el atuendo propio de dichas tradiciones.

Ahora bien, los roles de género, transformados en mandatos, son incorporados inconscientemente al psiquismo y desde allí son ejercidos con toda naturalidad como si realmente figuraran en el ADN de mujeres y varones. Con el advenimiento de los tiempos modernos, lo que antes se imponía como mandato divino pasó a ser considerado como producto de la naturaleza. El hecho de que la mujer estuviera supeditada al control masculino por designio de Dios, como expresamente está indicado en los textos sagrados de las religiones monoteístas, cambia su presentación, pero no su contenido ni su orientación. De esta manera, reemplazando el *orden divino* por el *orden natural* se consigue fundamentar el mantenimiento de los roles que sigue jerarquizando aquellas actitudes por las cuales no pocas mujeres sienten como natural seguir siendo “el reposo del guerrero” y desarrollar al máximo su capacidad de *aguante* ya que desde una perspectiva pseudorracional este *aguante* formaría parte de su naturaleza. La concepción patriarcal que subyace a la construcción de los vínculos entre los géneros ha intentado –y muchas veces ha logrado– convertir en virtud algunas de las características asociadas a lo femenino, como por ejemplo la ternura, resignación, altruismo y tolerancia, entre muchas otras. Así se consigue evitar cualquier foco de rebelión, pues aquellas mujeres que

anhelan ser virtuosas harán de la tolerancia su bandera de lucha, sintiendo que ganan en virtuosismo cuanto más *aguante* sean capaces de tolerar. Bien sabemos que si algo hacen bien las mujeres es resistir, por lo cual no pocas han creído ganarse el cielo entregándose en cuerpo y alma a situaciones insostenibles para cualquier humano. Aquí viene a cuento una frase irónica que con mucho humor hicieron circular las feministas chilenas allá por la década del 80: “Las niñas buenas van al cielo y las otras, a todas partes”.

En síntesis, el *aguantar* poco tiene que ver con la naturaleza y mucho con los condicionamientos de género, que son construcciones sociales. No se trata de un rasgo típicamente femenino, sino de una capacidad humana que ponen en juego tanto las mujeres como los varones para resistir frente a situaciones ingratas cuando no queda otra alternativa. No es un rasgo inherente a la naturaleza femenina y no debería generar ningún orgullo enarbolarla como un virtuosismo de feminidad. La *naturalización del aguante* –tan frecuente en las prácticas cotidianas de las mujeres– se caracteriza por considerar que es *natural* soportar sobrecargas injustificadas (por ejemplo, descalificaciones y malas caras de las personas cercanas y queridas, maltratos verbales y físicos, e infinidad de otros comportamientos que suelen aguantarse en nombre del amor). La experiencia suele evidenciar que este tipo de *aguante* en nombre del amor es más frecuente en mujeres que en varones. La *naturalización del aguante* resulta un tema clave porque es así como, tanto mujeres como varones, contribuimos sin darnos cuenta, a sostener una cantidad enorme de prejuicios. Es de vital importancia tomar conciencia de que la naturalización del aguante empaña el vínculo entre los géneros, produciendo grietas que socavan la posibilidad de compartir un intercambio solidario. Cuando nos detenemos a observar este proceso, podemos comprobar que dicha naturalización afecta ostensiblemente a ambos géneros, llegando a convertir a las mujeres en cómplices no conscientes de su propia sobrecarga y a los varones en victimarios, a menudo involuntarios, pero no por ello menos tóxicos. La acumulación de los malestares que promueve la naturalización del aguante propicia resentimientos que encuentran una vía regia de expresión en *basta*. O sea, podríamos decir que la naturalización del aguante es la urdimbre sobre la cual se va bordando nudo a nudo, como en las antiguas alfombras persas, el meticuloso dibujo de saturación que, llegado el momento culminante, rebalsa y estalla, irrefrenable, a través del *basta*.

CAMBIAR ALGO PARA QUE TODO SIGA IGUAL

Los tiempos han cambiado pero, a pesar de ello, muchos hábitos del pasado siguen cómodamente instalados. También es cierto que en las últimas décadas, en algunos lugares del mundo, grupos de mujeres, de ciertos varones solidarios y de no pocos gobiernos están trabajando arduamente en políticas de igualdad de oportunidades. Si bien estas políticas están en marcha, es posible encontrar llamativas paradojas. En algunos lugares, los gobiernos destinan una parte significativa de su presupuesto para capacitar a su población en lo que tiene que ver con la igualdad de oportunidades, reducir la violencia de género y contribuir a instalar culturas sociales más solidarias entre mujeres y varones.^[3] Sin embargo, también podemos comprobar que no pocas de esas políticas tienen un marcado tinte gatopardista.

El gatopardo^[4] es una maravillosa novela de época que transcurre en Sicilia, cuando Giuseppe Garibaldi invade la isla en su lucha por la unificación de Italia. Allí se encuentra con uno de los grandes señores del lugar que responde a los viejos tiempos. Su autor, Giuseppe Tomasi di Lampedusa, además de describir las complejidades de la política en tiempos de cambio, deja una clara enseñanza que podría sintetizarse con la siguiente frase: “Cuando los cambios son inevitables, es conveniente acomodarse a ellos modificando algo para que todo siga igual”. Esta actitud suele llamarse *gatopardismo* y es posible comprobar que en la historia de la Humanidad no ha dejado de repetirse una y otra vez. ¿Por qué traigo a referencia el *gatopardismo* en lo que se refiere a cambios en la posición social de las mujeres? Por la sencilla razón de que en estos tiempos resulta inevitable estar a favor de la igualdad de oportunidades entre mujeres y varones, sobre todo en aquellas comunidades que pretenden transmitir una imagen de solidaridad y democracia. Sin embargo, no son pocos los gobiernos considerados democráticos y los distintos espacios de poder –como así también las microrredes sociales–, en donde se instalan “algunos cambios” para que en el fondo “todo siga más o menos igual”. Uno de los procedimientos usuales es instalar algunas libertades que supuestamente contribuyen a la igualdad de oportunidades, mientras se mantienen proteccionismos para perpetuar la dependencia femenina; por ejemplo, cuando se abren oportunidades para ambos géneros para ocupar lugares significativos, pero se elijen varones para las posiciones más relevantes y de mayor poder económico; o cuando se acepta elegir mujeres en lugares de poder, pero de manera directa o indirecta siguen siendo monitoreadas por un varón sin que ellas parezcan darse cuenta de esta situación o la acepten con naturalidad. El costo de estas “distracciones” es que las mujeres suelen ser descalificadas en un rol que les lleva muchos años, enormes esfuerzos y no pocas renuncias alcanzar.

UNA PROPUESTA ALTERNATIVA

Mi propuesta es dar cabida a pequeños *basta* y dejar de alimentar el *basta por saturación* que suele adquirir dimensiones monstruosas. Me refiero al enorme *basta* que condensa infinitos y consecutivos *aguantes* que se fueron acumulando, favorecidos por los vientos de la naturalización. Los *pequeños basta* funcionarían como una respuesta adecuada a una demanda que ya contiene un cierto grado de toxicidad porque no toma en cuenta el intercambio entre las personas como una forma de reciprocidad paritaria. Me refiero a que cuando una mujer necesita implementar un *bastita* es porque existe otra persona cercana que no ha registrado que su demanda invade espacios y disponibilidades. Solo espera ser satisfecha al margen de un intercambio solidario. Son demandas que se aprovechan de un altruismo mal entendido, asignado al género femenino como si formara parte indiscutible de su naturaleza.^[5] Los *pequeños basta* cumplen una función preventiva porque ofrecen una oportunidad de tomar conciencia. Para el demandante, darse cuenta que se está excediendo; para el demandado, poner un límite incruento que permite evitar una acumulación de resentimientos muy nociva. En este sentido, los *pequeños basta* son señales de alarma cada vez que aparece una demanda que traspasa los vínculos realmente solidarios y de respeto por los espacios mutuos. Así, se convierten en ejercicios prácticos que permiten aprender a registrar los niveles de aguante para detectar el punto en que la tolerancia comienza a volverse tóxica. Ofrecen también la oportunidad para construir e implementar estrategias de negociación y sensibilizarse para detectar el momento en que “algo comienza a incomodar”. Pero, por encima de todo, los *pequeños basta* conllevan un espíritu constructivo muy diferente de las explosiones con que arrasan los *basta por saturación*. Podríamos dar muchos ejemplos. Tomemos uno cotidiano y aparentemente insignificante como es el simple hecho de repartir las tareas domésticas, incluso cuando los hijos son aún pequeños. Es una manera de poner en funcionamiento pequeños *basta* e impedir que quienes rodean a las mujeres, que son las que habitualmente asumen la responsabilidad de la organización doméstica, se instalen como príncipes en una actitud muy poco solidaria. La escasez de los pequeños *basta* alimenta resentimientos y pone en marcha explosiones inesperadas en el momento menos oportuno.

CAPÍTULO 2

BASTA DE PEDIR PERMISO

SI DE PEDIR PERMISO SE TRATA

Hace un tiempo estaba tomando un café en una mesa sobre la vereda de mi bar preferido y me sorprendió la conversación de unas mujeres en la mesa de al lado. Una decía: *“Hay que darse permiso para hacer lo que una considera que necesita y que es saludable”*. A lo cual varias coincidían aportando sus propias reflexiones. Otra agregaba: *“Ya somos grandes para esperar que nos den permiso y es hora de que nos lo demos nosotras mismas”*. Una tercera enfatizaba: *“Tendríamos que aprender de los varones que no piden permiso, hacen lo que consideran conveniente y, en el mejor de los casos, informan”*. La conversación seguía girando en torno de este tema hasta que, al cabo de este rato, la que se había mantenido callada comenzó a mover la cabeza como si hablara consigo misma y, en voz suave (como para atemperar posibles reacciones adversas), comentó: *“A mí no me gusta la palabra ‘permiso’ porque es la que se usa con los niños o con las personas que dependen de otro para hacer lo que desean”*.

Su comentario fue para mí como un *shock* porque al instante me di cuenta de que tocaba un punto neurálgico, clave, para entender este tema de los *permisos*. De inmediato vino a mi memoria otro comentario que en su momento, hace ya varios años, me había impactado muchísimo. Surgió de la boca de un hombre que había presenciado una conferencia dada por mí en Madrid en ocasión de la presentación de uno de mis libros. Con esa desenvoltura que suelen tener los varones para opinar aun en los contextos que no son de su especialidad, dijo sencillamente y con mucha precisión: *“Yo sé lo que les pasa a las mujeres. Y es que en lugar de pedir opinión, piden permiso”*. Recordé también que en uno de mis talleres de reflexión, hace más de una década, una de las mujeres participantes, describió con lujo de detalles una situación que acababa de descubrir en sí misma y la tenía totalmente azorada. Era una mujer profesional, independiente tanto en sus opiniones como en su economía, que no temía exponerse para defender lo que consideraba justo y que se enorgullecía de tener una familia y una pareja solidaria, donde reinaba la confianza mutua. Se consideraba a sí misma como una mujer que superaba ampliamente las expectativas de las generaciones anteriores y que gozaba de una situación de paridad con su pareja. En ese contexto, lo que descubrió de sí misma la dejó muy desconcertada. Contó lo siguiente:

Yo soy la que tiene las llaves de la caja fuerte donde está el dinero común y, aunque mi marido y yo hemos acordado implícitamente no dar explicaciones cada vez que sacamos dinero para algo que ya hemos convenido, cuando lo hago no dejo de avisarle o me las arreglo para dar alguna explicación como una manera indirecta de pedir permiso. Cuando él es quien saca dinero de allí lo hace sin darme explicaciones, de la misma manera que no me las pide a mí, seguro de estar haciendo lo apropiado.[\[6\]](#)

En apariencia, los comentarios antes señalados –que provienen de distintas fuentes – parecieran tener poco en común. Sin embargo, un análisis cuidadoso nos puede deparar sorpresas. Intentaré desenredar algunos de los hilos que se cruzan en esta

compleja trama del *pedir permiso* que ha sido y sigue siendo una de las formas más elementales y primitivas en que se expresa la dependencia. Comencemos por el principio. Sabemos que hay muchas maneras de pedir permiso y no todas son abiertas y explícitas. Cuando los niños lo piden suelen ser muy directos porque es evidente su situación de dependencia. Pero a partir de la adolescencia nada resulta tan diáfano como antes, ni todo es lo que parece. Hay permisos que no se piden, pero se esperan. Otros que se piden y no llegan. Hay permisos que se viven como vergonzantes y que terminan ocultándose bajo el disfraz de abiertas y tenaces rebeldías. Cuando miramos a nuestro alrededor también es posible comprobar que no son tantos los adultos que han incorporado la libertad de transitar la vida asumiendo con naturalidad la autonomía de sus criterios. Existen quienes encuentran natural pedir permiso con conciencia plena de ello, mientras otros están convencidos de su autonomía y hacen gala de independencias aparentes, disimuladas en sofisticadas estrategias. Por ejemplo, cuando se usan tarjetas de crédito, cuya titularidad pertenece a otra persona (cónyuge, padres, etc.). Suponen ser independientes en sus gastos a raíz de los cuales creen que no piden permiso, sin darse cuenta de que el titular de la tarjeta indefectiblemente controlará y se enterará de los mismos, sea o no quien pague la cuenta. Y no faltarán ocasiones en que pedirá explicaciones.[\[7\]](#)

El pedir permiso funciona como una moneda cuyas dos caras reflejan dos maneras complementarias de carecer de autonomía. Por un lado, es una forma inequívoca de mantener una posición subordinada, pues es evidente que quien pide permiso depende de otro. Por otro, se espera que sea otra persona quien asuma las decisiones y, por lo tanto, también sus responsabilidades y costos. Pedir permiso cuando la infancia ya quedó atrás es evitar asumir responsabilidades. En otras palabras, es cobijarse bajo la sombra ajena sin correr con el costo de los riesgos de equivocarse.

UNA DIFERENCIA INQUIETANTE

Pedir permiso es una actitud propia de la infancia. Podríamos suponer que con el crecimiento los seres humanos aprenden a asumir las responsabilidades de sus actos y por lo tanto, con el transcurso de los años, la actitud de *pedir permiso* va desapareciendo paulatinamente. Sin embargo, no es esta la realidad con la que tropezamos aun en aquellas sociedades que se precian de poco autoritarias. Desde una perspectiva evolutiva, resulta claro que los niños piden permiso porque en general dependen de otros y también porque aún no están en condiciones de asumir las responsabilidades y costos de sus acciones. Pero lo que no resulta tan claro es el motivo por el cual piden permiso no pocos adultos –o aunque no lo pidan lo están esperando– para hacer lo que les corresponde como tales. Entre los adultos, este *pedir permiso* suele estar mucho más arraigado entre mujeres que entre varones, si bien es importante dejar en claro que pedir permiso –o esperarlo– no es una modalidad exclusivamente femenina. Es posible comprobar que existe una infinidad de varones que no se animan a correr con los riesgos de sus decisiones. Sin embargo, cuando desplegamos una mirada macrosocial nos encontramos con que esas diferencias existen y son observables en la cotidianeidad de la vida. Mientras muchos de “ellos” se sienten con “derecho natural” para decidir (incluyendo un margen de error), muchas de “ellas” sienten que se trata de un derecho a conquistar.

EL ADN DE LA DIFERENCIA

Hagamos un poco de historia. Estas diferencias entre mujeres y varones no son naturales. Fueron construidas. Los motivos que las construyeron son de diversos órdenes pero están íntimamente conectados con las estrategias de poder entre los géneros y con el establecimiento de una escala jerárquica en la cual existen quienes son reconocidos como autoridades y quienes están ubicados como subordinados. Para que existan autoridades en dicha escala jerárquica tienen que existir los subordinados. Esta situación fue poéticamente planteada por Saint Exupéry en su libro *El principito* cuando el rey corre riesgo de quedarse sin súbditos porque el principito le anuncia su partida. Para no perder autoridad, el rey le ordena que se vaya. De esta manera convierte la libertad de elección del principito en un mandato que reafirma su autoridad de monarca. La educación en su sentido más amplio es responsable en gran medida de la construcción de estas diferencias entre los géneros. Las diversas instituciones sociales (educativas, religiosas, familiares, legales, económicas, etc.) van estableciendo las pautas que deberán regir el comportamiento de mujeres y varones. Es posible comprobar que gran parte de las comunidades humanas empujan a los varones a ser independientes –aunque a no todos les interese o lo logren– y en consecuencia, a proyectar sus acciones adultas sin esperar permisos. Al mismo tiempo que se incentiva la independencia masculina, se va condicionando al género femenino a buscar la protección fuera de sí, con lo cual se promueve la dependencia y su correlato inevitable: quedar a la espera del permiso. Es cierto que los tiempos han cambiado y, aparentemente, en algunas sociedades se estimula a unas y otros con modelos *unisex*. Sin embargo, las estructuras psíquicas de mujeres y varones mantienen la inercia de los siglos y siguen perpetuando lo que se fue almacenando en la memoria genética durante milenios de cultura patriarcal. Muchas de las independencias femeninas que se avizoran en los tiempos actuales (tanto en lo público como en lo privado) y atraviesan las instituciones sociales con éxito siguen siendo producto de un enorme esfuerzo personal, consciente y voluntario, por resistir los condicionamientos ancestrales y animarse a transgredir los mandatos tradicionales. Esto agrega una carga adicional para las mujeres –de la cual están exentos los varones–, que es soportar todos los costos que significa asumirse como transgresora. Y como si esto fuera poco, a los costos psíquicos por transgredir suele agregarse otro más, que consiste en la autoimposición de perfección.

EL PERMISO PARA EQUIVOCARSE TAMBIÉN ESTÁ SEXUADO

En una oportunidad, una mujer se lamentaba de haber tomado la decisión de hacer una inversión que no había resultado todo lo promisorio que esperaba:

Si hubiese sido mi marido quien decidió hacer esa inversión y se hubiera equivocado habría dicho que siempre hay un margen de error y que le serviría para aprender de la experiencia, mientras yo no dejaba de pensar que si no soy capaz de hacerlo bien, no tengo que hacerlo más.

Este comentario no el único de este estilo que ha llegado a mis oídos a lo largo del tiempo. Y siempre me resultaron sospechosos. Intuía que detrás de la preocupación por un resultado insatisfactorio, se ocultaba una cantidad de vivencias que iban más allá de los posibles desaciertos cometidos. En esta ocasión, intentaré abordar alguna de sus complejidades poniendo el foco en la descalificación, la censura y el castigo con que esta mujer se trataba a sí misma.

No deja de llamar la atención la autodescalificación inmediata por haber cometido lo que ella consideraba un error. A eso se agrega el aparente desconocimiento de que la posibilidad de equivocarse es una consecuencia natural del hacer. Todos sabemos que solo pueden llegar a equivocarse aquellos que *hacen*. Y por último, aun más llamativo es el castigo que se impone a sí misma porque los resultados no fueron los previstos. Dicho castigo no es menor pues consiste en la inhabilitación vitalicia para cualquier otro emprendimiento económico. Todo esto resulta aun más sorprendente porque ella reconoce que su marido, en iguales circunstancias, hubiera justificado su error e incluso habría sacado provecho y aprendizaje de los mismos, sin descalificarse ni inhabilitarse. Podemos inferir que, desde su perspectiva, el marido contaba con un permiso para equivocarse del cual ella carecía. Además, dicho permiso tenía la particularidad de estar doblemente legitimado: por su propio marido, que lo incorporaba como una consecuencia natural del hacer y por ella, que podía avalarlo en él, pero lo juzgaba y castigaba en sí misma. Podemos arriesgar a modo de hipótesis que esta manera de autocensurarse bien podía ser una complicada forma de pedir permiso, disimulada bajo el manto del autocastigo. El castigo que se impone por haber tenido la osadía de pretender hacer un negocio sin haber logrado el éxito es una forma de anticipar el castigo al cual se cree merecedora por semejante atrevimiento. Podríamos sintetizar esto diciendo que la descalificación, censura y autocastigo son maneras indirectas de pedir perdón y, al mismo tiempo, la esperanza de obtener un permiso para equivocarse en sus intentos de abordar nuevos desafíos.

Cuando miramos a nuestro alrededor es posible comprobar que la posibilidad de cometer errores suele encontrar en las mujeres muchas más autocensuras y recriminaciones que en los varones. Probablemente esto se deba, entre muchas otras cosas, a que las huestes masculinas tienden a encuadrar sus desafíos laborales dentro de un marco competitivo y que cada uno de los posibles fracasos puede ser interpretado por

ellos como un desafío a superar. Por lo tanto, no caben las inhabilitaciones, sino todo lo contrario: la actitud tiene que ver con demostrar que la próxima vez será un éxito. En cambio, las avanzadas que intentan no pocas mujeres en ámbitos no tradicionales para su género suelen adquirir un significado definitorio: ser capaz o incapaz. De este modo, los fracasos pueden convertirse para muchas de ellas en un sello de discapacidad. En síntesis, *mientras los hombres tienen que demostrar que son capaces de ganar, las mujeres tienen que demostrar que no son discapacitadas*.

Afortunadamente, no todos los varones están instalados de manera irremediable en la competencia para demostrar siempre su superioridad, de la misma manera que también, felizmente, no todas las mujeres sueltan las riendas de sus asuntos ante los primeros fracasos. Pero, cuando observamos a nuestro alrededor, resulta innegable que las mujeres aún deben recorrer un largo camino para incorporar con mayor naturalidad los errores y fracasos propios del hacer. Se habla a menudo de la igualdad de oportunidades para ambos géneros y socialmente se están haciendo avances en ese sentido. Sin embargo, las leyes que habilitan dichas oportunidades no logran modificar con la premura necesaria las actitudes subjetivas internalizadas durante siglos. La posibilidad de que ello ocurra es una responsabilidad compartida que requiere tanto del compromiso de las mujeres como del de los varones. Viene a cuento la opinión de una renombrada mujer empresaria que fue consultada sobre el tema que nos ocupa: *“Voy a creer en la igualdad de oportunidades el día que en los directorios de las empresas incorporen a mujeres incompetentes”*.

UNA CUESTIÓN “SEXUAL”: MIENTRAS EL *CRÉDITO COMPENSATORIO* ES MASCULINO, EL *IMPUESTO A LA TRANSGRESIÓN* ES FEMENINO

Probablemente resulte un poco llamativo que en un contexto como el que estoy desarrollando incorpore los conceptos de *crédito* e *impuesto*, tan propios del ámbito económico. Pero resulta que son especialmente esclarecedores. El crédito no solo implica la confianza depositada en aquel a quien se le otorga, sino que también es una contribución muy concreta que tiene por objetivo favorecer el desarrollo de proyectos personales. Un crédito es también, al mismo tiempo, un estímulo y un aval. Promueve expectativas futuras y ofrece protección. En nuestras sociedades los varones cuentan con el *visto bueno* para exponerse, tengan o no habilidad para ello. Este *visto bueno* es ya una forma de crédito social que además cumple con una función que casi nunca está explicitada pero no por ello es menos importante. Todos sabemos que asumir riesgos significa responsabilidades y compromisos, y el hecho de contar con un *visto bueno* es una manera de compensar el peso de dichos riesgos. Se trata de una compensación porque implícitamente otorga cierto margen de error que se considera *natural*. La tranquilidad con que no pocos varones suelen justificar sus errores o faltas de éxito se debe a dicho *crédito compensatorio*, que permite alivianar las responsabilidades asumidas. De esta manera, cuando un varón se equivoca –o no logra sus objetivos– no resulta tan definitorio porque tiene incorporado el *visto bueno* que le brinda la sociedad para llevar adelante sus acciones.

Cuando observamos a nuestro alrededor es posible comprobar que este *permiso para equivocarse* –que está implícito y circula en el inconsciente colectivo– no está dirigido por igual hacia ambos géneros y por lo tanto, las mujeres suelen presentar mayores dificultades para justificar sus errores con la misma naturalidad que lo hacen los varones. La sociedad no prepara –ni avala– a las mujeres para desempeñarse en el ámbito público como lo hace con los varones. Generalmente, aquellas que accedieron al quehacer público lo han hecho a contracorriente de sus roles ancestrales, sin el estímulo ni el aval del *crédito compensatorio* con que cuentan los varones. En estas condiciones, no solamente no cuentan con ningún crédito para tener *margen de error*, sino que además cargan con el peso de lo que significa ser transgresoras de los roles tradicionalmente femeninos. A pesar de ello, si echamos una mirada a la historia, observaremos que el temor a la transgresión no fue un impedimento para que muchas mujeres dieran rienda suelta a sus pretensiones de protagonismo público pero también comprobaremos que casi siempre tuvieron que pagar costos mucho más elevados que los varones por sus aspiraciones en este terreno, como por ejemplo, no contar con el acompañamiento, adhesión y estímulo por parte de sus parejas (con el que generalmente sí suelen contar ellos). Con los avances libertarios, esos costos –que en otras épocas llegaron a dimensiones exorbitantes– adoptaron proporciones más digeribles pero no desaparecieron. En los tiempos presentes siguen existiendo, desdibujados y encubiertos bajo formas aparentemente solidarias. Podemos ver a diario que el acceso a las

actividades extradomésticas por parte de las mujeres no las libera de las responsabilidades familiares que tradicionalmente le son asignadas. Se produce una sobrecarga inevitable que la mayoría de las mujeres sostiene y que es una de las formas que adopta el *impuesto a la transgresión*. En algunos casos excepcionales, ese impuesto se ve reducido —pero nunca eliminado— cuando algunas mujeres (no muchas) han podido elegir como compañeros de vida a varones pertenecientes al “tercer tipo”: solidarios, que creen en la equidad y hacen esfuerzos para compartir con las mujeres no solo las responsabilidades domésticas, sino también para disfrutar y enorgullecerse de los éxitos públicos de sus compañeras. [8]

El *impuesto a la transgresión* suele adoptar muchas formas. A veces se trata de renunciaciones significativas, como cuando algunas mujeres deben restringir su maternidad porque sus parejas no se hacen cargo de los hijos como lo hacen las mujeres cuando son los varones quienes asumen compromisos de envergadura. Pero también adopta el significado de “pagar para tener acceso a un derecho”. Por ejemplo, tener que soportar exámenes permanentes para poder participar en la vida pública en lugares de prestigio o poder. En este sentido, cabe rescatar el siguiente comentario de una política argentina: “*Estoy obligada a ser brillante para ser admitida en una mesa de mediocres*”. El *impuesto a la transgresión* también suele pasar inadvertido cuando se encubre bajo el manto de sofisticadas formas de *pedir permiso*. Sucede, por ejemplo, cuando las mujeres se toman el trabajo de dar explicaciones que nadie les ha pedido o se pasan justificando las decisiones tomadas, como si no fuera suficiente la responsabilidad asumida con el hecho de haberlas tomado. Estos y muchos otros ejemplos que seguramente surgirán en la memoria de no pocas lectoras/es, dan cuenta de las formas sutiles que suele adoptar el *impuesto a la transgresión*. Y cuanto más sutiles, más difíciles de desenmascarar.

ESTRATEGIAS PARA EL CAMBIO

Estoy convencida de que los cambios actitudinales, que suelen ser bastante difíciles de concretar, no se producen por imposición ni por decreto, sino por medio de un laborioso proceso. Para poder llevarlo a cabo es imprescindible entender el fondo de la situación que nos enreda. Solo a partir de allí será posible confeccionar las estrategias pertinentes que posibiliten el pasaje (y la reacomodación) hacia las nuevas actitudes que anhelamos alcanzar. Es lo mismo que sucede –por ejemplo– en la medicina. Hasta que no contamos con el diagnóstico correcto, resultan infructuosos los abordajes terapéuticos. El *impuesto a la transgresión* requiere también de un buen diagnóstico que permita llegar al fondo de la cuestión. A mi entender sería muy saludable dejar de pagar ese impuesto encubierto en la actitud de *pedir permiso*. Para comenzar, me concentraré en algo que considero clave y que consiste en esclarecer una confusión. Me refiero a no caer en el error de creer que *darse permiso* es haber instaurado una actitud autónoma en la propia subjetividad. Algunas de las mujeres que intentan cambiar su actitud suelen reemplazar el pedido de permiso por *darse permiso*, creyendo que de esa forma se liberan de cierta dependencia infantil. Pero aun cuando *darse permiso* signifique un paso superador al hecho de pedirlo, quedarse en eso es una forma sofisticada de perpetuar la dependencia. Cuando profundizamos un poco en este *darse permiso* descubrimos que lo único que cambió es el lugar de la autoridad. Dejó de estar depositada en alguien exterior a sí misma para instalarla en la propia persona, pero no cambió la actitud de seguir necesitando un permiso. Darse permiso, para no pocas mujeres, parecería un gran logro que experimentan como si fuera la mayor conquista de la independencia femenina. Y sin duda es un avance importante como estrategia inicial en el proceso de autonomía, pero es *solo* eso: una estrategia inicial, necesaria pero no suficiente, en el proceso de adquisición y fortalecimiento de la propia autonomía. Cuando podamos tomarla con naturalidad, no habrá necesidad de sentir que “nos damos permiso” y, simplemente, nos haremos cargo de las responsabilidades que ella implica. Todos sabemos –y la vida se encarga de recordárnoslo permanentemente– que todo tiene su costo y, por lo tanto, pedir permiso o dejar de hacerlo correrá también con sus costos correspondientes. Dicho de otra manera: quien pide permiso corre con los costos de la subordinación, mientras que quien deja de pedirlo correrá con los de sus decisiones. A mi criterio es mucho más saludable psíquicamente elegir pagar los de las propias decisiones porque en la subordinación es otro quien elije sobre nuestra vida. Y, en ese sentido, es más protagónico que la elección sea nuestra aun cuando cometamos errores. La equivocación ajena sobre nuestra vida es mucho más onerosa que la propia.

Voy a cerrar provisoriamente este tema puntual compartiendo un recuerdo que me resultó muy impactante. En junio de 1982 participé en el Coloquio Internacional sobre Investigación y Enseñanza Relativos a la Mujer, en Montreal, donde presenté por primera vez el “Primer enfoque acerca de la mujer y el dinero a través de trabajos con mujeres en grupos de reflexión”. La conferencia inicial fue expuesta por la que entonces

era la ministra de Asuntos de la Mujer. Ella concluyó su conferencia diciendo algo que me caló hondo, pero necesité mucho tiempo de vida y maduración para comprender su sentido profundo: “*Señoras, la libertad no se pide, la libertad se toma*”.

CAPÍTULO 3

BASTA DE AUTOABUSOS

ABUSOS Y AUTOABUSOS

En nuestro mundo siempre han existido los abusos. Entre comunidades, clases sociales, entre los géneros, en el interior de las familias, entre las generaciones e instituciones más variadas. Cualquier persona puede dar cuenta de ellos porque los sufrió en carne propia o los constató a su alrededor. Desde el principio de los tiempos, los abusos forman parte de la historia de la Humanidad. Desde entonces, unos humanos los padecen de la mano de otros humanos. Se trata, por decirlo simplemente, del ejercicio de poder de unos sobre los otros. No hace falta definir el concepto de abuso para saber de qué se trata. Cualquiera sea la modalidad que adopte, siempre hay algo que lo caracteriza: el aprovechamiento excesivo de un individuo para beneficio de otro. En general, cuando hablamos de abuso nos referimos al ejercido por otros. Sin embargo, este no siempre es generado por fuera de quien lo padece. En esta oportunidad intentaré correr el velo de algunos abusos que son generados y sostenidos por las propias personas que los sufren sin que a menudo tengan plena conciencia de ello. A estas modalidades las llamaré *autoabusos*.

Los *autoabusos* suelen estar tan naturalizados que pasan inadvertidos tanto para quien los protagoniza como para quien se beneficia de ellos. Están integrados al quehacer cotidiano y es posible encontrarlos en todos los escenarios de la vida. Crecen dentro de las tramas vinculares, se desarrollan y nutren de ellas. En términos generales, entran en funcionamiento con lo más cercano a cada persona y, para una gran cantidad de ellas, lo “más cercano” suele ser el ámbito familiar, el ámbito laboral y el propio cuerpo.

Estoy convencida de que los autoabusos no son patrimonio de un solo género y es posible encontrar infinidad de ejemplos tanto en mujeres como en varones. También creo que los significados que adoptan los autoabusos en unas y otros son diferentes y responden a distintas motivaciones. Por ello merecen ser estudiados por separado. En esta oportunidad me limitaré a poner al descubierto algunos de los aspectos de autoabusos padecidos por las mujeres para intentar desentrañar sus significados y ofrecer alternativas que permitan desarmar la trama de comportamientos tan insalubres. Para ello, tomaré como punto de partida algunos de los comentarios vertidos por mujeres que asistieron a mis talleres durante los últimos cinco años en que me dediqué a investigar sobre este tema.

Me parece que yo llegué al autoabuso porque siempre agregaba un plus que no era necesario, sobre todo con las personas más cercanas. Si tengo que ser honesta conmigo, creo que lo hacía para sentirme más querida y apreciada. Tardé en darme cuenta que no era genuino el aprecio que yo recibía por dicho plus, sino simplemente interesado, porque les venía bien.

Yo descubrí con sorpresa que en la familia nadie notaba mi eficiencia porque la consideraban natural. Recién la notaban cuando yo agregaba un plus, que incluía cierto sacrificio de mi parte. Entonces, con gran dolor me di cuenta que yo tenía dos grandes insatisfacciones: la primera era por falta de placer cuando agregaba un plus que me implicaba algún tipo de sacrificio y la segunda era que aunque agregara ese plus nadie me aplaudía. Me quedaba muy insatisfecha y además tomé conciencia de que era un costo demasiado alto que pagar.

Mujeres de todos los estratos sociales coinciden en sus vivencias a pesar de las diferencias. Cada una agrega el plus a su manera y según sus posibilidades. Cada una cede espacios y disfrutes personales –que no es imprescindible ceder– en beneficio de otros. También la mayoría de ellas suelen esperar reconocimientos y aplausos que nunca llegan. Cuando una persona hace lo necesario para cumplir satisfactoriamente con los compromisos asumidos no debería esperar ser aplaudida por ello, ya que simplemente está haciendo lo que le corresponde. Pero si la falta de reconocimiento deja un sabor amargo es razonable pensar que la expectativa de aplausos (que no llegan) responde al sentimiento de estar haciendo algo superlativo y, en algunos sentidos, probablemente sea cierto. Es decir, encontrarse haciendo “más de lo necesario a expensas propias”. Cuando en la vida cotidiana se incorpora este hábito, el resultado es una sobrecarga que se va acumulando hasta llegar al grado de saturación. Es muy probable que a esas mujeres no se les pase por la cabeza pensar que la sobrecarga y el malestar que con tanta frecuencia inunda sus vidas tiene que ver con el abuso y, más precisamente, con el *autoabuso* en la medida en que son ellas mismas quienes, sin que nadie se los exija, agregan un plus adornado con sacrificios. Este autoabuso que con tanta frecuencia ha sido naturalizado, se va acumulando en un lugar virtual difícil de visualizar. Pero el hecho de “no verlo” no significa que no exista y, poco a poco, termina encarnándose en un sinfín de malestares que aparecen, tanto en el ánimo como en el cuerpo. Comienzan a presentarse problemas físicos que no tienen demasiada explicación y un malhumor que nadie entiende y todos critican. Al cabo de algún tiempo, el malhumor inespecífico da paso al malestar por falta de reconocimiento y también a una vivencia de desconsuelo por sentir que son apreciadas fundamentalmente por los servicios prestados en calidad de empleadas domésticas. Muchos de estos descubrimientos suelen producirse recién al promediar la vida cuando no pocas mujeres toman conciencia, con gran sorpresa, de que el amor no se funda en el sacrificio sino en el respeto mutuo dentro de un contexto solidario en el que nadie debería aprovecharse del otro. Al comprender esto, resulta inevitable que no pocas mujeres resulten presas de un gran impacto y desorientación.

EL AMOR NO ES HIJO DEL SACRIFICIO

Es posible observar que muchas mujeres vivencian una especie de cataclismo cuando toman conciencia de que el amor nada tiene que ver con el sacrificio; de que la cantidad de plus acumulados no garantizan dicho amor y de que la insistencia en “hacer méritos” tampoco lucen. Llegadas a este punto, los códigos y criterios en los que se apoyaban las relaciones vinculares con las personas más cercanas pierden solidez y se desvanecen, quebrándose todas las expectativas supuestamente garantizadas. A partir de esto, es imparable la vorágine de preguntas sobre la propia identidad: ¿Quién soy yo para quienes dicen quererme? ¿Me quieren por lo que soy o por lo que les resuelvo? Si tengo que hacer sacrificios para ganarme su amor, ¿qué clase de amor estoy consiguiendo? ¿Dejarán de quererme cuando deje de esforzarme? ¿Era necesaria tanta superposición de plus? Es probable que el impacto y la desorientación sean los rasgos más sobresalientes en este proceso de descubrimiento que suele iniciarse cuando, después de un tiempo prolongado de agregar con toda naturalidad un plus para adornar y embellecer sus servicios cotidianos —de por sí eficientes—, no pocas mujeres comienzan a cansarse de esperar un aplauso que no llega. Se produce, entonces, un *shock* por el impacto de darse cuenta de que las cosas no son como ellas creían. Es decir, que los plus invertidos con tanto amor y naturalidad no reditúan los beneficios esperados porque incluyen sacrificios innecesarios. La desorientación que se insinúa después del *shock* tiene que ver con que “ahora las cosas cambiaron” y es necesario aprender a transitar el vínculo con las personas de una manera distinta. Se impone reubicar las pretensiones amorosas con las personas significativas, sin la necesidad autoimpuesta de los plus. También se impone buscar los anhelados aplausos simplemente por lo que “una es” y no por lo que los demás están esperando o por el agregado con que inconscientemente se intenta tentarlos. Se trata de un cambio de ruta, de un giro de timón, de encauzar la barca de la vida con los seres queridos de una manera distinta donde el amor sea un intercambio afectivo en lugar de ser un abastecimiento de servicios. Obviamente, implementar estos cambios no resulta fácil para muchas mujeres acostumbradas a creer que cuánto más ofrecieran, mayor sería la garantía de ser queridas, acompañadas y tenidas en cuenta en sus propias necesidades, tal como lo hicieran ellas con los demás. En este sentido, estoy convencida de que no queda otra alternativa que llevar a cabo algo así como una “reingeniería” de los vínculos y afectos que permitan rescatar lo mejor de lo que existe y moverse de ese lugar tan inhóspito e improductivo que es la queja y las expectativas insatisfechas.

ALGUNAS PREGUNTAS INDISCRETAS

Llevar a cabo un trabajo de reingeniería vincular es un desafío. En esta situación, de igual manera que sucede con todo aquello que requiere ser reacomodado, también resulta inevitable ir hasta el lugar donde se asientan las estructuras que sostienen nuestra manera de circular por la vida. Una forma de asomarse a esas profundidades es animarse a abordar ciertas preguntas clave. En esta oportunidad, incluiré algunas que hacen al tema que nos ocupa:

- ¿Por qué tantas mujeres, en lugar de fortalecer el propio reconocimiento, viven pendiente casi en exclusividad del reconocimiento ajeno?
- ¿Acaso la necesidad de agregar ese plus es garantizarse un amor que temen no merecer? ¿No alcanza con ser una persona responsable y solidaria? ¿Por qué esa necesidad de agregar, además, una cadena de merecimientos?
- ¿Será que algunas mujeres se acostumbraron a medir el amor por la cantidad de servicios que ofrecen a los demás? En ese caso, ¿no convendría aclarar la diferencia entre ser eficiente y dar amor?
- ¿Será que confunden amor con sacrificio? Si así fuera, habría que recordar que el amor es fundamentalmente un acto de libertad, imposible de imponer o programar y, por lo tanto, independiente del sacrificio. Tal vez el único amor que incluya sacrificio sea el religioso.
- ¿Acaso algunas piensan que la eficiencia es una medida del amor? Me parece conveniente recordar que la eficiencia no tiene que ver con el amor, sino con la responsabilidad. Las personas responsables tratan de ser eficientes, pero dicha eficiencia no les garantiza el amor sino el respeto. Resulta inevitable, entonces, preguntarse por qué algunas mujeres exageran su eficiencia en pos del amor. ¿Será porque lo confunden?
- ¿Por qué tantas mujeres desesperan por ser amadas por todos? ¿Acaso habría espacio psíquico para cobijar tanto amor si eso fuera posible? E invirtiendo la pregunta, ¿acaso seríamos capaces de amar a todos, indiscriminadamente?

Estos son algunos de los interrogantes que permiten abrir otros horizontes de pensamiento al poner en cuestionamiento mucho de lo que se considera natural y obvio. Es posible que no todas las preguntas permitan encontrar respuestas satisfactorias, pero aun en ese caso, la tarea resulta redituable porque ofrece la posibilidad de entender que las cosas de la vida pueden ser de muchas maneras y, por lo tanto, habrá también más de una alternativa para ubicarse y reinstalarse.

Las tentaciones de la inercia

Una mujer comentaba:

Ahora estoy pensando que también es un abuso que mi hijo, que ya es adulto y tiene su propio trabajo, siga viviendo en casa, contando con todos los beneficios hoteleros que yo me encargo de cubrir y que tanto él como yo consideramos naturales. El abuso de él consiste en vivir en casa sin aportar económicamente ni tampoco en la distribución de las tareas domésticas, cosa que podría hacer porque no es discapacitado. Mi autoabuso es seguir atendiéndolo como si fuera una criatura, para después quejarme o sentirme no considerada por él.

Otra mujer recordaba:

Mis hijas se fueron a vivir a la ciudad donde cursaban sus estudios universitarios y cada vez que iba a visitarlas no podía evitar ponerme a ordenar todo lo que encontraba desordenado. Ellas decían que yo las invadía y yo pensaba que las estaba ayudando.

Estos comentarios, que en apariencia son opuestos, responden sin embargo a un mismo patrón en cuanto a la actitud de las madres. Ambas tratan a sus hijos adultos como en los tiempos en que eran pequeños, cuando ellos no sabían ni podían autoabastecerse. Se trata de un fenómeno de inercia como cuando los cuerpos físicos siguen en movimiento a pesar de que el motivo que originó dicho movimiento ya caducó. Con frecuencia, los adultos que mantienen la inercia encuentran muchas justificaciones para seguir con este tipo de comportamientos, aunque se quejen a menudo por ello. Sostienen, por ejemplo, que en los tiempos actuales resulta oneroso para los hijos —cuando no imposible— asumir los costos de una mudanza. Si bien este argumento puede ser válido y pertinente, no justifica que el hijo/a adulto se “deje atender” y a veces hasta demande ser liberado de las responsabilidades propias del funcionamiento doméstico.

Seguramente no hay una única razón que explique estas actitudes que son vividas por no pocos progenitores como “aprovechamientos” por parte de los hijos, pero que al mismo tiempo son avaladas por los propios padres y madres. Lo que resulta llamativo es que dicho fenómeno de inercia suele ser aceptado con bastante naturalidad por unos y otros. No podemos dejar de pensar que si estos mutuos comportamientos son tomados con total *naturalidad* y están tan difundidos, algún beneficio deberán ofrecer. En términos psicológicos se trataría de *beneficios secundarios* cuyos *réditos* pueden ser tanto de orden material como virtual. Podemos pensar que los progenitores mantienen la inercia porque, entre otros beneficios, las atenciones con que siguen rodeando a sus hijos adultos les permite seguir sintiéndose tan necesarios e importantes como cuando estos eran pequeños y ellos mucho más jóvenes. A su vez, los hijos adultos contribuyen a sostener dicha inercia por simple comodidad y con el objetivo de postergar todo lo que se pueda la asunción de las responsabilidades domésticas y adultas.

Ahora bien, por mucho que algunos progenitores se quejen, suelen hacer muy poco para cambiar de actitud, o bien desearían hacerlo pero no saben cómo. Es probable que

uno de los obstáculos resida en que no se dan cuenta de que este tipo de beneficios secundarios suele tener costos muy altos. Uno de estos es que instala una manera de vincularse basada en lo que *se da y se recibe*, con lo cual el amor termina midiéndose por *la cantidad* y el *sacrificio*. Se impone dejar en claro que el beneficio secundario nunca es a pura ganancia y el mantenimiento de esta inercia suele generar resentimientos, sobre todo en los mayores, y especialmente en las mujeres, que son las que prestan la mayoría de los servicios. La aceptación *natural* por parte de los hijos se convierte en abuso y la condescendencia de tipo *maternal* por parte de los progenitores, también considerada *natural*, se transforma en autoabuso. Una vez instalada la inercia mutua, resulta casi inevitable que los mayores se quejen porque “sus hijos se aprovechan de ellos” y los hijos se asombren de las pretensiones de reconocimiento y aplauso, ya que lo que es *natural* no exige tales manifestaciones.

GRANDES EFECTOS DE “PEQUEÑAS COSAS”

En la vida cotidiana, la inercia de los abusos está tan naturalizada que suele pasar inadvertida (como todo lo que se naturaliza). Siempre llama mi atención, cuando camino por las calles de Buenos Aires, comprobar que no son pocas las madres y los padres (cuando no abuelos/as) que acompañan a sus hijos al colegio, arrastrando consigo una mochila con ruedas que pertenece al hijo/a, mientras este camina a su lado con total libertad de movimiento. Siempre pensé que es el hijo/a a quien le corresponde llevar la mochila, en principio porque es suya puede arrastrarla y además porque es el responsable de llenarla con los insumos que necesita. A menudo son mochilas sobrecargadas que pesan en exceso. Y es de suponer que los niños/as no prestan atención a dicho exceso cuando las llenan porque descuentan que serán los mayores quienes se harán cargo del peso que les corresponde a ellos. Aquí hay algo que va a contracorriente del proceso de crecimiento porque los niños que ya dejaron de ser bebés están en condiciones de ir probando progresivamente sus capacidades para hacerse cargo y, de esa manera, también ir aprendiendo a responsabilizarse de las cargas que asumen. Igualmente, los mayores deberían ir frenando la inercia de seguir tratándolos como a bebés. Probablemente sea en estas “pequeñas cosas” cotidianas donde comienzan a gestarse tantos abusos y autoabusos.

CURIOSAS FORMAS DE AUTOABUSO FEMENINO: AUTOEXIGENCIA E INFALIBILIDAD

Algunos comentarios de mujeres resultan reveladores. Veamos tres de ellos:

Yo puedo decir que abuso de mí misma sin darme cuenta, por ejemplo, cuando me exijo mucho más allá de lo necesario, ya sea en el trabajo o en mi vida personal. Parece que yo creo que debería ser infalible y soy capaz de sacrificar mucho de lo que me daría satisfacción para superar lo requerido. Hago más de lo necesario en mi trabajo y también más de lo necesario con mi marido y mis hijos y me queda poco resto para mis necesidades exclusivamente personales. Recién ahora me estoy dando cuenta de que me siento mal porque no me respeto. Me cuesta delegar y dejar de ser el centro en la vida de los demás. Creo que estas son otras formas de autoabuso.

Empecé a no prestarle atención al cansancio, a recargar la agenda, a exigirme, a trabajar sin mirar el reloj y a olvidarme de comer, o comer apurada algo frío y de parada. Terminé somatizando. ¡Eso es un flor de abuso!

Ayer tenía poco trabajo y me permití dormir una siesta. Cuando llegó mi hija me recriminó que estuviera durmiendo. Yo me había dado permiso para hacerlo aunque no dejaba de sentir cierta culpa por permitirme ese paréntesis. Y luego pensé: cuántos cuestionamientos por una siesta que es algo tan simple e inocuo. Sentir culpa por esto también es consecuencia de mi propio autoabuso.

Es cierto que en estos temas no se puede generalizar. Hay mujeres que funcionan de manera opuesta a lo que evidencian estos comentarios y que se permiten, con total naturalidad, lo que otras hacen con sentimientos de culpabilidad. Pero hay muchas otras para quienes la autoexigencia, infalibilidad, sobrecarga y sacrificio marcan la forma cotidiana de vivir.

Convencida de que son estas características las que alimentan una forma de autoabuso pondré el foco en esto. Sabemos que mucho de lo que aparece en los comentarios que anteceden forma parte de un *modelo femenino* instalado en nuestra sociedad occidental judeocristiana y firmemente avalado y sostenido por las religiones monoteístas que caracterizan a nuestra sociedad de estructura patriarcal. En esta, *la identidad femenina* está construida a imagen y semejanza del modelo maternal basado en el altruismo, la incondicionalidad y la abnegación.^[9] Pero también sabemos que el siglo XX trajo consigo una excelente oportunidad para revisar algunos aspectos de este modelo. Una de las consecuencias de dicha revisión fue que en algunas sociedades se gestaron modificaciones que permitieron ablandar el modelo patriarcal y permitir que las mujeres tuvieran algunas de las oportunidades que siempre fueron exclusivas prerrogativas masculinas. Fue así como no pocas mujeres dejaron de estar limitadas al ámbito doméstico y privado, y accedieron a espacios y actividades donde desarrollar las potencialidades que antes les estaban negadas. Sin embargo, estos cambios –nada fáciles por cierto– necesitan construir una legitimidad, tanto en el *afuera social* como en el

adentro subjetivo. Esta legitimidad todavía está muy lejos de encontrarse instalada. Podemos decir que es precisamente la falta de legitimidad, sobre todo subjetiva, lo que explica en parte la culpa por “permitirse una siesta” tanto como la autoexigencia, las pretensiones de infalibilidad, la sobrecarga y los “sacrificios”.

En síntesis, las exigencias desmedidas promueven y alimentan el autoabuso, que funcionaría como una especie de impuesto (excesivo) con el cual muchas mujeres intentarían pagar por el derecho a la legitimidad. Es decir, el derecho a sentir que pueden transitar los espacios que antes estaban inhabilitados para las mujeres sin tener que estar demostrando permanentemente que “una” es “más eficiente que lo necesario”.

LOS COSTOS DEL AUTOABUSO

Para cerrar este tema intentaré sintetizar alguno de los costos del autoabuso y puntualizar también algunas posibles señales de alarma que permiten alertar sobre los procesos de naturalización. Al comienzo definimos *autoabuso* como ese comportamiento en el que las personas, sobre todo mujeres, hacen “más de lo necesario”, es decir, agregan un plus a sus responsabilidades, generalmente a expensas de sus libertades y recursos. Podemos pensar que agregar este plus no sería un problema si este fuera simplemente un gesto lúdico que satisface una necesidad personal y sobre el cual no se espera ningún tipo de reconocimiento ni rédito alguno. Como, por ejemplo, cuando algunos varones que nunca cocinaron descubren el placer de hacerlo y ofrecen a sus allegados, cuando están dispuestos, platos exquisitos y disfrutan porque eligen hacerlo sin estar obligados. En ese caso, la exquisitez del plato elegido y el tiempo y las energías invertidas en él no serían consideradas un plus, sino simplemente el ejercicio de un disfrute. El mérito estuvo al servicio de una satisfacción personal y por lo tanto el esfuerzo invertido en ello no atenta contra la propia libertad. En este tipo de casos, las diferencias entre varones y mujeres pasan por la libertad de elección: una cosa es cocinar por elección y otra hacerlo por obligación. Entiendo que a veces resulta difícil establecer la diferencia entre el plus que se agrega por autosatisfacción y el otro, que suele funcionar –la mayoría de las veces en forma inconsciente– como una responsabilidad incuestionable, que insume energías a expensas de las propias necesidades.

Una mujer me comentó una vez que tardó muchos años en darse cuenta de que ella funcionaba como un “agente intermediario de información” entre su marido y sus hijos. Eso la sobrecargaba, poniéndola de malhumor sin darse cuenta de que el motivo residía en que ocupaba energías en estar informada para cuando se lo requirieran y, a menudo, terminaba ubicada en el foco de una tormenta cuando la información resultaba insatisfactoria para quienes la demandaban. Se sentía tan vulnerable como los mensajeros cuyos reyes sacrificaban cuando les traían noticias indeseables. No podía dejar de hacerse preguntas como ¿por qué mi hijo no le pregunta directamente a su padre si puede prestarle el coche? ¿Por qué mi marido no le pregunta directamente a nuestro hijo a qué hora piensa devolverle el coche? Cuando se dio cuenta de que su objetivo en la vida no era ser la diosa de la comunicación, hizo un curso intensivo (consigo misma) para dejar de ser intermediaria y solo transmitir aquella información que la involucrara a ella directamente. Después de mucho reflexionar, encontró una estrategia tan eficiente como simple para lograr desprenderse del automatismo de ser “la que siempre sabe lo que les pasa a todos”. La estrategia consistía en poner cara de nada, elevar los ojos al cielo, subir los hombros en un gesto de desinformación y simplemente decir “no sé” a las demandas directas o indirectas.

Como podemos ver en este ejemplo simple y aparentemente inocente, hay muchas situaciones en la vida cotidiana en las que se desliza un tipo de plus, cuyo gasto de energías es solventado por alguien distinto al interesado. Esos plus suelen estar tan

naturalizados que pasan inadvertidos tanto para quien los ejecuta como para quien se beneficia a ellos. A mi criterio, son formas sutiles y sofisticadas de esclavismo que circulan empaquetadas bajo los atractivos colores de la disponibilidad altruista, que es muy distinta a la disponibilidad solidaria. En síntesis, en la medida en que el plus no es percibido como abuso y además se naturaliza, se convierte en autoabuso para todas aquellas personas que insumen energías para satisfacer las necesidades de otras que están en condiciones de hacerlo por sí mismas. Esto suele suceder en forma excesiva en las redes informales de los vínculos familiares.

CONSECUENCIAS INSALUBRES DEL AUTOABUSO: RESENTIMIENTOS, ILEGITIMIDAD Y CULPAS

Si algún sentido tiene desarrollar estos temas es tratar de lograr una mejor calidad de vida en el intercambio humano, sobre todo comenzando con las relaciones con aquellos más cercanos con quienes nos ligan complejos vínculos afectivos.

Uno de los costos más frecuentes es el que adopta la forma de *resentimiento*. El plus suele transformar las buenas intenciones en *exceso tóxico* que promueve un desgaste progresivo que afecta a todas las partes. Quien suministra los plus termina agobiado por el desgaste de ofrecer “siempre más” sin obtener el reconocimiento esperado y quien los recibe termina abrumado por las quejas que lo instalan como responsable del dolor ajeno. El (supuesto) beneficio del abusar, sin intención consciente de hacerlo, regresa con la fuerza de un bumerán.

Los sentimientos de *ilegitimidad* son otra consecuencia del autoabuso. El plus del que hablamos suele generar en quien lo ofrece *más inquietud que reaseguro*. Con el tiempo, las personas se dan cuenta de que si es necesario “hacer más y mejor” para ser reconocidas, dicho reconocimiento no se apoya en la valoración de lo que son, sino en el servicio que prestan, y esto las instala en “el lugar del servicio”. O sea: como si fueran empleadas/os que deben esmerarse para mantener su puesto de trabajo. En el contexto doméstico y privado, el plus suele confundir a no pocas mujeres que fueron educadas en la creencia de que “cuanto más hagan y mejor cumplan, más queridas serán”. En pocas palabras, el plus funciona como la clave para ganar o perder amor, lo cual las instala una situación de vulnerabilidad. En estas condiciones, a menudo resulta difícil establecer la diferencia entre eficiencia y exceso. El costo de esta confusión suele ser un *sentimiento de ilegitimidad*.

Hay otro aspecto de esta problemática que no conviene silenciar. Me refiero a confundir amor con sacrificio, lo cual genera culpas insalvables. El plus suele sostenerse habitualmente —sobre todo por parte de las mujeres— en la creencia de que el amor es sinónimo de sacrificio. Así resulta *natural* sacrificarse por amor en lugar de “retribuir con amor el amor recibido”. Al *identificar el amor con el sacrificio* se promueve y avala un intercambio unilateral carente de reciprocidad. El costo de esta confusión suele ser una vivencia ingrata de quedar enredada en una red sin salida de *culpas insalvables*. Una mujer comentaba:

Las deudas de dinero se terminan cuando se devuelve el último peso, pero en las deudas de gratitud nunca sé cuando están saldadas y termino exigiéndome sacrificios que poco tienen que ver con el amor.

¿QUÉ HACER CON EL AUTOABUSO? ¿ES POSIBLE DETECTAR SEÑALES PREVENTIVAS?

Si el deseo es evitar mayores insalubridades resulta imperioso revertir el comportamiento lleno de plus que desemboca en el autoabuso. Para lograrlo, no queda otro camino que transitar un proceso de deconstrucción de lo que ha sido incorporado como *natural* para luego proceder a la reconstrucción de un modelo basado en la solidaridad mutua que, a mi criterio, supone necesariamente *reciprocidad sin aprovechamiento*. Se trata de una tarea ardua porque obliga a cuestionar muchos de los mandatos y modelos tenidos por buenos durante mucho tiempo. La naturalización del plus va generando poco a poco una especie de adormecimiento perceptivo que promueve comportamientos automáticos, los cuales toman forma de abuso en quien se beneficia “naturalmente” y en quien también “naturalmente” se involucra. Abuso y autoabuso son dos caras de una misma moneda.

Una mujer comentaba: *“Necesito señales de alarma para no pasar al territorio que no quiero pasar. Fácilmente me deslizo por la pendiente de la eficiencia y las buenas intenciones y caigo en el autoabuso”*.

¿Cuáles podrían ser estas señales? En los comentarios que anteceden aparecen algunas referencias que pueden ser útiles para identificar señales como lo son, por ejemplo, ciertas vivencias de malestar. Dos de ellos –que a menudo aparecen transformados en quejas– son la “falta de disfrute” y los comportamientos que incluyen “sacrificios a expensas propias”. Si nos apoyamos en estas referencias llegaremos a la conclusión de que estos malestares son señales más que significativas y que sería conveniente abordar un proceso de cambio. Se trata de un cambio que consiste en transitar de una manera distinta los caminos que deseamos seguir compartiendo con otros. Por ello, de la misma manera que en la circulación vial no resulta posible manejar el coche de otro para evitar choques, aquí tampoco resulta viable esperar que sea el otro quien cambie. El cambio debe provenir necesariamente de quienes alimentan el abuso ajeno. En otras palabras, hay que dejar las quejas y transformar las insatisfacciones en propuestas que ofrezcan disfrutes y no incluyan “sacrificios”.

CAPÍTULO 4

BASTA DE TEMERLE AL TIEMPO LIBRE

EL TIEMPO LIBRE JUEGA A LAS ESCONDIDAS

Cuántas veces hemos estado abrumadas por falta de tiempo. Cuántas otras, clamando por tiempo disponible simplemente para “hacer nada” o para satisfacer anhelos siempre postergados. Finalmente, cuando el tiempo llega, a menudo desorienta. Suele vivirse como tiempo “vacío” en lugar de tiempo “disponible”; como tiempo “ocioso” en lugar de “disfrutable”; o tiempo “vacante” como si se tratara de una jubilación y hubiéramos quedado fuera del mercado de la vida. En ocasiones resulta muy preocupante disponer de tiempo no predeterminado por los compromisos sociales, por los mandatos de roles o simplemente por una “utilidad” dada. En esta oportunidad, intentaré aproximarme a “eso” que suele sucederle a no pocas mujeres al promediar su vida, cuando dejan de ser necesarias para la crianza y se encuentran con un enorme capital de tiempo a disposición. Es casi como recibir, inesperadamente, una importante herencia para la cual no existieron proyectos previos porque era impensable. Esto no suele sucederle a aquellas mujeres que hacen de los roles maternos una cinta sin fin que pasa de hijos a nietos, ya que los tiempos liberados por el crecimiento de los hijos son rápidamente cubiertos con los cuidados de los nietos. Pero aquellas mujeres que por diversos motivos pretenden disponer de los tiempos que deja vacante el ya cumplido ejercicio maternal suelen tropezarse con no pocas dificultades porque los tiempos disponibles son tiempos que la cultura dejó fuera de programación en la “carrera” femenina. Son momentos de libertad que suelen resultar algo nebulosos y no fueron enseñados ni en el colegio ni en el hogar. Con estas concepciones arcaicas –y erróneas– es comprensible que el tiempo disponible que suele acompañar a las mujeres al promediar su vida, se convierta en un tema de preocupación angustiante en lugar de ser una situación venturosa y aventurera.

A mi criterio, el *tiempo* es el mayor capital del ser humano y, como tal, la manera en que lo invertimos va a marcar nuestro paso por la vida. Según las épocas, las ideologías reinantes, los intereses económicos y políticos, la conveniencia de las élites, la distribución del poder entre los géneros y las necesidades de supervivencia –entre muchos otros motivos– el *tiempo humano* queda reducido a un concepto predeterminado, esquemático, unívoco y generalmente incuestionable.

Hay quienes creen que *time is money* (el tiempo es dinero) y entonces no puede ser usado para ninguna cosa que no rinda beneficio económico. Hay quienes crecieron bajo la imposición de que *tiempo es trabajo* y consideran que el tiempo usado para una actividad no laboral es *pérdida de tiempo* y evidencia indiscutible de vagancia. Hay quienes miden el *tiempo productivo* por los productos visibles, concretos e inmediatos e invisibilizan todos los “otros productos” no visibles y necesariamente no inmediatos.

Sin ninguna duda el tema *tiempo* es muy amplio y acepta infinidad de abordajes. En esta oportunidad tomaré un recorte muy específico: la dificultad con la que tropiezan muchas mujeres al promediar sus vidas cuando se encuentran con *disponibilidad de tiempo* para satisfacer anhelos propios, luego de haber cumplido con las

responsabilidades asumidas en épocas juveniles y los compromisos de la crianza, entre otros. Suele suceder que, después de tanto tiempo de acomodarse y hasta “programarse” para cumplir satisfactoriamente con dichas responsabilidades y, en muchos casos, satisfacer prioritariamente deseos ajenos, los propios designios se vuelven escurridizos, cuando no ausentes. Es justamente en esta situación en que vuelve a aparecer un típico anhelo de infancia: “¡¡¡Quiero algo!!!”; y , como en aquellos lejanos tiempos, tampoco es posible precisar qué. En la infancia era porque aún no sabíamos y los deseos tenían que ver con la inmediatez y las necesidades primarias, mientras que en la adultez suele ser porque “ahora somos otras” y es necesario redescubrirse. Y hasta que ello no suceda resultará probablemente difícil responder a una pregunta tan simple como insoslayable: “Ahora que puedo y tengo tiempo... ¿qué quiero?”.

AHORA QUE PUEDO Y TENGO TIEMPO LIBRE...¿QUÉ QUIERO?

Veamos algunos ejemplos que podrían orientarnos para despejar algunas de las incógnitas que entorpecen la comprensión del *qué quiero*.

- *Siempre tengo que estar “haciendo algo”.*

Me doy cuenta de que me cuesta mucho aprovechar el tiempo libre. Ayer, por ejemplo, llegué de trabajar temprano a casa, me sobraba tiempo y no sabía qué hacer. Decidí descansar un poco, luego me levanté y me puse a leer. Al rato, no quería seguir leyendo pero me costaba no hacer nada y me preguntaba: “¿Ahora qué hago?”. Entonces me puse a revisar mi correo, contesté algunos mails y aún faltaba tiempo para la cena. Mi marido estaba disfrutando con sus entretenimientos extralaborales y yo me daba cuenta de que no podía aprovechar ese tiempo libre porque me angustiaba no estar “haciendo algo que me entusiasma”.

- *No puedo permitirme tener tiempo ocioso.*

Yo vivo sola, nadie me exige ni me corre y sin embargo no paro de inventarme cosas para hacer dentro de la casa. Me pongo obligaciones como arreglar algo que no es necesario. Luego no logro cumplirlo y me siento mal. Cuando tomo asiento para imponerme dejar de correr es casi por decreto y me dura poco.

- *No tengo dudas cuando se trata de lo que “debo” hacer pero me cuesta saber lo que “quiero”.*

Yo siempre trabajé mucho porque crié a mis hijos sola al mismo tiempo que desarrollaba mi profesión. Tenía que organizarme al máximo para que el tiempo me alcanzara para todo: la profesión, la casa y compartir tiempo con mis hijos. En esas épocas me hubiera gustado trabajar menos y poder hacer otras cosas. Ahora dispongo de tiempo que podría usar sin exigencias y sin embargo no logro usarlo para mi satisfacción. Termino llenándolo con actividades totalmente intrascendentes que me cansan pero me dejan vacía. Me siento en falta conmigo porque ahora tengo tiempo y no logro usarlo para mi disfrute. Es como si no supiera lo que quiero, yo, que siempre supe lo que debía hacer.

Resulta sorprendente escuchar lo que estas mujeres que fueron siempre tan activas dicen. Cuentan que les “cuesta apoderarse del tiempo libre” cuando hicieron malabarismos en otro momento de sus vidas para sacarle jugo al día, siempre corto y exigido. También que no se permiten “tiempos ociosos” y eso que estuvieron esperando que finalmente les tocara a ellas “gastar” en sí mismas el tiempo que dispensaron a mano abierta para otros. E incluso que “no saben lo que quieren” cuando funcionaron toda la vida de anticipadoras y adivinas de los deseos de quienes las rodeaban. Durante muchos años se pasaron entrenándose para descifrar los deseos ajenos hasta llegar a adivinarlos, anticiparlos y, naturalmente, también satisfacerlos. Muy probablemente, la práctica de centrarse en los deseos ajenos obturó el aprendizaje para dilucidar los propios deseos. Es sorprendente comprobar, en no pocas mujeres, que conectarse con los deseos propios,

sobre todo, resulta una tarea ciclópea. Esto puede compararse en la madurez con las negociaciones en las que es posible encontrar mujeres que son excelentes negociadoras para defender los intereses de otros, pero incapaces de hacer valer los propios.[\[10\]](#) Resulta evidente que en estos casos existe una incógnita que requiere ser develada. En el tema de las negociaciones, algunas ya lo fueron. Nos queda ahora intentar llegar al meollo de las dificultades con las que tropiezan algunas mujeres para quienes los deseos ajenos suelen resultar nada más que un problema a resolver, mientras los propios se convierten en enigmas insondables.

“LA FUNCIÓN HACE AL ÓRGANO”... Y LA PRÁCTICA AL APRENDIZAJE

En ese momento tan particular en que la vida impone modificar rumbos porque muchas condiciones han cambiado, es necesario también llevar a cabo algo así como una reingeniería psíquica que permita organizar otros trayectos hacia metas diferentes. Aquí juega un papel importante la posibilidad de entusiasmarse y, a mi criterio, dicho entusiasmo está íntimamente ligado con la adhesión a deseos propios. Es aquí donde se pone en evidencia la dificultad para conectarse con ellos. Al respecto plantearé una primera hipótesis para comprender dicha dificultad: *la práctica de cumplir los deseos ajenos invalida el hábito de satisfacer los propios* y, en consecuencia, también el de legitimar el hecho de que el tiempo puede estar “a nuestro servicio”. La falta de este hábito está muy condicionada por diversos factores. A lo largo de la vida, algunos deseos quedan postergados porque hay otras urgencias. Otros son reprimidos porque no satisfacen al orden social imperante. Hay algunos que nunca son descubiertos porque las mujeres carecen de libertad interior como para deambular más allá de los límites marcados por la tradición y los mandatos. Los anhelos de la mayoría de las mujeres forman parte de un programa explícito y sostenido por las instituciones de la sociedad patriarcal que instalan el eje de la vida de las mujeres en la satisfacción de las necesidades ajenas. De esta manera, los deseos de no pocas de ellas adoptaron las formas pregonadas –y jerarquizadas– por dicha sociedad. Formas que conocemos a través de los libros de texto, de las películas, de las enseñanzas educativas y religiosas, de las normas legales sostenidas por las sociedades tradicionales, etc. Algunas de esas imágenes, muy jerarquizadas, han sido por ejemplo: “reposo del guerrero”, “madre incondicional”, “esposa abnegada”, “cuidadora sacrificada”, “abastecedora de placeres”, “contenedora de sufrimientos”, etc. Son imágenes portadoras de mandatos que dejan muy en claro que el “destino” femenino debería estar focalizado en la atención, sostén y cuidado de los otros. Es así como el hábito de conectarse con el propio deseo se vuelve impracticable. Cuando se hacen presentes los *nuevos tiempos* se pone en evidencia dramáticamente que dicho hábito padece de una debilidad crónica. El refrán que insiste en sostener que “la función hace al órgano” plantea con mucha transparencia el tema que abordamos aquí. Es como decir que si no practicamos la escucha de nuestros deseos, los mismos terminan perdiéndose en un horizonte brumoso, indiferenciándose con los deseos ajenos, así como en ciertos días nublados el horizonte marino se confunde con el cielo. Y no se puede saber dónde termina uno y comienza el otro.

EL DEBER COMO CORAZA Y ARMADURA

No resulta difícil comprender que en muchas ocasiones el cumplimiento del *deber* funciona como un comodín. Es decir, como un recurso para tapar, entre otras cosas, los espacios vacíos. Una mujer comentaba:

Me distraigo de mí porque otros me necesitan. Me angustia no sentirme apasionada por algo ahora que mis hijos son grandes y no es imprescindible que sea yo quien se ocupe de las tareas hogareñas. Sin embargo, lleno el tiempo haciendo postres y comidas que nadie me pide. A veces siento envidia de mi marido que llega del trabajo y se zambulle en una actividad que lo fascina. Cuando está apasionado por algo no se deja distraer. En cambio yo siempre encuentro que alguien me necesita y dejo lo mío.

Sabemos que la famosa *incondicionalidad* que se atribuye a la maternidad, como si fuera una virtud incuestionable y *natural*, tiene un peso enorme y hace que las necesidades ajenas tengan siempre prioridad sobre las propias. Sin embargo, eso no alcanza para justificar el que algunas mujeres se “dejen distraer” de sus intereses por las demandas ajenas. Seguramente son más de uno los motivos que confluyen para dificultar el abordaje de los *tiempos libres*, de los espacios que están exentos de obligaciones y compromisos. Una manera de “saltar” esta dificultad es mirar para “otro lado”, cumpliendo con el *deber*. En ocasiones es posible “distraerse” llenando los tiempos libres con actividades poco significativas que no están dirigidas a satisfacer deseos personales y genuinos. Este “llenado” a empujones tiene como objetivo cubrir los espacios vacíos para tapar insatisfacciones. Un supuesto beneficio de esta actitud es el de permitir soslayar una tarea muy laboriosa que consiste en descubrir nuevos deseos o ponerse a construirlos. Probablemente sea este el motivo por el cual pareciera resultar tanto más sencillo cumplir con el *deber* que satisfacer deseos. El abordaje de los *tiempos libres* plantea no pocas inquietudes y podemos individualizar dos de ellas que son particularmente inquietantes. Una es que el *tiempo libre* desnuda nuestros deseos. Otra es que también deja al descubierto nuestras soledades. A continuación abordaré dichos temas.

EL TIEMPO LIBRE NOS DESNUDA

El *tiempo libre* pone al desnudo nuestra realidad, así como un espejo refleja nuestra imagen. El tiempo libre deja al descubierto mucho más de lo que estaríamos dispuestas/os a aceptar. Entre otras cosas, desenmascara nuestros *deseos no legitimados*, aquellos que fueron relegados al arcón de las esperanzas frustradas o simplemente permanecieron desconocidos por falta de aceptación en nuestro entorno. También nos echa en cara nuestra *falta de práctica para construir deseos propios* que no sigan las huellas de los deseos enarbolados por quienes nos rodean o impuestos por los modelos sociales imperantes. El tiempo libre juega con *los deseos de otros tiempos* que tan a menudo son vividos como asignaturas pendientes y sin embargo muchas veces han perdido vigencia porque pertenecen al pasado y nuestro presente reclama otras cosas. El tiempo libre nos enfrenta, fundamentalmente, con el *deseo escurridizo*. Sin previo aviso, pone al descubierto nuestra desorientación, que suele ser sentida como una vivencia insondable de vacío, tan ingrata como el hambre no satisfecho. El eterno clamor humano por disponer de tiempo, de ese tiempo que las responsabilidades y condicionamientos hicieron inasible en épocas pasadas, se vuelve como un bumerán reclamándonos todo lo que antes le pedíamos a él. Es como si el tiempo libre nos dijera: “Ahora úsame como te dé placer” y no supiéramos hacerlo. El tiempo libre se convierte, por el instante que dura, en “la hora de la verdad”. Y la verdad a veces suele ser tan dolorosa que se cae en la tentación de llenar los “espacios” de cualquier manera, aun cuando nos agoten y nos dejen más insatisfechas/os que antes. El tiempo libre es un alcahuete que nos enfrenta con una de las mayores orfandades: la de nuestro propio deseo cuando se nos vuelve extranjero.

El tiempo libre pone al desnudo nuestras soledades. Nos guste o no, todo ser humano es un *ser solo* que tiene como posibilidad la de llegar a estar acompañado consigo mismo y con otros. Sin duda, la propia compañía es el antídoto esencial capaz de hacer frente a la soledad humana más arcaica. Es a partir de la propia compañía que se abren saludablemente las puertas y ventanas para llegar a disfrutar de la compañía de otros, sin quedar a su merced o reclamarlas como tablas de salvación. Pero esto —que pareciera ser tan sencillo de comprender— no siempre resulta fácil de incorporar, sobre todo para el género femenino, que durante milenios estuvo condicionado a pensarse a través de pautas y modelos confeccionados desde una estructura patriarcal que, entre otras cosas, imponía como verdad absoluta que la “compañía salvadora” provenía de los otros, los que siempre estaban “afuera” de ellas. El tiempo libre despliega ante nuestros ojos la más genuina soledad humana. Es por ello que la actitud más saludable es tomar conciencia de esa realidad inquietante para dedicar todas las energías posibles a la búsqueda y construcción de un proyecto personal.

NUEVAS TRAVESÍAS: CONSTRUIR PROYECTOS PROPIOS

Decíamos que el tiempo libre suele hacerse presente cuando se concluyen ciertas etapas de la vida que insumen gran dedicación y energías. Esos momentos son puntos de llegada y partida al mismo tiempo. Es como llegar a un puerto donde se da por concluido el itinerario previsto y se abren los espacios para nuevas travesías. Es justamente en esas “llegadas a puerto” cuando es posible –y necesario– otorgarle protagonismo a la construcción de proyectos propios. Sabemos que no resulta una tarea fácil. Al contrario, requiere de gran laboriosidad y de una decisión tenaz para sostener algunos de los condimentos indispensables para su logro. Instalar un proyecto requiere de autonomía para no quedar apresada por las miradas y opiniones ajenas. También exige un poco de independencia para disponer de recursos que permitan solventar dicho proyecto. Asimismo, algo de paciencia para ir probando hasta encontrar algo que entusiasme. Debemos tener en cuenta que si bien es cierto que la autonomía, la independencia y la paciencia son condiciones necesarias, no son suficientes por sí solas. Es necesario también un poco de tolerancia para reducir los prejuicios que a menudo nos impiden experimentar cosas distintas y también, una buena dosis de “desprendimientos” que permitan soltar las propuestas del pasado y las “facturas acumuladas”. En síntesis: construir un proyecto propio es una tarea laboriosa que, como todo, tiene costos y beneficios. El costo más evidente radica en perder la pasiva comodidad que brindan los rumbos conocidos, mientras que el beneficio mayor reside en abrir otras puertas y despertar a otras vibraciones. Es casi como la actividad física: hacerla es incómoda pero evitarla es esclerosante. Y como siempre, cada uno/a hará lo que pueda y llegará hasta donde llegue. Pero es indudable que cualquiera sean los logros obtenidos, la travesía en sí misma pone en marcha el motor de la juventud, que no depende exclusivamente de la edad cronológica.

PACIENCIA ACTIVA, UN HÁBITO SALUDABLE

Decíamos que abocarse a la tarea de construir proyectos propios en un momento crítico de la vida como la transición que se produce a continuación de la juventud plena, es una empresa compleja que requiere paciencia. No se trata, sin embargo, de esperar que “algo se produzca”. Tampoco de la paciencia de conformarse con “cualquier cosa”. Mucho menos de “dejar pasar el tiempo”. No se trata de una paciencia de renuncia ni mucho menos de una acomodaticia, sino de una *paciencia activa*. A partir de esa edad en que no pocas mujeres ya cumplieron con los contratos contraídos en la primera parte de su vida, los proyectos personales suelen adquirir modalidades y objetivos distintos a los asumidos anteriormente. Como ya hemos dicho, muchos de dichos proyectos formaron parte del programa de vida socialmente esperado. Venían por *default* y habitualmente eran incorporados sin demasiados cuestionamientos. Cuando el paso del tiempo conduce a la finalización de los proyectos de la juventud, se hace presente el *tiempo libre* y con él, la necesidad de nuevos proyectos que den sentido y satisfacciones a la vida. Es entonces cuando se pone en evidencia que existe poco hábito de buscar proyectos alternativos que apunten a satisfacer necesidades personales. Se impone la necesidad de aprender a buscar y no es sencillo encontrar. Se trata de un aprendizaje que requiere tiempo y mucha paciencia. Se suele decir que “quien sabe lo que quiere, encuentra lo que busca” y, si bien esta afirmación no siempre se confirma, resulta fácil comprobar que cuando se tiene plena conciencia de lo que se desea es más fácil orientar la búsqueda. Ahora bien, en estos momentos de la vida suele suceder –como señalaba al principio de este capítulo– que se quiere algo pero no se sabe exactamente qué. Se sabe solo que tiene que ser algo que vuelva a mover las cuerdas del entusiasmo, por lo cual tenga sentido hacer esfuerzos, que funcione como un remanso que nos preserve, aunque solo sea por breves momentos, de las preocupaciones y dolores que la vida nos depara. Algo que nos permita sonreír y, si es posible, también reír, que nos atrape porque, fundamentalmente, está exento de obligación. Algo que nos haga sentir libres de pensar y sentir. Algo que nos contente simplemente porque sí, sin ninguna explicación ni justificación adicional. En síntesis, es como si todos supiéramos de qué se trata ese algo sin conocer su ropaje con que se presenta. Y justamente este es el gran desafío de la búsqueda: descubrir su apariencia exterior y la manera de acceder a él.

La búsqueda de nuevos proyectos requiere paciencia. Es decir, capacidad para tolerar la frustración y seguir buscando hasta que aparezca ese algo que nos satisfaga. Se trata de una *paciencia activa* porque no es quedarse esperando hasta que la vida nos haga el regalo de presentarnos aquello que nos entusiasma, sino adoptar una actitud de búsqueda constante. Paciencia con una misma para seguir buscando aunque el horizonte esté brumoso y no se pueda aún vislumbrar dónde están ni cómo serán los nuevos espacios de luz. Son muchos los momentos de la vida en que se requiere de una buena dosis de paciencia, sobre todo cuando es inevitable transitar por momentos de incertidumbre y cambios que no han sido elegidos. No es lo mismo tenerse paciencia

para transitar un tiempo en pos de un objetivo ya elegido, que tenerse paciencia para transitar un espacio de incertidumbre. Es justamente esto último lo que suele caracterizar las búsquedas en estas épocas de los *tiempos libres*. La incertidumbre es hija de lo desconocido, de los cambios no previstos, negados o impuestos por fuera de nuestro deseo y control. Pero la incertidumbre no solo presenta aspectos ingratos. También es hermana de la aventura y cómplice de las transgresiones. Es enemiga de las garantías y suele ser la gran reina del futuro, tenazmente rechazada por la gran mayoría de las personas. Lo incierto es casi lo único seguro del devenir humano y sin embargo –en lugar de aprender a convivir con ello– suele ser tenazmente negado y combatido. Una de las maneras más frecuentes con las que se intenta dar por inexistente a la incertidumbre es la confección de estructuras socioculturales rígidas y estables con las que se pretende anticipar y controlar el futuro. Pero suele ocurrir que estas estructuras resultan ineficaces para transitar espacios de incertidumbre como los de los *tiempos libres* en la edad adulta porque es allí cuando se impone comenzar una búsqueda distinta a todas las anteriores. En estos tiempos, es necesario aplicar otras estrategias que dispongan de mayor flexibilidad. Una mujer comentaba:

Yo estaba acostumbrada a que en casa de mis padres nos reuníamos todos los domingos con mis hijos. Toda la familia se reunía y mis padres estaban radiantes. Ahora yo no consigo que mis hijos compartan conmigo un día establecido de la semana. Y me doy cuenta de que si intento imponerlo es peor. Tengo que inventar algo diferente porque en los tiempos que corren no puedo implementar las mismas modalidades que mis padres. Y mucho menos imponerlas. Tengo que ser más plástica si quiero poder compartir con ellos momentos de disfrute.

Otra afirmaba:

Estoy nuevamente en pareja pero, a diferencia de mi experiencia anterior, cada uno vive en su casa y compartimos los fines de semana, las vacaciones y todo lo que tengamos ganas. Esta modalidad nos permite compartir tiempos y a la vez disponer de espacios propios, lo cual nos da mucho aire, aumenta el entusiasmo por encontrarnos y sobre todo me resulta mucho más fácil tolerar su compañía cuando se pone pesado porque sé que al día siguiente estaré sola en mi casa.

Efectivamente los tiempos han cambiado y así como se pierden algunas costumbres agradables también se incorporan otras que brindan la posibilidad de disfrutar de libertades impensables en otros tiempos. A partir de los ejemplos anteriores se hace evidente que el mantenimiento de estructuras rígidas (como tratar de imponer a la fuerza el domingo familiar) no solo resulta impracticable, sino que impiden disfrutar con mayor libertad de una convivencia llevadera que haga lugar a los espacios y tiempos de cada uno. En la madurez suelen soplar vientos de cambio y es entonces cuando las formas rígidas se vuelven inoperantes. Por ello, la *paciencia activa* simboliza una búsqueda protagónica que le otorga a las incertidumbres nuevas cualidades y menores temores.

EL ARTE DE TRANSFORMAR LOS PASIVOS EN ACTIVOS. ¿FACTURAS PENDIENTES O CRÉDITOS A FAVOR?

Llegar a la edad adulta significa, entre muchas otras cosas, hacer algunos balances. En esos momentos es cuando salen a la luz lo que podríamos llamar *facturas pendientes*. Es decir, todos aquellos reclamos que nunca fueron suficientemente reconocidos o explícitamente compensados por las energías invertidas y compromisos asumidos con responsabilidad. Dichas *facturas* suelen ir acumulándose a lo largo del tiempo cosa que inevitablemente genera resentimientos. Las *facturas pendientes* son el caldo de cultivo de vivencias ingratas e insalubres, de las cuales el resentimiento es una de las más corrosivas. En la edad madura, cuando aparecen los *tiempos libres* suele suceder que algunas mujeres se quejan a pesar de tener todo lo que se supone que necesita una persona para ser feliz y sentirse agradecida a la vida: salud, afectos, compañía, actividades agradables y hasta cierto grado de tranquilidad económica. Esta modalidad suele ser tomada con desagrado por los allegados que repiten una y otra vez: “Te quejás de llena”. Sin embargo, las quejas perduran aunque en apariencia nada lo justifique. Hay un refrán que dice: “Cuando el río suena, agua lleva” y, parafraseándolo, podemos decir: cuando hay quejas, algo duele. Probablemente, las quejas perduran porque responden a algo que molesta pero no aparece en la superficie o que apenas se insinúa como los puntos sobresalientes de un iceberg. Seguramente habrá más de una explicación que permita entender este particular fenómeno de las quejas (supuestamente) injustificadas. Voy a proponer una hipótesis como punto de reflexión sobre el tema: *muchas de las quejas femeninas responden a una acumulación de facturas pendientes de las cuales no se tiene plena conciencia*. Dicho con otras palabras: muchas mujeres se quejan, en ese momento de sus vidas, por todos aquellos espacios cedidos en pos de cumplir con *el deber* que no siempre fue elegido a conciencia y por lo que tampoco reciben un reconocimiento proporcional a su entrega. Las *facturas* acumuladas se transforman en resentimiento y ni ellas mismas ni quienes las rodean logran entender el malestar que las perturba. Esto sucede porque dichas entregas han sido naturalizadas por la cultura y consideradas obvias tanto por las mujeres como por los varones. Voy a permitirme recordar aquí un ejemplo que incluí en mi libro *El dinero en la pareja* (1989). Se trata de un matrimonio mayor con hijos y una trayectoria conyugal de unión y complementariedad. Él siempre se había destacado por sus conocimientos y prestigio profesional y personal. Ella, mujer sobria e inteligente, lo había secundado en todo momento. En las reuniones, mientras él era la *vedette* que deleitaba con su conversación y erudición, ella escuchaba atentamente haciendo muy pocas observaciones, aunque lúcidas y profundas, que sorprendían porque no se las esperaba de alguien que estaba tan a la sombra. Ya en edad avanzada, él fue intervenido quirúrgicamente, saliendo airoso de la operación, pero muy irritable e irritante. Ella se dedicó a atenderlo con esmero hasta alcanzar al colmo de su paciencia. Un día, en un acto de rebelión, le dijo que no pensaba seguir aguantándolo y se encerró en su cuarto. Hora más tarde, cuando él fue a buscarla

descubrió que había tomado una dosis excesiva de barbitúricos. Fue atendida médicamente y por fortuna se repuso. Fue entonces cuando ella comenzó a desgarnar una lista interminable de reproches por todas las situaciones en que se había postergado a sí misma y había renunciado a satisfacer anhelos que hubieran sido totalmente compatibles con la vida en común. Se trataba de una lista infinita de pequeñas y grandes situaciones en las que ella, mes a mes y año tras año, iba desdibujando sus entusiasmos, apagando sus deseos, postergando sus ambiciones en aras de la fidelidad y de lo que seguramente creyó que era la forma correcta de ser esposa y de cumplir un contrato social avalado por la cultura y sostenido por la costumbre. De esa manera, fueron sucediéndose expectativas postergadas, deseos incumplidos, transacciones a pérdida, ambiciones truncadas, experiencias abortadas, desafíos inexistentes... acumulándose durante más de cuarenta años como facturas impagas a la espera de alguna recompensa. Como si existiera una “doble contabilidad” en el contrato matrimonial: la “oficial”, que muestra un ejercicio correcto durante más de cuarenta años y sobre el cual supuestamente no se puede decir nada porque, según las apariencias “todo está en orden”; y la otra, cuyos asientos figuran en algún oscuro lugar en donde el tiempo no pasa, engrosando intereses acumulativos que terminan siendo disparatados porque nadie podrá saldarlos. Sin embargo, no dejan de ser reclamados en lo que algunos llaman “la hora de la verdad”.

Siguiendo con el paralelismo entre economía y pareja, podría sugerir una hipótesis para comprender este ejemplo en particular. Plantearía que ambos habrían participado de un contrato social fraudulento nunca explicitado. Uno de los dos resultó estafado. La estafa consiste en que ambos creían que las entregas incondicionales de ella iban a rendir un beneficio proporcional a sus energías invertidas. Evidentemente, tenemos que pensar que ella le otorgó a dichas *facturas pendientes* características vitalicias. Es decir, que no prescriben a pesar del paso de los años. Este es un ejemplo, un poco extremo pero verídico, en el que queda claro que la acumulación de *facturas* solo incrementa pérdidas para ambos. Los dos perdieron el tiempo. Ella, las posibilidades de intentar satisfacer proyectos propios; su marido, la posibilidad de resarcirla. La brutal verdad es que las facturas no son vitalicias y que su acumulación solo configura una deuda imposible de saldar.

Ahora bien, el hecho de que sepamos que las facturas prescriben y resultan incobrables no evita que sigamos acumulando algunas de ellas a pesar de todo. Y las mismas quedan como espinas clavadas que solo producen resentimiento y queja. En este punto propongo una hipótesis para intentar transformar el resentimiento y la queja en algo provechoso. Es decir, partir de ese “material” que ya forma parte del “haber” acopiado en la vida para reciclarlo, logrando que “eso” acumulado adquiera otro significado. La hipótesis es que *las facturas pendientes no pueden cobrarse pero sí reciclarse y transformarse en créditos a favor*.

En otras palabras: si a las facturas pendientes les quitamos su carga de reclamo, lo que queda es algo así como un derecho adquirido para satisfacer deseos actuales en reemplazo de aquellos que no pudieron ser satisfechos en otros tiempos. Es como si se

tratarla de una *capitalización* que legitima los deseos del presente. Una forma simple de decirlo es: “Ahora me toca a mí porque tengo derechos adquiridos y un enorme crédito a favor”. Estoy convencida de que vale la pena hacer el esfuerzo de reciclar las *facturas pendientes* y convertirlas en *créditos a favor*, una de las maneras más efectivas de desactivar la potencia nefasta del resentimiento. ¿A qué me refiero con esto? En primer lugar, al tomar conciencia las mujeres de que no se quejan de llenas, sino por facturas acumuladas de las cuales no tenían registro, dejarían de sentirse desubicadas y siempre en falta. Entenderían que la naturalización del deber es lo que no les permite tomar conciencia de dichas facturas. En segundo lugar, considerarían dichas facturas como un capital acumulado. Una especie de crédito a favor que las ayudaría a dejar de reclamar lo que ya es irrecuperable y, en lugar de eso, cambiar la actitud quejosa por una actitud protagónica. Por una actitud de búsqueda para satisfacer —y permitirse— deseos personales que nada tengan que ver con el *deber*. Es el momento de poner en práctica el “hora me toca a mí”, sabiendo que disponen de mucho crédito a favor y que por lo tanto no es necesario justificarse ni quedar atrapadas en las redes de las culpabilidades a las que son tan proclives tantas mujeres. En estas condiciones es muy probable que el *tiempo libre* pierda su cualidad inquietante y por lo tanto también desaparezcan los temores que a menudo despierta.

CAPÍTULO 5

BASTA DE PEDIR DISCULPAS POR NO SER JOVEN

¿JUVENTUD IDEALIZADA?

La juventud es una etapa de la vida en que la potencia va de la mano con la falta de experiencia y de sabiduría. Todo está por descubrirse. El horizonte es una ilusión lejana que prende la llama del movimiento y sus estímulos prometen y provocan. La finitud es apenas un concepto teórico que suele no formar parte de los pensamientos juveniles y las limitaciones son cosas que les “pasan a otros”. En esos tiempos, la propia imagen es una nebulosa que busca ponerse en foco, con mucho trabajo y pocas precisiones. Es una época de explosiones, de riesgos excitantes y poco evaluados. Es también un espacio temporal donde suelen acumularse errores difíciles de reparar o reciclar. Suele ser también una etapa de profundos dolores que no siempre logra ser aliviada por la satisfacción que brinda la imagen resplandeciente del cuerpo joven. Es una época de puras promesas, mucho trabajo y poca tranquilidad. En pocas palabras, es un momento de la vida que al igual que las otras que vendrán luego también tiene sus costos.

Resulta curioso y sorprendente comprobar que existe una *idealización de la juventud* que desdibuja sus *costos* y la instala en un trono imaginario. Dicha idealización exalta la potencia física, la imagen del cuerpo en la plenitud del desarrollo y la intensidad con que se viven las pasiones. Se olvida que la potencia sin sabiduría puede resultar desastrosa y que el cuerpo joven sin atractivos psíquicos y afectivos puede generar gran aburrimiento. También que la intensidad pasional no es privativa de la juventud, sino de aquellas personas que, cualquiera sea su edad, logran descubrir lo esencial de la vida y lo instalan en su interior. La idealización de la juventud provoca automáticamente, en todas aquellas personas que caen en sus redes, la descalificación y el rechazo de cualquier otra época de la vida. Para esas personas, su pérdida se convierte en una condena y el tránsito de la adultez y la vejez, en un sendero penoso y vergonzante.

El mundo actual está atravesando un período de marcada decadencia que coincide con la exaltación de la juventud como punto de referencia incuestionable. Por esto, quien deja de ser joven es automáticamente segregado y pasible de menoscabo. Y es aquí cuando —y donde— se produce un fenómeno social ampliamente aprovechado por la voracidad económica y el afán de lucro indiscriminado. Si todos estamos obligados a seguir siendo jóvenes cuando ya dejamos de serlo, resulta imperioso consumir todo tipo de productos y estrategias para evitar lo inevitable. También resulta obvio que si el punto de referencia ineludible es *ser joven* muchas personas —hombres y mujeres— terminan despreciándose a sí mismas cuando pierden la juventud por ser quienes son y como son. Este desprecio pasa a formar parte del inconsciente colectivo y pronto se incorpora a la subjetividad de mujeres y varones. Muchas personas hacen lo imposible para aparentar juventud en lugar de desplegar sus atractivos para ser valoradas por su adultez o vejez.

La *obligación de juventud* se impone a las mujeres con mayor peso que a los varones, a quienes la sociedad sigue reafirmandolos en su calidad de *protectores atractivos* más allá de la edad (cosa que no sucede con las mujeres). La necesidad de *ser vistas* como jóvenes para no perder *un lugar en el mundo* conduce a muchas de ellas a pasar interminablemente por un quirófano tras otro, acrecentando la riqueza de cirujanos —casi siempre varones—, al tiempo que minan su confianza en sí mismas, pues todo las lleva a sentir que lo más importante es la apariencia. Como si esto fuera poco, terminan instaladas en una carrera contra el tiempo que las condena a estirarse la piel, cada vez un poco más, hasta que las sonrisas quedan escondidas detrás de una mueca inexpresiva. Por fortuna, actualmente comienzan a oírse voces que se rebelan contra la exigencia de la juventud forzada y pretenden disfrutar y ostentar los atractivos propios de la edad madura, recurriendo a métodos de cuidado naturales. Son mujeres y varones que desean ser amados y valorados por lo que son y no por la cercanía alcanzada respecto de los modelos que impone la sociedad de consumo.

¿DISCULPARME POR NO SER JOVEN?

En nuestra sociedad, dejar atrás la juventud suele convertirse en una experiencia inquietante tanto en relación con las vivencias subjetivas como con el deseo de mantener los espacios sociales. Por un lado, el correr de los años impone la tarea de ir cambiando progresivamente la imagen interna que se tiene de uno mismo. Lo cual no es una tarea menor porque en un cerrar y abrir de ojos nuestros padres, hijos, parejas y situaciones vitales dejan de ser lo que eran. También cambian nuestras responsabilidades, necesidades e intereses y ello requiere un permanente trabajo psíquico de reingeniería. Por otro lado, la acumulación de experiencia en el ámbito laboral, conquistada laboriosamente en los años juveniles no resulta una garantía para el mantenimiento y disfrute “más allá” de la juventud y de dichos espacios. En un mundo que toma como punto exclusivo de referencia la juventud, quienes ya la dejaron atrás entran en la categoría de *descartables*, quedando a *disponibilidad* de las modas sociales. La edad cronológica se convierte en una medida que no evalúa la capacidad ni la eficiencia. Con lo cual el paso del tiempo se transforma para una gran cantidad de personas en un *destino a pérdida*, en lugar de un *espacio de capitalización* que asegure cierto grado de disfrute. No se trata de acumular los espacios ganados en la juventud, sino de seguir contando con el derecho a participar de la vida pública y laboral sin sentirse un ciudadano de segunda por haber dejado de ser joven. Muchas de las mujeres que se mantienen activas laboralmente suelen sentir el malestar de tener que justificarse por seguir disfrutando y compartiendo con los jóvenes los espacios adquiridos. Una mujer comentaba:

Yo no quiero tener actitudes ridículas o extemporáneas a mi edad. No necesito vestirme igual que mi hija para seguir siendo atractiva con la edad que tengo. Pero tampoco quiero dejar de ocupar los espacios laborales que me gané con los años y que puedo compartir con los jóvenes que se incorporan a la vida pública. Es lamentable andar por la vida como pidiendo disculpas por no ser joven.

Deseo rescatar tres aspectos que me parecen muy significativos en este comentario. El primero pone sobre el tapete que no hace falta camuflarse de joven para seguir siendo atractiva. El segundo –implícito– es que resulta muy saludable psíquicamente aceptar y valorar la edad “más allá” de la juventud. El tercero sugiere que es posible compartir un mismo espacio con los jóvenes, porque hay lugar para todos mientras no se califique a unos en detrimento de los otros.

En relación al primer punto me parece importante recalcar que la actitud de camuflarse se convierte en un obstáculo para poner en práctica los atractivos más genuinos de la edad que se transita. El camuflaje intenta encubrir en lugar de reciclar. Es decir, se pretende ocultar la superficie cuando sería mucho mejor *negocio para la vida* dar al contenido una *nueva forma* que resulte atractiva y pueda exponerse sin vergüenza. No voy a analizar los motivos que confluyen en esos comportamientos de camuflaje tan

poco confortables (que, además, consumen una infinidad de energías a las que se les podría dar mejor destino). Pero me parece importante hacer hincapié en que dicho camuflaje resulta paradójico porque promueve justamente lo opuesto a lo deseado. Cuanto más se intenta esconder la madurez, tanto más queda expuesto lo que ya no se es. Muchas mujeres –y cada vez más varones– que caen seducidos por la ilusión de hacerle trampas al paso del tiempo, lo cual casi siempre las/os deja más expuestas y vulnerables. Renegar de la edad tiene puntos de contacto con otra situación que también termina siendo muy insalubre: renegar de los propios orígenes. Los orígenes, como la edad, están siempre presentes. Y el hecho de *renegar* (negar una y otra vez) de aquello que forma parte de la propia identidad necesariamente va socavando la confianza propia y también la de quienes nos rodean.

En relación al tema de la dificultad para aceptar la edad “más allá” de la juventud es importante poner en evidencia que dicha resistencia lleva implícita una autodescalificación. Dejar de ser joven está descalificado y por lo tanto resulta difícil valorarlo. Este no es un tema sencillo porque forma parte de una compleja red de expectativas sociales. La autodescalificación se hace eco de una mirada social que en los tiempos actuales es profundamente discriminatoria para con todo lo que queda “al margen” de la juventud. De la descalificación a la vergüenza hay un paso muy corto y no son pocas las mujeres que, alejadas de la juventud, se miran a sí mismas sin poder enorgullecerse del tiempo transcurrido y se convierten en severas críticas de sus formas actuales. Este es un punto clave y difícil de modificar sobre todo en aquellas sociedades que hacen de la apariencia un valor prioritario. El *mantenimiento de las apariencias* no se limita solamente al cuerpo. En todos los órdenes en que las apariencias terminan siendo jerarquizadas se desemboca necesariamente en una decadencia, deterioro e insolvencia. Esto es válido para el mantenimiento de las apariencias sociales, económicas, amorosas, de la edad y de cualquier otro orden. Las elecciones que se basan solo en las apariencias suelen conducir, casi inevitablemente, a *negocios de vida* fraudulentos porque nada es lo que parece y todo pierde sostén.

La tercera llamada de atención que transmite el comentario del que partimos apunta a una discriminación social que adquirió real envergadura en las últimas décadas del siglo que acaba de finalizar. Me refiero a la idea de que la juventud es soberana exclusiva –y excluyente– de la vida social actual. Esta actitud no solo nos lleva a prescindir de las experiencias aún útiles de los que ya no son jóvenes, sino que también corta las alas de los que todavía pueden y saben volar. Se trata de una discriminación brutal que pone límites de edad casi para todas las actividades humanas y que impone una marginación que nos empobrece a todos. Muchas de aquellas personas que se resisten a ser descartables cuando aún tienen mucho para ofrecer sienten la desagradable vivencia de tener que disculparse por seguir estando vivas, disponibles, capaces, interesadas, apasionadas y dispuestas a mostrarle a las generaciones más jóvenes que es posible seguir contribuyendo a la red social hasta el final. En estas condiciones, resulta inviable una red solidaria y todos perdemos. Unos por exceso de omnipotencia y otros por la imposibilidad de compartir y ofrecer sus experiencias y sabidurías.

LA JUVENTUD NO ES UNA VIRTUD

La juventud es una etapa de la vida que tiene el atractivo de las explosiones: todo se expande como fuego de artificio. No siempre es posible saber adónde van a parar esas energías, pero el entusiasmo que generan suele ser recordado con añoranza en los años posteriores. Resulta curioso comprobar cuan buena memoria parece haber para recordar los apasionamientos y cuan mala para las angustias que iban de la mano de las explosiones. Con el paso del tiempo, los recuerdos de esa etapa de la vida suelen transitar senderos muy diversos. Algunas personas cristalizan sus pasiones en aquella etapa e insisten en creer que no hubo otra época mejor. Otras, dispuestas a conocer todos los sabores de la vida, la ubican como una porción más dentro de un itinerario aún no concluido. Una mujer comentaba:

La juventud no es una virtud, es una etapa de la vida. Cuando algunas mujeres de mi edad dicen “en mi época” sugiriendo con eso que la juventud fue la única etapa de la vida merecedora de ser vivida yo pienso: “¿Y esta no es también tu época?”. Yo tuve momentos en mi juventud tan poco lúcidos, además de conflictivos, que no se me ocurre pensar que la época de juventud fue la que mejor me representa.

No estoy de acuerdo con eso que dicen algunos: “El mundo es de los jóvenes”. Yo creo que el mundo es de todos y cada cual merece un pedacito. Cuando pienso en mi vida encuentro que hubo tantas falencias y agujeros en aquellas épocas como en esta.

El contenido que transmite este comentario ofrece pistas muy interesantes para desentrañar este tema, sobre todo, por la naturalidad con que algunas personas parecieran limitar su vida a una etapa ya lejana y perdida. También lo es porque da por hecho que el mundo pertenece a los jóvenes y solamente a ellos. Más impactante aun es comprobar que la idealización de la juventud está tan incorporada que no se percibe el grado de orfandad en que quedan todos aquellos que la instalaron en un pedestal. ¿A qué orfandad me refiero? A la que acompaña a las épocas posjuveniles cuando la vida valorada pareciera haber quedado anclada allá lejos y hace tiempo. En esos casos, todo el trayecto se reduce a los primeros tramos, curiosa manera de autodespojarse de los acompañamientos presentes. Es algo así como una “desertización” de los tramos actuales y venideros. Esta concepción particular que solo otorga validez a la juventud y admira su despliegue potencial es también una forma de hacerle el juego a una sociedad de vértigo que no se permite paladear todos los momentos de la vida. No son pocas las personas que terminan siendo víctimas y cómplices de un modelo impuesto para satisfacer complejos intereses económicos. El pasaporte de omnipotencia con que atraviesan las fronteras los jóvenes es permanentemente emitido por los que ya dejaron de serlo. Unos y otros compiten por el mismo espacio, con las consecuencias nefastas que ello genera. En cambio, aquellas sociedades que han logrado mantener la valoración de las distintas etapas de la vida han podido disfrutar de un intercambio enriquecedor entre jóvenes, adultos y viejos sin padecer las marginaciones y orfandades de nuestras sociedades supuestamente civilizadas. Una cosa es aceptar las limitaciones que suelen provenir con

los años y otra muy distinta es agregarle el sufrimiento adicional que produce la marginación social y la descalificación por el hecho de haber dejado de ser joven. Una mujer comentaba:

Yo me siento joven aunque estoy pasada en años. Tengo de-seos intensos que no difieren mucho de los de la juventud. Lo que cambia es la modalidad y el alcance. Eso no me preocupa tanto pero lo que me tortura es la marginación social y el desprecio por mis capacidades actuales que tienen más que ver con la sabiduría que con la potencia. Es una pena porque si se juntara la sabiduría de los viejos con la potencia de los jóvenes, cada uno tendría un lugar y todos disfrutaríamos de la vida.

Es posible encontrar personas que reconocen las diferencias de la edad sin despreciar lo que transcurre “más allá” de la juventud. Pero, aun en estos casos, la presión social y lo que se ha incorporado de manera inconsciente a la subjetividad de mujeres y varones es de tal magnitud que suele resultar muy difícil, cuando no imposible, resistirse a la imposición de querer una apariencia de eterna juventud. En las condiciones de la sociedad actual, que exalta al extremo las bondades de la juventud, el gran desafío consiste en valorar las edades posjuveniles y dejar de ser socios/as y cómplices de una sociedad que maltrata y descalifica al que excede las fronteras de la juventud. Si bien no resulta fácil nadar en contra de la corriente, también es cierto que es posible no dejarse arrastrar por ella. Para esto último, es condición necesaria –aunque no suficiente– comenzar por entender que “todas son nuestras épocas” y que cada una cuenta con habilidades que le son propicias para mantener en alta estima nuestros atractivos. Por supuesto que esto requiere de un trabajo laborioso, pero que no es más costoso que dejarse arrastrar por la corriente. En otras palabras, se trataría de no caer en la trampa de comprar espejitos de colores. Tal vez la clave de este tema resida en no dejarse engañar con las propuestas superficiales de juventud de forma de poder utilizar las energías que insume el autoengaño en desarrollar las habilidades más genuinas de cada etapa. Con esta manera de plantear el problema volvemos a uno de los comentarios, el que dice: “Tengo deseos intensos que no difieren mucho de los de la juventud. Lo que cambia es la modalidad y el alcance”. Desde ya, sabemos que este comentario puede ser abordado desde muchos ángulos pero en esta oportunidad me limitaré a tomar un solo aspecto: el que se refiere a que los deseos de vivir y sentir la mayor plenitud posible siguen siendo tan intensos ahora como antes. Lo que a mi entender obstaculiza el ir en pos de la satisfacción es quedar atrapados/as en las habilidades –y apariencias– propias de épocas juveniles. Probablemente, una estrategia eficiente sea adherir a las propias imágenes *aggiornadas* en lugar de pretender sostener antiguas versiones cristalizadas de uno/a mismo/a. Entiendo por *aggiornamento* la capacidad para actualizarse y acomodarse a la realidad presente, aceptando los cambios que el tiempo impone, pero sin resignarse ni renunciar a intentar un reciclado funcional. Es decir, reacomodar el pasado para obtener el mayor disfrute posible del presente. El *aggiornamento* es una manera inteligente y práctica de sacarle el jugo a cualquier época y, en este sentido, coincido con eso de que “la juventud no es una virtud, sino una etapa de la vida”. Una manera saludable de

aggiornarse consiste en valorar la etapa de la vida que se está transitando, en lugar de adherir a la descalificación social generalizada y considerar que lo único verdaderamente valioso fue el tiempo que ya pasó. En todo caso, si fuera sido cierto que el tiempo pasado fue realmente bueno debería considerárselo un maravilloso material de capitalización para reciclar el presente.

“MIRÁ LA VIEJA CÓMO ESTÁ VESTIDA”

Una mujer comentaba:

Yo me visto de forma llamativa porque es mi estilo y me gusta. Ayer pasé caminando cerca de un grupito de adolescentes cuando escuché que uno dijo: “Mira la vieja cómo está vestida”. Y yo pensé: “¡Qué pasó conmigo!”. Y sí, tengo 60 años y para los jóvenes soy una vieja, pero yo no me siento vieja. Me quedé impactada y dolida y no terminaba de saber si el comentario había sido un halago o una descalificación.

Comenzaré por la última frase de este comentario, sopesando la posibilidad de que la exclamación juvenil tuviera tanto una connotación positiva como peyorativa. La pregunta es: ¿fue un halago o una descalificación la referencia a la vestimenta? Podría interpretarse como un halago si hablara de la capacidad de vestirse de una manera llamativa para las expectativas atribuidas a las mujeres ubicadas en el rango de “viejas” y también por haberse comportado con una actitud transgresora propia de la juventud. Otra manera de interpretarla sería pensar que se trató de una descalificación que llevaba implícita una censura por el hecho de que “una vieja” debería vestirse de otra manera. Cualquiera de las dos interpretaciones revela a todas luces que la exclamación no tenía por objetivo apuntar al buen o mal gusto con el que podría vestirse una mujer —apreciación, por otra parte, totalmente subjetiva—, sino que incluía un contenido altamente discriminatorio dirigido al hecho de *ser vieja*. Así como en algunos lugares del mundo existen claras discriminaciones por las cuales hay ciudadanos de primera y ciudadanos de segunda, también existen discriminaciones en relación con la edad. Estamos en condiciones de plantear, entonces, que habría *edades de primera y edades de segunda*. Entre estas últimas estaría la vejez.

El tema de la discriminación es tan antiguo como el mundo. Siempre hubo y seguramente seguirán habiendo personas y grupos que se atribuyen superioridades y privilegios en detrimento de otros. En lo que respecta a la edad, cabe señalar que resulta posible sostener el prejuicio etario y padecer sus consecuencias porque no solo lo marcan quienes discriminan sino también porque adhieren al prejuicio quienes son afectados por él. En otras palabras, todos enaltecen la juventud, aun los que ya dejaron de ser jóvenes. Estos últimos han incorporado la discriminación en la propia subjetividad y quedan atrapados por el prejuicio, lo cual se convierte en un obstáculo para valorar y disfrutar lo que tienen de valioso las otras edades de la vida. Como si esto fuera poco, existe una cantidad significativa de personas que intenta parecer joven a cualquier costo, en lugar de disfrutar de su edad en las mejores condiciones posibles y enorgullecerse por ello. Veamos otro ejemplo:

Ese día me sentía particularmente atractiva transitando la cincuentena. Iba caminando a buen paso al costado de una avenida en el centro de la ciudad buscando un taxi. Al llegar a una esquina me frené de golpe porque me pareció ver uno desocupado. Inmediatamente siento que alguien me atropella por detrás. Era una joven que venía caminando, también a buen paso,

detrás de mí. Su reacción inmediata fue exclamar: “¡Vieja boluda!” y siguió caminando. Yo quedé impactada y con el deseo de contestar algo a semejante insulto. Seguí detrás de ella buscando en mi cerebro una frase contundente para retrucarle, pero me sentía tan lastimada que no pude reaccionar. No sabía cuál había sido el mayor insulto, si ser boluda o ser vieja.

“Boluda”, es una expresión bastante frecuente en la Argentina, que adquiere una gran diversidad de significados según el contexto en que se la utilice. Aquí significa “idiota”, “tonta”, “estúpida”, “boba”. Con decir solamente “boluda” hubiera alcanzado para transmitir una amplia descalificación ya que este adjetivo, con esa acepción, es altamente peyorativo. Pero la joven quería causar un malestar importante y escupió además la palabra “vieja”, que funcionó como un adjetivo más. En otras palabras, la joven –que atropelló por detrás a una mujer mayor que ella– en lugar de disculparse por no haber mantenido la distancia necesaria insultó a quien no podía verla, con las palabras que consideró más ofensivas: “vieja” y “boluda”. Aunque solemos estar acostumbrados/as a que nuestra sociedad occidental judeocristiana exprese con mucha frecuencia sus prejuicios patriarcales, machistas y etarios de todas formas resulta perturbador que sea justamente una joven mujer quien elija como insulto el apelativo de “vieja”. Este ejemplo revela cuan hondo ha calado la descalificación hacia las mujeres a causa de la edad, dado que hasta las jóvenes no tienen conciencia de que dentro de poco tiempo, también ellas serán alcanzadas por el prejuicio que ellas mismas contribuyen a consolidar. Aquí se impone un *basta* a la autodescalificación y una campaña social que sensibilice a los/as jóvenes en ese sentido. *Basta* de cerrar los ojos al prejuicio etario y escupir al cielo porque todo lo que va, vuelve.

“DEJÉ DE SER UNA REINA... ME VOLVÍ INVISIBLE”

No son pocas las mujeres y varones que llegados a la madurez suelen quejarse de que perciben una invisibilidad inexistente en la juventud. Dicen que “ahora nadie las mira” y si lo hacen, no los ven porque quedaron lejos del canon de juventud impuesto por la sociedad. Le echan la culpa al cuerpo que cambió, a las arrugas que aparecieron, a la piel que perdió tersura, a la cintura que se engrosó, a las tetas que se cayeron, al traste que decayó y a todos aquellos otros indicadores del cuerpo que se distanciaron del modelo actual de belleza que poco tiene que ver con la sensualidad genuina y mucho con la impostación. Sufren por esa *invisibilidad* y, a causa de ella, terminan volviéndose invisibles para sí mismas. Suelen mirarse al espejo y no se reconocen porque no solo reprueban la imagen que ven reflejada en él, sino que también le quitan legitimidad a las nuevas formas. Quedan prisioneras de la imagen externa y se autodescalifican, haciéndose eco de la descalificación social y, de esta manera, pierden una cantidad de energías que podrían destinar a la búsqueda de actividades y vivencias que las enriquezcan, entusiasmen y den nuevos sentidos a la vida. Son muy pocas las personas que se dan cuenta de haber caído en la trampa de creer que sus atractivos residen única y exclusivamente en el cuerpo considerado ideal por quienes detentan los controles económicos de la moda, de los laboratorios farmacológicos, de las cirugías estéticas, y de todos aquellos recursos que contribuyen a reducir a los seres humanos a su cáscara biológica. Son personas que quedaron entrampadas en la creencia de que sus únicos atractivos son físicos. Pendientes de ello patinan sobre la realidad, como sobre un piso mojado, sufriendo no pocos golpes y hasta agresiones autoinfligidas. No toman conciencia de que si los ojos perdieron atractivos no es porque se empequeñecieron, sino porque dejaron de brillar. Que si la sonrisa se ha vuelto una caricatura no es porque la piel perdió tersura, sino porque faltan proyectos personales que entusiasmen. Que si el cuerpo no erotiza no es porque se engrosó la cintura o perdió tensión el traste, sino porque sobra exhibicionismo y falta sensibilidad para conectarse con el placer genuino. En pocas palabras, que si han dejado de ser miradas es porque están arando y cultivando en campos equivocados. Sobran ejemplos de hombres y mujeres ya entrados en años, cuyos cuerpos han dejado de ser jóvenes y sin embargo no han perdido su fuente de atractivos. Lamentablemente, la presión social es de tal magnitud que muchas personas sufren, innecesariamente, por haber cambiado las formas exteriores de la juventud. Una mujer comentaba:

Cuando era joven no pasaba inadvertida. Todos me miraban y yo me sentía una reina. Ahora que soy madurita ya nadie me mira... me volví invisible.

Sin ninguna duda, la invisibilidad es ingrata pero también la genuina invisibilidad es aquella que se produce cuando nos miramos a través de ojos ajenos, nos subordinamos a los deseos de otros y descalificamos lo que tenemos y lo que somos. La propia

descalificación contribuye a consolidar la que circula a nuestro alrededor, quedándonos sin trono. Aquí hay una equivocación: no se trata de ser una “reina para otros” sino una “reina para una misma”. Obviamente, este fenómeno social que alimenta –y produce– la autodescalificación, tan frecuente sobre todo en las mujeres, es complejo y requiere de muchos y diversos abordajes para llegar a explicarlo y comprenderlo en toda su amplitud. En esta oportunidad voy a tomar solamente un aspecto acotado de él al que califico de “espejismo”.

LA MAGIA DEL ESPEJISMO: PROMESAS Y OMISIONES

Los espejismos aparecen como una realidad, pero son solo una ilusión y se esfuman en cuanto nos aproximamos a ellos. Por eso son puras promesas, pompas de jabón que se disuelven a poco de tomar contacto con el aire. Ofrecen imágenes incorpóreas, inconsistentes y siempre frustrantes porque prometen pero no cumplen. Se presentan ofreciéndonos justamente aquello que más deseamos y necesitamos, como si fueran una fuente de agua que saciará nuestra sed en pleno desierto. Infunden la esperanza de haber llegado al final de los tormentos porque satisfacen nuestras diversas hambrunas con sus aromas, colores y sabores. Los espejismos lo tienen todo menos lo posible. Es decir, nada. En los tiempos actuales uno de los espejismos de mayor *rating* es el de la eterna juventud, que sigue vendiendo ilusiones a pesar de que la humanidad, supuestamente, pareciera estar atravesando una de las épocas de mayor desarrollo y pensamiento. El espejismo de la juventud –casi una imposición de los tiempos modernos– atraviesa las vidas humanas como un huracán dejando a su paso no pocos trastornos y, en algunos casos, destrucciones irreversibles (como lo padecido por algunas mujeres que han muerto a causa de implantes cosméticos). Muchas personas que se desesperan por seguir siendo jóvenes y, en consecuencia, presentan una marcada incapacidad para aceptar las etapas posjuveniles y una enorme dificultad para disfrutar de las mismas. Otras llegan a infligir a sus cuerpos agresiones crueles tratando de hacer realidad un espejismo ilusionado de juventud. En casi todas las situaciones es la autoestima la que termina siendo profundamente afectada por la eterna valoración de una edad distinta a la que se tiene. El rechazo a la propia edad y la descalificación implícita que eso lleva aparejado hace de la autoestima algo inconsistente y frágil, porque esas personas esperan ser elegidas –y apreciadas– por lo que *no* son. Esta es una de las mayores frustraciones, así como su reverso es una de las mayores reafirmaciones: que nos quieran por lo que somos y como somos.

LA CULPA LA TIENE LA EDAD

Resulta impactante comprobar un fenómeno frecuente sobre todo en las mujeres, que consiste en mirar solo una cara de la moneda y negar la otra, por ejemplo, cuando hacen responsable a *la edad* por las limitaciones que padecen pero no por los aciertos de que son capaces debido a la experiencia. Una mujer comentaba:

Siempre ponemos el acento en lo que se nos cae: el traste, las tetas, la nariz. Cuando se nos cae la piel o nos salen arrugas decimos: “Es la edad”. Pero cuando actuamos con sabiduría diferenciando lo que nos conviene y lo que no, o cuando miramos con perspectiva y buena visión por la experiencia acumulada, no decimos: “Es la edad”. ¡Y sin embargo también es la edad! Jamás vamos a decir: “Es la edad” cuando alguien reconoce nuestros aciertos. Pero en cambio cuando surge alguna limitación decimos: “¿Qué querés, es la edad?”. Y empezamos a achacarle a la edad todo lo que nos molesta.

Este es un comentario lúcido y valiente de una mujer que se hartó de que sus congéneres le atribuyeran a *la edad* solamente aspectos indeseados. Y dijo *basta* de reafirmar con mi silencio este prejuicio descalificador. Resulta obvio que quienes insisten en focalizar en *la edad* todo aquello que les desagrade han hecho propio el prejuicio social que ubica a las mujeres entradas en años en el rincón de los trastos inservibles y desechables. Han hecho carne dicho prejuicio llegando a identificarse con la imagen descalificada que se atribuye a *la edad* en las mujeres. Se trata de una identificación con los conceptos patriarcales y machistas que llevan a muchas mujeres a convertirse en detractoras inconscientes de sí mismas. Este prejuicio debe ser modificado y el punto de inicio está en las propias mujeres porque todo cambio comienza por una misma. No es necesario pensar mucho para constatar que en este tema la pretensión de cambiar a los otros es inviable por muchos motivos. En parte, porque solo se modifica el que ha decidido hacer el esfuerzo. Además, porque resulta imposible forzar a otros a que cambien lo que no les interesa o no les conviene. Y también porque solo es posible ejercer un control efectivo sobre lo que depende de uno/a mismo/a.

El punto de partida para modificar este prejuicio comienza cuando ellas mismas comprenden que la descalificación de la edad no es biológica. Lo biológico son ciertas limitaciones que la edad impone y que resultan igualmente molestas para mujeres y para varones. Sin embargo, unas y otros no reciben la misma calificación peyorativa. Mientras cantidad de varones maduros suelen poner el énfasis en sus capacidades y experiencias como forma de neutralizar o compensar la falta de una piel tersa, las mujeres suelen concentrar su atención –y la de los demás– en lo que han dejado de tener. No se trata de resignarse a *la edad* sino de aceptarla, lo cual implica una diferencia sustancial.[\[11\]](#) Insisto en señalar que la descalificación de *la edad* no es un producto biológico sino cultural. Y esto es lo que sostiene el prejuicio.

“EN VOZ BAJA”

Sobre *la edad* se dicen muchas cosas. Algunas en voz alta y muchas otras en voz baja. Estas últimas no se afirman en cualquier parte ni a cualquier persona. Sería interesante dilucidar los motivos por los cuales algunas se mantienen en sordina, como si hubiera que disimular.

Me refiero a la enorme satisfacción que tienen numerosas mujeres de haber llegado a la *edad madura*, cuando sus hijos ya crecieron y están ocupados en desarrollar sus propias vidas. Entre mujeres se animan a decir: “Qué felicidad, ahora tengo tiempo para mí”, “Qué alivio, ya no tengo que estar pendiente de todos”, “Qué libertad, ahora puedo pensar en mí sin tener que estar conformando a todos”, “Qué maravilla disponer de la casa para mí sola”, “Ya no estoy prisionera de los horarios, los organizo como a mí me gusta”, “Ahora me toca a mí”, y muchas otras expresiones que dejan al descubierto el enorme bienestar que produce haber concluido con una etapa llena de obligaciones centradas en el servicio familiar, independientemente de que se tuvieran actividades extradomésticas a las que también se respondía.

Una mujer comentaba:

La edad me permite dejar de ser la buenita. Ahora tengo ganas de pasar tiempo con la gente que me interesa. Ya no me importa ser complaciente. E incluso puedo decidir estar con mis hijos solamente cuando me tratan bien. Se me fueron muchos miedos.

Resulta sorprendente comprobar que muchas mujeres recién con *la edad* toman conciencia de una cantidad de ataduras sostenidas y autoimpuestas durante la juventud. ¿Cuántos malestares y tolerancias innecesarias incluía la obligación de “ser buenita”? ¿Cuántas complacencias a disgusto? ¿Cuántos desplantes y malos tratos provenientes de los hijos en la creencia de que “una madre debe aguantar todo”? Pareciera que esta es también *la edad* en que es posible tomar posesión de espacios y tiempos propios; en que los fantasmas pierden sus máscaras y ya no asustan como lo hacían en la juventud cuando muchas creían que debían “hacer méritos” para ser reconocidas y apreciadas. Con *la edad* se disipan muchas dudas pero, sin embargo, pareciera que algunas mujeres sienten la necesidad de seguir guardando las formas y, solamente en voz baja y no con todo el mundo, expresan abiertamente las satisfacciones que brinda *la edad* y los profundos anhelos de liberación acallados durante largo tiempo.

UNA CUESTIÓN DE EROTISMO

Una mujer comentaba:

Ayer, una amiga me confesaba que a la hora de hacer el amor su marido se ponía el mameluco. Es decir, funcionaba mecánicamente, sin seducción ni atractivos preliminares, limitándose a concretar el acto. Y que eso la aburría soberanamente. No sabía cómo resolver la situación ya que él se resistía a modificar su actitud por más que lo hablaran. Se preguntaba si tendría que buscarse un amante, si soportaría el conflicto que eso podría producirle. No quería resignarse porque a su edad seguía tan entusiasta como antes en cuanto a sensualidad y deseo.

Este es un comentario mucho más frecuente de lo que algunas personas creen que resume el aburrimiento padecido por aquellas mujeres que siguen siendo entusiastas del disfrute sexual y cuyos compañeros se limitan a concretar un trámite de descarga. Con frecuencia, la excusa que suelen poner los varones es que las mujeres son “demasiado románticas” y ellos no están para perder el tiempo en detalles. En realidad, en estos casos sucede que ambos se pierden de disfrutar lúdicamente de uno de los capitales humanos más naturales.

Este comentario tiene el mérito de dejar al descubierto lo que a menudo se oculta, relacionado con los deseos y aspiraciones sexuales de muchas de las mujeres que dejaron de ser jóvenes. La sexualidad de dichas mujeres suele mantenerse en una nube de silencio, opacada por los prejuicios y encubierta por las creencias que sostienen, erróneamente, que la sexualidad femenina se circunscribe a la procreación, lo que supuestamente cubriría todas sus aspiraciones en este terreno. Recordemos que durante siglos el destino femenino estuvo signado por dos roles planteados como inconciliables entre sí: la maternidad y la prostitución. El primero, asociado con la santidad, el sacrificio y la reproducción. El segundo, con el anhelo y el disfrute sexual, ejercido con naturalidad carente de sentimientos pecaminosos. En las épocas de la Inquisición, el deseo sexual femenino era indiscutible señal de concupiscencia demoníaca. Las mujeres que los hombres necesitaban para disfrutar del sexo quedaban marginadas del aparato social y cargaban con todas las culpas de las pasiones masculinas. Las sociedades que han construido su organización sobre la base de un modelo patriarcal son las que terminan dividiendo a las mujeres en madres y putas. La cristiandad, que no escapa de este modelo patriarcal, ha simbolizado ambos roles en las figuras de María y Magdalena. La importancia asignada al rol maternal –que durante siglos les ha permitido a los varones garantizar tanto la herencia genética como la económica y mantener el control sobre bienes y privilegios sociales– condicionaba la sexualidad femenina al período de fertilidad. Una consecuencia directa de esto era considerar que el ciclo sexual femenino concluía con la menopausia y, por lo tanto, también el deseo sexual llegaba a su fin con el último período menstrual. Los tiempos han cambiado en algunos lugares del mundo –no en todos– y aparentemente muchas mujeres se permiten la libertad de no restringir sus necesidades sexuales al ámbito de la procreación y la maternidad. Sin embargo, el

prejuicio continúa y resulta evidente con mayor claridad en el silenciamiento que existe sobre la sexualidad de las *mujeres de edad*. De eso no se habla. Nuestra sociedad occidental judeocristiana es capaz de enaltecer la sexualidad de los *hombres de edad* pero encubre, niega y hasta descalifica el ejercicio sexual de las *mujeres de edad*. Todos recordamos la hermosa canción de Joan Manuel Serrat, “Tío Alberto”, que le canta a la sexualidad de un *hombre de edad* en brazos de una joven veinteañera como una muestra de energía vital y amor a la vida. Resulta difícil encontrar algún vestigio equivalente que enalteciera la sexualidad de las *mujeres de edad*. Por el contrario, el anhelo de disfrute sexual en mujeres que traspasaron la menopausia suele ser visto con malos ojos e incluso cae bajo sospecha como algo contrario a la naturaleza. Ha llegado el momento de decir *basta* a tanto encubrimiento, porque el hecho de ocultarlo no significa que no exista. Una película alemana dirigida por Andreas Dresen, y estrenada en Buenos Aires en abril de 2009 bajo el título *Nunca es tarde para amar* (título original: *Cloud 9/Wolke Neun*), da cuenta del erotismo en una *mujer de edad* que se permite disfrutar del sexo sin ocultar su cuerpo ya maduro ni resignarse a la monotonía de un vínculo con su pareja tradicional, carente de toda vitalidad. Al final de ella, el director plantea una situación que, a mi criterio, deja translucir que la pretensión femenina de dar satisfacción a su erotismo merece ser castigada. Si bien se trata de un final que acepta distintas interpretaciones, a mi entender, termina con un golpe bajo. Como si el cineasta hubiera negociado consigo mismo para permitirse filmar una película que muestre descarnadamente el erotismo en una *mujer de edad*. Es decir, que muestre lo que casi toda la sociedad se confabula en ocultar. La película no termina como la canción “Tío Alberto” – un canto a la felicidad y al permiso para disfrutar de todo aquello que la vida puede ofrecer –, sino que finaliza con una situación que opaca el disfrute y llena de culpas a la protagonista. Es para reflexionar porque aun cuando el director tuvo el coraje de enfrentar el tabú de la sexualidad en personas de *edad*, no pudo resistir la tentación de incluir una situación que opaca el disfrute e incluye una especie de “castigo”.

El prejuicio sobre la actividad sexual de las *personas de edad* está claramente sexuado como también lo están las prácticas del dinero e infinidad de otras actividades sociales. El hecho de que existan mujeres que escapan a la regla porque se permiten disfrutar con naturalidad y sin conflicto de su sexualidad, cualquiera sea su edad, no significa que el prejuicio haya desaparecido. Tampoco el que algunos pobres se hayan convertido en ricos significa que haya desaparecido la pobreza.

Así como existe una *sexuación* del dinero, [\[12\]](#) también existe una *sexuación* del prejuicio que podemos observar claramente, por ejemplo, en la actitud que suelen tener muchos hijos/as adultos/as en relación con la sexualidad de sus progenitores. Con frecuencia, dichos hijos adultos no solo suelen negarla, sino que –incluso cuando la aceptan– pueden ser condescendientes con los anhelos de disfrute sexual del padre pero critican –y hasta censuran– los de la madre, como si se tratara de una trasgresión a la naturaleza.

Y a pesar de todo, son muchas las *mujeres de edad* que desean seguir degustando de los placeres sexuales. Obviamente, se trata de mujeres para quienes la sexualidad

siempre fue una fuente de disfrute y llegada la *edad* de la posmenopausia sienten que llegó el momento de disfrutar con muchísima más libertad que antes. Se hacen eco de esa frase ya muy difundida: “Es la época de cerrar la fábrica y abrir el parque de diversiones”. Pero, aunque estén muy dispuestas, no son pocos los obstáculos que deben sortear. Uno de ellos es el “uso del mameluco”, metáfora con la cual una mujer daba cuenta del aburrimiento padecido con un compañero que se limitaba a la concreción del acto sexual sin preámbulos ni divertimentos. Pensando en este tema, hay aspectos que resultan un tanto paradójicos. Sabemos que en nuestra cultura los varones están prácticamente obligados por los mandatos sociales a desarrollar una sexualidad plena y demostrar con sus prácticas “eficientes” y “reiteradas” su grado de indiscutible virilidad. Quien así no lo hace queda bajo sospecha. Probablemente esto explique la necesidad que suelen tener muchos de ellos de ostentar sus méritos ante sus congéneres. Lo que resulta paradójico es que aún cuando están conminados a funcionar como *homo sexualis* tiendan a limitar el disfrute sexual a una simple descarga.

Otro obstáculo –no menor– y acerca del cual también se guarda un silencio llamativo es el conflicto que genera en las mujeres pensar en la necesidad de buscar un amante una vez agotados los recursos para convencer al marido de compartir prácticas eróticas. Este es un tema muy complejo que tiene muchísimos ingredientes a tomar en cuenta y de los que no me voy a ocupar ahora. Solo tomaré un punto: el conflicto frecuente en mujeres (y casi inexistente en los varones). Este tema también está claramente sexuado. En mi experiencia profesional, siempre llamó mi atención la diferencia con que unas y otros solían abordar el tema. La preocupación de los varones solía estar dirigida, mayoritariamente, a que sus esposas no se enteraran de la existencia de sus amantes. Lo que les preocupaba era que se “les armara lío” y tuvieran que renunciar a sus amantes. En cambio, la preocupación de las mujeres tenía que ver con un conflicto de fidelidad y, como si esto fuera poco también se cuestionaban sobre el amor. Mientras los varones suelen sentir que el amor hacia sus esposas es totalmente compatible con el amor hacia sus amantes, lo cual les evita un conflicto, las mujeres que deciden tener un amante comienzan a cuestionar sus sentimientos. Piensan que disfrutar de un amante es consecuencia directa de la disminución de su amor por el marido. Lo que resulta evidente –sin entrar a desarrollar el tema– es que la fidelidad también está sexuada.

A pesar de los cambios sociales que han permitido que la sexualidad dejara de ser un tema tabú, siguen existiendo profundos prejuicios en cuanto a la *gente de edad*. Se suele hacer hincapié en las limitaciones que la *edad* conlleva, pero se habla muy poco de los deseos eróticos aún vigentes, de las estrategias para satisfacerlos, y de las posibilidades que siguen estando al alcance. Y como si esto fuera poco, se le superpone un fenómeno de *sexuación* por el cual las necesidades eróticas de las mujeres suelen quedar en segundo plano respecto de la de los varones.

A MODO DE CIERRE: LA AUTOESTIMA HERIDA

En este capítulo hemos abordado uno de los muchos *basta* que están a la espera de ser reconocidos y puestos en funcionamiento. Son los que surgen del hartazgo de sentirse atrapada en una sociedad que idealiza la juventud y la toma como modelo referente de todo el trayecto vital. El de tener que justificar “más allá” de la juventud el derecho a seguir participando en todos los aspectos de la vida. El de tener que disculparse por continuar planificando proyectos y con capacidad para erotizarse. El hartazgo de marginar a las mujeres de su propia sexualidad, reduciéndolas a la procreación. Resulta bastante difícil tomar conciencia de dichos hartazgos porque funciona un ocultamiento social que con tiempo y “buena educación” se convierte en ceguera personal. Cuando resulta factible escapar de esta ceguera cultural impuesta a la *edad* es posible darse cuenta que no es cierto que el único referente válido sea la juventud. Entonces, la conciencia se abre y se produce un saludable descubrimiento: la vida toda es un referente que va cambiando de matices y la juventud es solo una etapa que, como todas las otras, plantea sus propias propuestas y sufre sus propias limitaciones. Tomar la juventud como referente exclusivo y excluyente se convierte en un lastre que afecta todas las otras etapas de la vida y promueve frustraciones inevitables e impotencias innecesarias. Pero por sobre todo, la idealización de la época juvenil ocasiona una grave herida a la autoestima.

La autoestima se ve profundamente afectada por la descalificación automática de todo lo que no sea o parezca juvenil. Se trata de una herida con pocas posibilidades de cicatrizar porque está apoyada sobre un dilema sin solución: la juventud valorada ya es pasado y el presente está descalificado como capital vital. En estas condiciones se instala una situación de pura pérdida que poco ayuda a consolidar la autoestima necesaria para afrontar las vicisitudes de la vida. Cuanto más artificialmente se intenta perpetuar la juventud, tanto más se pone en evidencia su ausencia y con ello la fragilidad de la autoestima. En estas condiciones, resulta difícil transitar la edad de la madurez porque nada es suficientemente confiable. En otras palabras, si para sentirse querida es necesario aparentar algo distinto de lo que se es, se sigue estando tan huérfana de amor y reconocimiento como antes. Es como querer a “la otra” que no somos. En una oportunidad una mujer comentó:

Mi cuerpo está cambiando y aun cuando sigo teniendo buena figura ya no soy la que era antes. Y me sucede que últimamente cuando voy a comprar ropa siempre termino comprándole a “la otra”, a la que era antes. Y, por supuesto, esa ropa no me satisface porque no es para mí. Y me siento más desnuda que antes de comprarla.

El costo de sostener la imagen de lo que ya no es se convierte en una hipoteca vitalicia cuyos intereses se potencian con el paso del tiempo. En el terreno corporal, un ejemplo extremo está representado por la necesidad de ocultar las arrugas estirando tanto la piel que el rostro termina siendo una imagen de cera carente de expresión. Una

máscara donde se esconde alguien que no sabemos quién es. El fortalecimiento de la propia autoestima es esencial para la vida. Y una manera de contribuir a dicho fortalecimiento es aceptar y valorar las edades que transitamos más allá de la juventud. Todos sabemos que la pretensión de eterna juventud es una carrera perdida desde el comienzo, pero los intereses económicos en juego la convierten, por arte de magia, en el camino hacia el Edén. Y no son pocas las personas, sobre todo mujeres, que lo transitan llegando a lugares que poco tienen que ver con el paraíso prometido. Capitalizar todas las vivencias acumuladas y hacer con ello un hermoso *patchwork* que contribuya a alimentar saludablemente la autoestima y defenderla del acoso cultural lamentablemente contaminado es mi propuesta.

A MODO DE EPÍLOGO

CUANDO UNA GOTA REBASA

Alcanza una sola gota para hacer desbordar una copa. Algo ínfimo, que por sí solo es incapaz de producir de-sorden. Sin embargo, dadas ciertas condiciones, adquiere una fuerza avasallante y a menudo irreparable. La gota que produce el desborde es justamente la última de una infinita serie que cuidadosa y ordenadamente se fueron acumulando. Es la que colma la capacidad. Es la del hartazgo. Solemos llegar al hartazgo por acumulaciones sucesivas y reiteradas de tolerancias innecesarias. A veces también por cuidadosas distracciones con las que intentamos soslayar las realidades ingratas (que no por negarlas logramos hacerlas desaparecer). En ocasiones, el hartazgo se produce por insistir, una y otra vez, en reclamos que nunca serán satisfechos. Otras veces, es el resultado de una cinta sinfin de sobreadaptaciones con las que se pretendía ser aceptada, querida, reconocida y galardonada con un amor vitalicio. En otras ocasiones, el hartazgo llega después de largos años de sostener a contracorriente de los propios deseos mandatos familiares y sociales que poco tienen que ver con los anhelos personales. Se llega también al hartazgo por sostener compromisos que nos involucran en situaciones con las que no concordamos, pero a las que nos acomodamos forzadamente para mantener un puesto ilusorio en un también ilusorio “cuadro de honor”. Uno de los hartazgos más frecuentes –y aparentemente más inofensivos– llega por sostener conveniencias ajenas a costa de las propias, promoviendo de esa manera malestares y resentimientos. En fin, el hartazgo humano es el límite de la capacidad para sostener a ultranza lo que es insostenible y cuyo costo conduce necesariamente a la insolvencia. Sí, insolvencia, porque cuando se agotan las reservas afectivas, físicas y de cualquier otro orden se agotaron también los recursos. En otras palabras, agotadas las tolerancias, sufriendo en carne viva la realidad ya imposible de disimular de los límites que fueron excedidos al máximo y con el sabor ingrato de las insatisfacciones, las personas quedamos expuestas a una desnudez muy vulnerable. Llegado a ese punto se produce el hartazgo, que suele convertirse en una bomba de tiempo capaz hacer volar en mil pedazos las estructuras que sostenían y daban sentido a las propias vidas.

Cuando se produce el hartazgo suele suceder lo que popularmente se conoce como “patear el tablero”. Es decir, se desmantela de manera intempestiva el juego que encuadraba el vivir. Las consecuencias suelen ser imprevisibles y a menudo transitan un viaje sin retorno. Si fuera posible evitar la acumulación insalubre de tantos aguantes, el futuro de unos y otros sería muy distinto. Por eso, es de desear ir interponiendo todos los *bastita* que fueran necesarios para evitar llegar al *BASTA*. Ahora bien, esto que pareciera ser un reemplazo sencillo dista mucho de resultar fácil y aplicable porque requiere un cambio de actitud, un posicionamiento distinto frente a una misma y frente a los demás

y, sobre todo, una especie de reingeniería psíquica. Con esto me refiero a la necesidad de revisar la propia actitud con respecto a la puesta de límites; dejar de hacerse las distraídas, animarse a ofrecer propuestas –no limitarse a recibirlas– para asumir el protagonismo que esté al alcance de cada una.

Una mujer comentaba:

Hubo situaciones en que dije “basta” y fueron decisiones tomadas con mucha convicción. Sin embargo, con el correr del tiempo, esos “basta” se me iban convirtiendo en “bastitas” y luego, poco a poco se iban diluyendo hasta que no quedaba nada de mi “basta” inicial dicho con total convicción. ¿Qué me pasó?

Este comentario es por demás ilustrativo e insiste en demostrar que decretar un *basta* no es suficiente. Es solo una expresión de deseo que requiere ser sostenida por una laboriosa tarea de cambio actitudinal. Sería conveniente dejar de autoengañarse pensando que los *basta* se instalan por imposición a uno/a mismo/a o hacia otros. En realidad, se trata de una decisión consciente para animarse a recorrer los sinuosos senderos que conforman la compleja trama del propio *aguante* y, a partir de ello, reconstruir una modalidad vincular distinta. Esto significa repensar muchos de los criterios tomados como válidos durante años, generar cambios centrados en una misma, e incluso construir estrategias que faciliten modificaciones progresivas. A mi criterio, estas estrategias son las más eficaces porque reducen al mínimo las violencias que todo cambio conlleva tanto para uno mismo como para los demás.

Y DE LOS LÍMITES... ¿QUÉ?

Decíamos antes que el hartazgo conduce a lugares insalubres, por lo tanto, no es un buen consejero. En realidad, podríamos considerarlo como un anticipador del *basta* y señal de una próxima “pateada de tablero” que podría llegar a evitarse con una buena disposición para poner límites. Tanto se trate de poner los que dan espacio a que funcionen los *bastitas* como los que la realidad impone y que no está a nuestro alcance modificar. Sabemos que poner límites –o aceptarlos– no resulta fácil para aquellas personas que pretenden organizar sus vidas sin adherir a estructuras rígidas. Probablemente, quienes se manejen con pautas muy estrictas presentarán menos conflictos ya que cuentan con una justificación que está fuera de ellos y donde depositan la autoridad. Quienes responden a estructuras jerárquicas no hacen más que cumplir con lo que consideran que es su deber. En cambio, esto no sucede con quienes adhieren a vínculos más igualitarios y menos jerárquicos. En estos casos, la puesta de límites se convierte en una responsabilidad personal y la sensación más frecuente es el temor a cargar con todos los costos del malestar que dichos límites producen en el destinatario. El mayor temor suele ser el de perder el amor.

No pocas personas piensan, ante la disyuntiva de limitar una satisfacción ajena a costa del propio aguante, “Si pongo límites a sus deseos y conveniencias va a dejar de quererme”. Es como si la imposición de límites contuviera implícita una posible venganza por parte de quienes ven reducidos sus beneficios. Es posible comprobar que los más afectados por esta posible venganza temida son quienes necesitan del amor ajeno para convencerse de su propia valía. Cuando miramos la realidad social desde una perspectiva de género, es posible comprobar que suelen ser mayoritariamente las mujeres quienes quedan entrampadas en el temor a perder el amor de quienes las rodean y terminan postergando una y otra vez la necesaria puesta de límites que les permitiría evitar llegar al hartazgo.

Una publicidad de la década de 1960 decía: “Has recorrido un largo camino, mujer”. Sin embargo, y sin restarle importancia a todos los logros obtenidos en pos de una igualdad de oportunidades, al borde del camino recorrido han quedado aún sin tocar no pocos vestigios de los modelos tradicionales que moldeaban la subjetividad femenina y convertían el aguante en una virtud. Habrá llegado tal vez el momento de mirar al borde del camino, y si hace falta, desandar algunos trechos para incluir lo que no pudo ser pensado por la necesidad de avanzar. Porque lo que queda sin incluir en la meta propuesta, se convierte en lastre. Y los lastres obturan un avance armónico. La intención de abordar el tema *basta* con la propuesta de que puedan ser reemplazados por *bastitas* forma parte de una ilusión viable: la de aumentar los grados de libertad posibles en el intercambio mutuo entre mujeres y varones, disminuyendo los resentimientos que tanto daño provocan.

NOTAS

[1]. El tema al que me refiero y que fuera presentado en unas jornadas sobre género fue luego desarrollado más ampliamente en el libro *El amor no es como nos contaron... ni como lo inventamos* (Paidós, 2001). La dimensión perversa del *aguante* amoroso hace referencia a una infinita capacidad, ejercida mayoritariamente por mujeres, que justifican aguantar "por amor" el maltrato de sus compañeros, las descalificaciones y prepotencias de sus hijos y la postergación de sus propios desarrollos personales. La dimensión perversa del *aguante* asociada con el amor aparece en una cantidad de comportamientos encubridores, que han sido incorporados como naturales y que consisten en transformar los abusos provenientes del exterior en autoabusos. Desde esta perspectiva, hemos de considerar como autoabusos cuando, por ejemplo, las mujeres callan sus desacuerdos para no alterar la armonía familiar, cuando se resignan a ser marginadas de las decisiones económicas, cuando se sirven su plato de comida al último, cuando se acomodan invariablemente a los programas de esparcimiento que organizan otros, cuando se hacen cargo de las necesidades ajenas. En otras palabras, cuando hacen del aguantar una virtud en nombre del amor, que favorece a otros en detrimento de sí mismas, estamos en presencia de una dimensión perversa del *aguante* amoroso. Aguantar por amor es un contrasentido. Se puede aguantar por conveniencia, por solidaridad o por supervivencia, pero no por amor. El amor es un sentimiento liberador, contrario a las opresiones y capaz de poner en movimiento las vivencias más nobles. Pone alas a la ilusión y genera un espacio donde cada uno siente que despliega sus potencialidades al máximo. Por el contrario, el *aguante* es una de las tantas manifestaciones de la opresión. Supone tolerar presiones, contener emociones, silenciar opiniones, posponer anhelos y realizar una cantidad inimaginable de acomodados al servicio de aplacar. Es por eso que el amor y el aguante son inconciliables aunque no pocas mujeres, en su afán por amar y ser amadas, disfracen el aguante con las galas del amor.

[2]. Dice el Antiguo Testamento en el Libro de los Proverbios (31, IX), bajo el título: "La perfecta ama de casa": "Una mujer completa, ¿quién la encontrará?/ Es mucho más valiosa que las perlas./ En ella confía el corazón de su marido,/ y no será sin provecho./ Le produce el bien, no el mal/ todos los días de su vida./ Se busca lana y lino/ y lo trabaja con manos diligentes./ Es como nave de mercader/ que de lejos trae su provisión./ Se levanta cuando aún es de noche,/ da de comer a sus domésticos/ y órdenes a su servidumbre./ Hace cálculos sobre un campo y lo compra,/ con el fruto de sus manos planta una viña./

Se ciñe con fuerza sus lomos/ y vigoriza sus brazos./ Siente que va bien su trabajo,/ no se apaga por la noche su lámpara./ Echa mano a la rueca,/ sus palmas toman el huso./ Alarga su palma al desvalido,/ y tiende sus manos al pobre./ No teme por su casa a la nieve,/ pues todos los suyos tienen vestido doble./ Para sí se hace mantos,/ y su vestido es de lino y púrpura./ Su marido es considerado en las puertas,/ cuando se sienta con los ancianos del país./ Hace túnicas de lino y las vende,/ entrega al comerciante ceñidores./ Se viste de fuerza y dignidad,/ y se ríe del día de mañana./ Abre su boca con sabiduría,/ lección de amor hay en su lengua./ Está atenta a la marcha de su casa,/ y no come pan de ociosidad./ Se levantan sus hijos y la llaman dichosa;/ su marido, y hace su elogio:/ ¡Muchas mujeres hicieron proezas,/ pero tú las superas a todas!/ Engañosa es la gracia, vana la hermosura./ La mujer que teme a Yáhveh, esa será alabada./ Dadle del fruto de sus manos,/ y que en las puertas le alaben sus obras."

[3]. En España se está llevando a cabo una gran cantidad de actividades de capacitación para combatir las estructuras machistas en las prácticas sociales. Las mismas tienen apoyo en una serie de leyes como las que punteo a continuación:

– Ley Orgánica 1/2004, de *Medidas de protección integral contra la violencia de género*. Contiene medidas de sensibilización, prevención y detección de la violencia machista en los ámbitos educativos, sanitario y de los medios de comunicación, así como tutela judicial y apoyos sociales y económicos.

– Ley Orgánica 3/2007, para la *Igualdad efectiva de mujeres y hombres*. Establece garantías para la igualdad de trato en el ámbito laboral, pretendiendo erradicar cualquier tipo de discriminación a las mujeres.

– Ley 39/2006, de *Promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia*. Promueve la intervención del Estado (aporte de dinero, recursos, facilidades) en la atención de personas mayores o con discapacidades graves para que estas no tengan que ser atendidas solo por sus familias

(trabajo que recae generalmente en las mujeres).

–*Plan estratégico de igualdad de oportunidades* (2008-2011) del nuevo Ministerio de Igualdad del gobierno de España, con los siguientes ejes de actuación: participación política, social y económica; corresponsabilidad; educación; innovación; conocimiento; salud; imagen; atención a la diversidad e inclusión social; violencia; política exterior y de cooperación para el desarrollo; y tutela del derecho a la igualdad.

[4]. Giuseppe Tomasi di Lampedusa, *El Gatopardo* [3ª ed.], Cátedra, Madrid, 2006. En el texto, el sobrino de Don Fabricio toma la decisión de unirse inmediatamente a Garibaldi cuando este desembarca en Sicilia en 1860, y le aclara a su tío –príncipe del lugar y representante de la aristocracia tradicional– que: "Si no estamos también nosotros [...] esos te endilgan la república. Si queremos que todo siga como está, es preciso que todo cambie". Se refiere a la estrategia antiquísima de montarse en la ola de "lo nuevo" para seguir estando en el poder. Así lo hará el sobrino de Don Fabricio, que logrará introducirse en las redes del poder de la unificación italiana... cambiando solo en apariencia su ideario aristocrático.

[5]. *La feminización del altruismo* es un fenómeno social que atribuye al género femenino en exclusividad lo que se suele conocer como "amor incondicional". Esta modalidad de "entrega femenina", supuestamente natural, tiene sus orígenes en un ideal maternal que consagró el altruismo, junto con la abnegación y la incondicionalidad, como virtud excelsa de la feminidad. No son pocas las mujeres que terminan convenciéndose de que les corresponde amar a otros más que a sí mismas (en lugar de amarlos como a sí mismas).

Es importante tomar conciencia de que querer a otro más que a uno mismo, es una forma de sumisión que genera "facturas" a menudo imposibles de pagar. El altruismo asignado a la feminidad suele ir acompañado de quienes usufructúan de esas sumisiones instaurando privilegios que casi siempre generan violencias. Sumisiones y privilegios son dos caras de una misma moneda en la que están comprometidas/os tanto mujeres como varones. Ellas, porque al confundir altruismo con solidaridad, se autopostergan y toleran opresiones. Ellos, porque se hacen los distraídos y usufructúan de los privilegios que otorgan las "entregas femeninas".

Altruismo y solidaridad no son sinónimos. La solidaridad es bilateral y recíproca. Es un contrato donde las partes reparten equitativamente derechos y deberes. Donde los derechos no son privilegios de unos a expensas de otro, sino la expresión de una libertad mutua. La solidaridad es una expresión de amor que se palpa en la reciprocidad del otro. En nuestra sociedad patriarcal, la naturalidad que se le atribuye al altruismo supuestamente femenino, es una de las bases de los privilegios masculinos. Por eso, aquellas mujeres que por sostener altruistamente las carreras de sus maridos o hijos renuncian a sus propios desarrollos, contribuyen junto con ellos a construir sumisiones y privilegios que con el tiempo generan resentimientos, corroen el amor e instalan la violencia en el ámbito familiar.

Es necesario dejar en claro que la solidaridad no es patrimonio exclusivo de un género, sino de mujeres y varones que aman la libertad y la conciben en términos de solidaridad recíproca. La solidaridad no es un sueño. Es un compromiso ético y una construcción social que requiere de la decisión consciente y voluntaria de ambos géneros para combatir las diversas formas propias y ajenas de dominación.

[6]. El ejemplo señalado debe ser entendido en el contexto de la diferencia entre independencia y autonomía, tema que ha sido ampliamente desarrollado en libros anteriores (*El sexo oculto del dinero* [Paidós, 1986] y *El dinero en la pareja* [Paidós, 1989]). Resulta conveniente recordar que la independencia económica no es garantía de autonomía. La primera tiene que ver con la disponibilidad de recursos económicos propios, mientras que la segunda es la posibilidad de utilizar esos recursos pudiendo tomar decisiones con criterio propio y hacer elecciones que incluyan una evaluación de las alternativas posibles y de las otras personas implicadas en una situación dada. Desde esta perspectiva, la autonomía no es hacer lo que uno quiera prescindiendo del entorno, sino elegir una alternativa que lo incluya. La independencia económica es condición necesaria, pero no suficiente para la autonomía. Este tema fue desarrollado poniendo el foco en algunas de las dificultades con que tropiezan no pocas mujeres a la hora del manejo económico. Es bien conocido que la disponibilidad de dinero y la posibilidad de acceder al control y administración del mismo lejos está de ser una realidad para muchas de las mujeres que accedieron a la independencia económica. Lograron independencia pero no siempre consiguieron autonomía. No faltan mujeres con experiencia laboral que incorporan a sus maridos en las empresas que ellas crearon, delegándoles el control económico y financiero. Al poco tiempo, quedan marginadas de dicho control y terminan perdiendo la autonomía de la que disfrutaban antes de dicha incorporación y que mercedamente se habían ganado. Tampoco son pocas las mujeres que tranquilizadas porque sus maridos les dicen: "No te preocupes, querida, todo nuestro capital es de los dos", jamás se preocupan por ver los títulos de dicho capital ni

conocen dónde se guardan las acciones de las que se ufanan ser propietarias. Y son muchas aún las que, reconfortadas por sus éxitos laborales, están convencidas de que el mayor mérito no es de ellas, sino de sus maridos "condescendientes y generosos" que les permitieron progresar y en quienes también delegan con exagerada frecuencia la administración de sus bienes. Con variaciones de estilo pero no de fondo, en las clases menos pudientes también son muchas las mujeres que creen ejercer el poder porque administran un único sueldo —siempre insuficiente—, asumiendo todo el peso del dinero que no alcanza aunque se empeñen. En este sentido es importante tomar conciencia de que administrar y controlar el dinero de la pobreza no es un privilegio, sino una condena. Aunque las mujeres ganen dinero, aún siguen siendo muchos los obstáculos objetivos y subjetivos que las mantienen al margen del poder económico. Y por lo tanto, también al margen de la posibilidad de decidir, elegir y actuar en concordancia con sus anhelos de protagonismo.

[7]. 2. Pasó mucho tiempo desde la edición de mi libro *El dinero en la pareja* (Paidós, 1989), en uno de cuyos capítulos abordé el tema de las tarjetas "adicionales" que, en su gran mayoría son utilizadas por mujeres. Si bien deben haberse producido cambios, me parece pertinente recordar algo de lo que allí fue planteado porque echa luz sobre algunos aspectos de la autonomía, que en estos casos es más ilusoria que real. Dado que dicho libro está agotado, y sin perspectivas de reedición, me permitiré reproducir algunos de sus párrafos.

Las tarjetas de crédito que abren de inmediato las puertas de nuestros deseos (como subraya la publicidad televisiva) favorece una sensación de libertad y autonomía que muy a menudo está lejos de ser real, sobre todo cuando se refiere a las tarjetas "adicionales", cuya titularidad detenta otro. El titular es aquel que la solicitó, a quien le fue adjudicada previa aceptación de las garantías económicas que lo acreditan como "solvente". Es el responsable del mantenimiento administrativo de la misma y de los gastos que con ella se hubieran realizado. Es también el que dispone de un resumen detallado de los movimientos. En síntesis, es el que tiene, puede y sabe. La capacidad adquisitiva de las tarjetas de crédito fue ampliada cuando se creó otra categoría por la cual, mediante una "extensión" se amplía el uso de la misma a familiares directos del titular. En esta categoría encontramos a los hijos que son suficientemente mayores como para gastar, pero demasiado pequeños para presentar garantías económicas; a algunos padres mayores de cuyas cuentas se hacen cargo los hijos adultos y también a muchas mujeres que no pueden justificar recursos propios o prefieren evitar algunas incomodidades administrativas. Es bastante frecuente encontrar en la categoría de adicional a más mujeres que a hombres. Ahora bien, la disponibilidad económica que favorece la tarjeta de crédito se verá acompañada por una mayor o menor autonomía según la categoría del que utiliza dicha tarjeta. El titular no debe rendir cuentas más que a sí mismo y, por supuesto, hacerse responsable de los gastos efectuados. En cambio, quien utiliza la "extensión" no puede evitar tener que rendir cuentas al titular si este lo exige cuando entra en conocimiento de los gastos realizados. Se establece, guste o no guste, una de las condiciones de la dependencia. Y donde se instala la dependencia se restringe la autonomía. Pero no solo se restringe la autonomía del dependiente, sino que además están dadas las condiciones para que aquel que ocupa el lugar de poder tenga oportunidad de ejercerlo a su arbitrio. Las tarjetas de crédito, que condensan el poder que deriva del dinero, suelen ser instrumentadas de muy diversas maneras para ejercer poder. Y de eso dan cuenta muchas de las discusiones y controversias que suelen entablar las parejas alrededor de dichas tarjetas. En lo que a las tarjetas de crédito se refiere, en relación con la pareja, suelen ser usadas tanto para ejercer el poder como el contrapoder. Veamos algunos ejemplos.

"Ayer se armó un lío terrible en casa porque a mi marido le llegó la cuenta de la tarjeta. ¡Puso el grito en el cielo! Y terminamos como siempre, peleando."

"Mi marido no me pone ninguna dificultad para que use la tarjeta; pero eso sí, todo lo tengo que comprar con la tarjeta."

"Mi ex marido no me daba nunca dinero en efectivo. Quería que yo usara la tarjeta porque sostenía que de esa manera llevaba una mejor administración. Y yo siempre usé la extensión de la suya. Ahora que me he separado, me he quedado sin tarjeta, sin dinero y sin la posibilidad de tramitar una a mi nombre porque las entradas de dinero que tengo no resultan garantía suficiente, como tampoco los bienes que

quedaron a mi nombre y que antes compartíamos."

"Mi marido es muy tacaño y eso me da tanta rabia que la única alternativa que encuentro es 'reventarle' la tarjeta."

"Yo me hago cargo de lo que gasto y cuando viene la cuenta le doy a mi marido el importe de mis compras... pero él no deja de preguntarme... y termina enterándose de todo."

A partir de estos comentarios intentaré plantear algunas reflexiones:

- a) En primer lugar, estos comentarios dan cuenta de un modelo particular de relación en las parejas por el cual, a través del dinero o sus equivalentes –la tarjeta–, se perpetúa una modalidad de control y dependencia. Control que recae fundamentalmente sobre las mujeres a través del registro cuidadoso de su movilidad y, con ello, la limitación de su autonomía. Todos sabemos que no conviene pagar con la tarjeta aquello de lo cual no queremos dejar constancia, a menos que contemos con la impunidad que otorga ser el único testigo del resumen de cuentas. En consecuencia, aquel que dispone para sus gastos solo de la tarjeta que otro controla (como el caso de las mujeres que no cuentan con dinero en efectivo) verá seriamente restringidas sus posibilidades de decisión.
- b) También debemos reflexionar sobre aquellos casos en los que las mujeres pretenden "reventarle" la tarjeta a sus maridos. Bien sabemos que estas actitudes poco tienen que ver con comportamientos autónomos y, en cambio, mucho con actitudes reactivas que confirman el sometimiento que subyace a las mismas. A menudo los hombres se quejan, con razón, del abuso que suelen hacer las mujeres en el uso de la tarjeta. Este abuso no solo expresa una actitud reactiva por un sometimiento difícil de modificar sino también la participación, a menudo no consciente, en perpetuar una distribución del dinero que delega en el hombre tanto la responsabilidad de su administración como el ejercicio de un poder unilateral. Resulta llamativo que, aun cuando los hombres se quejen reiteradamente de esto, no están dispuestos a redistribuir el dinero para que sus mujeres dispongan del mismo. El dinero que "revientan" es el dinero de ambos, pero ellas no son conscientes de que ese dinero también les pertenece. Por eso "se" lo revientan.

Basta solo ponerse a pensar en el reducido porcentaje de mujeres que optan por la titularidad de la tarjeta para que surjan algunas reflexiones e inquietudes. Es posible comprobar que cuando optan por la extensión o tarjeta adicional, las mujeres evitan las incomodidades habituales de toda tramitación, pero con ello pierden también una oportunidad de tomar contacto con algunos aspectos de su patrimonio y conocer, por ejemplo, el grado real de solvencia económica de la familia. En otras palabras, al evitar los trámites, las mujeres escatiman una oportunidad de comprobar que a menudo tienen poco acceso, o ninguno, a dicha solvencia en la que creen apoyar la tranquilidad de sus vidas. En situaciones críticas –como una separación, divorcio o viudez– suelen descubrir que dicha tranquilidad era solo una cuestión nominal. Es importante señalar que sería un error, además de una conclusión superficial, caer en el entusiasmo ilusorio de creer que las dificultades de autonomía de las mujeres se solucionan automáticamente con acceder a la titularidad de una tarjeta de crédito. Este acceso es solo un paso que pone a las mujeres en condiciones de tomar contacto con ciertas situaciones concretas del manejo del dinero que, de otra manera, son delegadas en los varones –la evaluación de las verdaderas posibilidades económicas, el asumir como propia la tarea de autoimponerse límites en concordancia con dichas posibilidades, la toma de conciencia del patrimonio, etc.–. En definitiva, se trata nada más y nada menos que de dejar de funcionar como niñas que delegan en sus "maridos-padres" ciertas funciones de contacto con la realidad. Las tarjetas de crédito adicionales favorecen una disponibilidad que, en el caso de las mujeres, suele estar lejos de expresar una autonomía real. Desde esta perspectiva, me atrevería a plantear lo siguiente: cuando las mujeres hacen uso y/o abuso de las tarjetas de crédito cuya titularidad corresponde a otro, están bajo una situación de dependencia cuya aparente autonomía solo satisface fantasías ilusorias (Coria, 1989).

[8]. Una investigación realizada por la periodista Lidia Parise, para la *Revista Mariclaire* (Buenos Aires, 1992) afirmaba:

Las mujeres que triunfan en el mundo empresarial están solas, son solteras, viudas o separadas. Se quejaban de que los hombres suelen tener dificultades para compartir sus éxitos, de que a menudo

entran en competencia y de que no disfrutan ni pueden sentirse orgullosos de tener por compañeras a mujeres de éxito. Todo lo contrario de lo que a menudo sucede con las mujeres, que no solo apoyan moral y económicamente el desarrollo de las carreras de sus maridos, sino que también difunden con orgullo sus éxitos.

Es posible comprobar que las quejas de estas mujeres responden a una realidad que no debemos soslayar. En la experiencia cotidiana, muchas mujeres sufren decepciones porque los hombres que eligieron para amar y/o convivir no toleran la competencia que ellas generan. Muchas se quejan de que sus éxitos despiertan malestar en sus maridos y que "finalmente se quedan solas" porque ellos no pueden o no saben acompañarlas. Estos comentarios tienen una base real, pero también es cierto que no todos los hombres reaccionan de esa manera. Si bien en nuestra sociedad patriarcal son mayoría, existen también otros varones con mayor sensibilidad humana y capaces de ser solidarios, que están en condiciones de reconocer a las mujeres como sus semejantes. En lo que respecta a los varones he podido apreciar, desde mi experiencia como mujer y como profesional, que existen diferencias entre ellos en cuanto al grado de prejuicio misógino y a su disposición para modificarlo. En función de esas diferencias es posible clasificarlos en tres tipos. Deseo dejar bien en claro que no tengo la ingenuidad de creer que los varones pueden ser reducidos a tres únicos tipos, como tampoco las mujeres. Esta clasificación es solo un recurso metodológico para mostrar algunas diferencias significativas. Con esta aclaración –que ruego se tenga en cuenta– procederé a caracterizarlos. Cualquier distorsión que no contemple estas aclaraciones corre por cuenta del lector.

Varones del 1er. tipo: insisten en sostener que las diferencias de los roles sociales entre mujeres y varones son exclusivamente biológicas y, por lo tanto, es *natural* que las mujeres se circunscriban a sus roles afectivos y domésticos, así como también que estén al servicio del varón. Estos hombres consideran que sus privilegios son naturales y están dispuestos a defenderlos a ultranza. Coherentes con ello, ponen obstáculos a cualquier intento de independencia y desarrollo por parte de sus esposas. En ocasiones, llegan a vanagloriarse de ser *tradicionales* y suelen ostentar las discriminaciones que practican como un rasgo de jerarquía. Creen que existen individuos superiores y que estos tienen derechos sobre el resto de los seres humanos para utilizarlos en su beneficio. Estas características no son patrimonio exclusivo de las clases adineradas. También es posible observarlas en varones de las clases menos pudientes, con las debidas adaptaciones al medio al que pertenecen. Este tipo de hombres se caracteriza por justificar las jerarquías que legitiman la inferioridad femenina. Las mujeres que viven con estos hombres suelen enfrentarse a un amplio espectro de obstáculos que reducen marcadamente sus posibilidades de desarrollo como sujetos. En esa situación, algunas optan por aceptar con mayor o menor sumisión los roles tradicionales que se les marcan hasta que el paso del tiempo les permite tomar conciencia de que con la sumisión solo han conseguido frustración y descontento, lo que las ha ido llenando insensiblemente de resentimiento, que a menudo convierten en hostilidad contra sí mismas, provocando grandes depresiones, adicciones graves o enfermedades físicas. Otras intentan sacar algún provecho para compensar la falta de protagonismo. Y con ese objetivo, a menudo inconsciente, suelen volverse hacia sus maridos tan exigentes en demanda de comodidades como ellos lo son con el cumplimiento de los llamados *roles femeninos*. La violencia que genera la dependencia en que a menudo transcurre la vida de estas mujeres pone inevitablemente en marcha un fenómeno de contraviolencia que atrapa tanto a la mujer como al varón. También es posible observar que existen mujeres que, totalmente identificadas con la ideología patriarcal, están tan cargadas de prejuicios como sus maridos y, mientras asumen con orgullo el rol de *esposas* y lo enarbolan como lo más jerarquizado de la *esencia femenina*, descargan estos prejuicios sobre otros grupos o sobre otras mujeres con la misma ferocidad con que sus maridos les imponen a ellas la jerarquía que esgrimen.

Varones del 2º tipo: son conscientes tanto de sus privilegios como de que estos no tienen su origen en la naturaleza, sino en las leyes sociales de corte patriarcal. Es frecuente encontrarlos en la llamada "clase media". Son hombres que disfrutan de esos privilegios con toda naturalidad mientras las mujeres se lo permiten, pero son capaces de ceder espacios –después de no pocos forcejeos– cuando ellas, con firmeza, toman posesión de los suyos. A menudo muchas de las mujeres que emprenden la reivindicación de sus espacios esperan la aprobación por parte de los mismos hombres que verán restringidos sus privilegios a causa de las reivindicaciones femeninas. Esta expectativa de aprobación es un vestigio de la antigua (y persistente) dependencia y una manera encubierta de *pedir permiso*. Resulta una paradoja pedir permiso para ser libre. Además está bastante comprobado que a casi nadie le resulta placentero renunciar a los privilegios de que goza, y en consecuencia, difícilmente cederá respecto de lo que desea seguir disfrutando. Este tipo de varones suele hacer gala de sensibilidad social y, en consecuencia, se opone a la esclavitud en sus diversas formas. Algunos de ellos incluso esgrimen convincentes discursos teóricos al respecto y se consideran democráticos. Todo esto contribuye a que les resulte muy difícil sostener

impunemente la contradicción entre su pretendida democracia teórica y el disfrute consciente de sus privilegios a expensas de las mujeres con quienes comparten su vida. Estos hombres toleran con mayor o menor entereza las propuestas de las mujeres y algunos de ellos son capaces de cambiar una vez superada la crisis generada inevitablemente por cualquier situación que pretenda modificar estructuras. Muchos de los hombres que se deciden finalmente por aceptar el cambio deben realizar –igual que las mujeres– un laborioso proceso de reacomodación no solo de sus actitudes sino también de los valores profundos que regían dichas actitudes. Con frecuencia, las parejas que superan estas crisis salen de ellas enriquecidas y fortalecidas. Vivencian nuevos entusiasmos para recorrer otro tramo del camino de la vida sin tanto tedio, resentimiento ni violencia como los que suelen experimentarse cuando se descubren los malestares. Otras parejas no logran superarlas. Y, en esos casos, la separación que sobreviene resulta ser un "blanqueo" de las enormes diferencias que hasta ese momento habían permanecido neutralizadas por otros apremios de la vida (crianza de los hijos, estabilidad económica, etc.) o simplemente disimuladas por la falta de oportunidad para hacerse patentes. Es bien sabido que el malestar que afecta a un miembro de la pareja que se siente discriminado perjudica inevitablemente al otro. Por ello, la discriminación de cualquiera es un "mal negocio" para ambos. En lo que respecta a los varones de este segundo tipo es importante señalar que cuando acceden a renunciar a sus privilegios también salen ganando, porque se liberan de una gran cantidad de cargas que soportan como contrapeso de su pretendida superioridad. Además, obtienen la satisfacción de consolidar vínculos solidarios sin los cuales la felicidad cotidiana se vuelve muy escurridiza.

Varones del 3er. tipo: son ciertamente el grupo más reducido. Se caracterizan porque detestan la esclavitud y necesitan la democracia para vivir. Creen en el amor como una experiencia que no da privilegios de posesión. Están atentos para nutrirse con los estímulos que provienen de aquellos que son diferentes, incluidas las mujeres. Valorizan la coherencia y exigen para sí lo mismo que están dispuestos a dar. Intentan mantener las "cuentas claras" con el propósito de compartir no solo los beneficios sino también las dificultades, porque están convencidos de que el mejor negocio para la vida es el de una sociedad afectiva sin aprovechamientos. Defienden el derecho a vivenciar y expresar sus afectos. Generalmente no necesitan andar exhibiendo su potencia y se animan a mostrar sus debilidades. Muchos de estos hombres han tenido –y tienen aún– que abrirse paso trabajosamente entre los estereotipos sociales que los presionan para perpetuar el modelo tradicional patriarcal que exalta el autoritarismo y la omnipotencia. Estas presiones provienen tanto de los otros hombres como de ciertas mujeres e incluso de su propia subjetividad que había incorporado las normas tradicionales de *ser varón*. Estos hombres, a mi juicio, alcanzan una irresistibilidad poco común, por el simple hecho de que son capaces de amar a una mujer sin reducirla a la condición de madre, o de objeto, o de esclava, o de "niñita inmadura". Las mujeres que buscan a un hombre así tienen muchas posibilidades de mantener el entusiasmo y vivir con plenitud a pesar del deterioro irremediable que produce el paso del tiempo cuando, una vez disminuidos la tersura de la piel y el atractivo de la juventud, se encuentran con que como madres son prescindibles, como objetos son descartables, como esclavas han bajado en su rendimiento y como niñitas están fuera del *physique du rôle*. Es imprescindible tener en claro que estos varones no han nacido por generación espontánea, ni tampoco son defectos de la naturaleza. Son personas que han tomado conciencia de que tienen privilegios y están dispuestos a perderlos a cambio de rescatar lo que el sistema patriarcal les escamotea a ellos como efecto indirecto de discriminar a las mujeres: los afectos, la ternura, el disfrute del cuerpo y la posibilidad de ser, sin exigencias, nada más y nada menos que ellos mismos. Aquello que los diferencia de los varones de los otros grupos no es la ausencia de prejuicios, sino la firme decisión de combatir la discriminación. Generalmente son alérgicos a cualquier tipo de discriminación y es por eso que están convencidos de que el antisemitismo no es un problema exclusivamente judío, como el *apartheid* no es un problema exclusivamente negro ni el patriarcado un problema exclusivamente femenino.

Cada vez que hago referencia a estos tres tipos de varones, las mujeres se lanzan –con no poca audacia– a colocar a sus parejas en el grupo correspondiente y la gran mayoría termina diciendo que "lamentablemente, los del tercer tipo son poco numerosos". Si es cierto que suelen ser escasos, también lo es que son escasas las personas de cualquier género que adhieren y pretenden ser coherentes con los valores solidarios. Y si a menudo las mujeres no los encuentran, también en parte se debe a que ellas no suelen ser lo suficientemente sensibles como para apreciar este otro modelo de varón que la sociedad a menudo denigra, llamando "blando", con una referencia inequívoca a la impotencia. Las mujeres también somos producto del patriarcado y necesitamos realizar un profundo trabajo interior para revisar nuestros propios estereotipos sobre *lo masculino*. Solo así estaremos en condiciones de reorientar nuestro deseo hacia un modelo de varón que sea capaz de jerarquizar la ternura y concebir el amor sobre la base de la solidaridad y la reciprocidad. Tal vez sea cierto que los varones del tercer tipo son escasos, pero también lo es que el hecho de que existan es una prueba de que es posible encontrarlos.

[9]. El ideal maternal como paradigma femenino. Los atributos de la feminidad han sido contruidos por la cultura occidental judeocristiana sobre la base de un ideal maternal. Esto significa que lo que se espera del comportamiento de una mujer es que responda a las características atribuidas a dicho modelo. Estas expectativas circulan por todo el espectro de la vida social y surgen repentinamente, en el momento menos pensado y en los lugares más inadvertidos. Recuerdo, por ejemplo, el comentario de una abogada que quedó impactadísima por la reacción de uno de sus clientes. Había ido a su estudio para abonar los honorarios correspondientes a la labor realizada por dicha profesional y le dijo lo siguiente: "Doctora, no sea mala, bájeme los honorarios". Ella se repuso con mucha dificultad para mantener el trato profesional que correspondía a la situación y me comentó: "¿Se da cuenta, Clara? Si yo hubiese sido varón, me hubiera dicho: 'Doctor, tengo problemas económicos, ¿puede reducirme los honorarios?', pero no me hubiera dicho: 'No sea malo'. Eso solo se lo dicen a una mujer... Como si yo fuera su madre". Este es un ejemplo cristalino que pone en evidencia que la expectativa, social inconsciente es que toda mujer se comporte "como una madre" aun con quienes no son sus hijos e incluso con quienes no tienen ninguna incapacidad para valerse por sí mismos. Ahora bien, tampoco se trata de "cualquier" madre, sino del modelo construido por el sistema patriarcal que incluye, necesariamente, incondicionalidad, altruismo y abnegación. Este modelo jerarquiza en las mujeres el protagonismo afectivo en detrimento del protagonismo social. Regula la sexualidad al servicio de la procreación y favorece todo tipo de dependencias: afectiva, cultural, económica, social, legal e instaura a la mujer como objeto de deseo. En síntesis, según este modelo se espera que una mujer se comporte con sus semejantes –sean estos familiares, socios, compañeros de trabajo o simples ciudadanos– con el mejor de los *servicios* maternos. Este ideal que consagra a la mujer como madre ensalza las características maternas para el género y deja entrever que cuanto mejores madres sean, también mejores mujeres y más femeninas serán. Esta ideología patriarcal construye también un modelo masculino que se convierte en el complemento del anterior. Me refiero a que el varón debe cargar con un *ideal de superhombre*. Un superhombre omnipotente a quien la expresión de los afectos lo convierte en débil de igual manera que una claudicación se lee como fracaso y la impotencia como algo subhumano. El poder omnipotente otorgado por este ideal le confiere superioridad y, por lo tanto, su pérdida lo precipita en el cuestionamiento de su virilidad. Este ideal masculino es un canto de sirenas que promete el paraíso a condición de la omnipotencia. De esta manera, el poder y la potencia se convierten, por obra y gracia de dicho ideal, en el "virilómetro" de la masculinidad. Corroboramos esto cuando el prejuicio hecho ciencia denomina "fálica" a una mujer poco maternal que no esta incondicionalmente al servicio de todos y "feminoide" a un hombre poco potente. En la actualidad existen estudiosos de la masculinidad que analizan críticamente los mitos sociales en relación con el varón. La riqueza de sus aportes complementa y amplía los estudios sobre la condición de la mujer. Porque no se trata de un problema que enfrenta a los hombres con las mujeres, sino de una problemática que incluye y compromete a ambos y que es la problemática del género. El modelo de feminidad, apoyado en dicho ideal maternal, condena a mujeres y varones a un juego de poder y dependencia que deteriora los vínculos e impone soledades.

[10]. El tema de conectarse con los propios deseos esta íntimamente relacionado con el de las negociaciones. La dificultad con que tropiezan muchas mujeres a la hora de conectarse con los deseos propios es comparable a otra por demás llamativa. Es la situación que fuera desarrollada en detalle en mi libro *Las negociaciones nuestras de cada día* (Paidós, 1996). Hay mujeres que, habiendo demostrado una amplia capacidad para defender los intereses ajenos y negociarlos hábilmente, se encuentran con enormes dificultades cuando deben defender los propios y, en consecuencia, incapacitadas para negociarlos convenientemente. Pareciera que la larga práctica de aprender a descubrir, discernir e incluso anticiparse a las necesidades de las personas cercanas ha distraído y lentificado otra práctica que es la de aprender a conectarse con las propias necesidades, poder legitimarlas y dar paso a su satisfacción. Resulta sorprendente comprobar que en las épocas actuales, cuando son muchas las mujeres que han logrado independencias impensables para otras generaciones, aún les sigue siendo dificultoso conectarse con los propios deseos. La habilidad con que tantas mujeres perciben y detectan los deseos ajenos pareciera disminuir cuando se trata de los propios.

[11]. Aceptar no es resignarse. La *edad* a la que nos referimos es la que está al margen de la juventud y presenta aspectos no deseados sobre los cuales es inevitable tomar una posición. Y no es lo mismo someterse que adoptar una actitud protagonista. *Aceptar la edad* es distinto a *resignarse a la edad*. Esta diferencia es clave. La aceptación es una actitud vital con la cual conviene encarar lo que la vida trae consigo e implementar las mejores estrategias para transitar dicha realidad. Supone una posición de protagonismo porque significa *hacer algo*, estar dispuesto a seguir eligiendo las mejores alternativas dentro del contexto que se nos impone. Abre posibilidades a

una búsqueda creativa en la confección de estrategias pertinentes y funciona como un desafío. El de encontrarle la vuelta a cualquier situación que resulte poco grata. Como todo desafío, termina siendo un estímulo que moviliza y, por lo tanto, profundamente vital. Aceptar *la edad* es estar dispuesto a hacer algo con ella. Por el contrario, la resignación tiene más que ver con un sentimiento de pérdida y renunciamento. Con tolerar una fatalidad que imposibilita cualquier proyección, por lo cual termina siendo una elección paralizante. Mientras la aceptación jerarquiza el presente, la resignación cristaliza el pasado.

[12]. El concepto de *sexuación del dinero* fue difundido en el libro *El sexo oculto del dinero* (Paidós, 1986). A continuación, expondré una breve síntesis que formó parte del trabajo presentado en Costa Rica, en el Programa de Género en Cooperativas, organizado por la Alianza Cooperativa Internacional (San José de Costa Rica, 1996):

El dinero en nuestra sociedad occidental judeocristiana ha sido sexuado. Se le ha asignado un género sexual que es masculino y a consecuencia de ello se lo ha llegado a considerar como patrimonio legítimo del varón y máxima expresión de su potencia sexual. La *sexuación* del dinero, que circula en el imaginario social y popular, ha adquirido la fuerza de una creencia. Como tal, es vivida como *natural* y, por lo tanto, obvia e incuestionable. La *sexuación* del dinero está incorporada al inconsciente colectivo y se transmite a través de los arquetipos de feminidad y masculinidad que van estructurando el psiquismo de unas y otros.

Es en el marco de esta *sexuación* del dinero que se instala un conflicto inconsciente que impregna la subjetividad femenina. Con su legendaria carga de "vil metal", de intereses y condicionamientos, el dinero entra en coalición con las prácticas altruistas, abnegadas e incondicionales atribuidas a la condición femenina como herencia de la maternidad. El conflicto se plantea porque el dinero ocupa en la realidad social –y en el imaginario que la acompaña– un sitio necesariamente ubicado en "la vereda de enfrente" de lo que ha sido considerado como genuinamente *femenino*. El dinero llega a convertirse para muchas mujeres en una brasa incandescente que orada las bases altruistas e incondicionales de la propia identidad sexual. Así dadas las cosas, llegan a ser las propias mujeres las que, al presentar serias dificultades en sus prácticas con el dinero, se convierten en las principales contribuyentes de su propia marginación económica. Por ello sostengo que la *sexuación* del dinero ha sido una maniobra magistral del poder patriarcal para perpetuar la marginación económica femenina.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

- Aguinaga, J., *El precio de un hijo*, Barcelona, Debate, 2004.
- Badinter, E., *XY La identidad masculina*, Madrid, Alianza Editorial, 1993.
- Becher, J., *Mujer, religión y sexualidad*, Mendoza, Subsecretaría de la Mujer del Consejo Mundial de Iglesias, 1993.
- Benjamin, J., *Los lazos de amor*, Barcelona, Paidós, 1995.
- Bonino Mendez, L., *Micromachismos*, Madrid, Cecosam, 1998.
- *Movimiento de hombres profeministas, antisexistas o igualitarios*, Barcelona, Paidós, 2003.
- Burin, M.; Meler, I., *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*, Buenos Aires, Paidós, 1998.
- *Varones, género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- Calvo, Y., *La mujer, víctima y cómplice*, San José de Costa Rica, Editorial Costa Rica, 1993.
- *A la mujer por la palabra*, Costa Rica, Editorial de la Universidad Nacional (EUNA), 1990.
- Camps, V., *El siglo de las mujeres*, Madrid, Cátedra, 2003.
- Coria, C., *El sexo oculto del dinero*, Buenos Aires, Paidós, 1986.
- *El dinero en la pareja*, Buenos Aires, Paidós, 1989.
- *Los laberintos del éxito*, Buenos Aires, Paidós, 1992.
- *Las negociaciones nuestras de cada día*, Buenos Aires, Paidós, 1996.
- *El amor no es como nos contaron*, Buenos Aires, Paidós, 2001.
- *Los cambios en la vida de las mujeres*, Buenos Aires, Paidós, 2005.
- Dio Bleichmar, E., *La sexualidad femenina*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Durán, M. Á., *Los costos invisibles de la enfermedad*, Fundación BBVA, 2003.
- *Si Aristóteles levantara la cabeza*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000.
- Freixas, A., *Abuelas, madres, hijas. La transmisión sociocultural del arte de envejecer*, Barcelona, Icaria Editorial, 2005.
- *Nuestra menopausia. Una versión no oficial*, Barcelona, Paidós, 2007.
- Izquierdo, M. J., *El malestar en la desigualdad*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1998.
- Fox Séller, E., *Reflexiones sobre género y ciencia*, Valencia, Editions Alfons El Magnámin, Generalitat Valenciana, 1991.
- Lagarde, M., *Cautiverio de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*, México, UNAM, 1990.
- Lagarde, M., *Claves feministas para la negociación en el amor*, Managua, Puntos de Encuentro, 2001.
- Murillo, S., *El mito de la vida privada*, Madrid, Siglo XXI, 1996.
- Ravazzola, M. C., *Historias infames: los maltratos en las relaciones*, Buenos Aires, Paidós, 1997.

Tomasi di Lampedusa, Giuseppe, *El gatopardo*, Madrid, Cátedra, 2006.
Varela, N., *Íbamos a ser reinas*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

Otro título de la autora

Clara Coria
El sexo oculto del dinero

Quizá lo más revolucionario de este libro lúcido y polémico sea que aborda el tema del dinero desde la perspectiva de las relaciones existentes entre hombres y mujeres en nuestra sociedad, relaciones que a veces son de poder y dominio incluso en los intersticios más íntimos de nuestra vida cotidiana. Las cuestiones que analiza van desde el problema administrativo en la sociedad conyugal hasta las dificultades en el cobro de honorarios profesionales, pasando por los sentimientos de culpa que provocan ciertas prácticas económicas, la necesidad imperiosa de ser altruistas, en el caso de las mujeres, o la trampa cultural que impone a los hombres ganar mucho dinero como demostración de su virilidad. Todo ello se inscribe en el marco de lo que la autora caracteriza como cultura patriarcal –la cual impone una marcada discriminación entre hombres y mujeres respecto de la adquisición, administración y reproducción del dinero– y resulta absolutamente imprescindible para comprender ciertas delicadas cuestiones que afectan profundamente a ambos sexos.

Otro título de la autora

Clara Coria
El dinero en la pareja

Hablar del dinero en la pareja es hablar de algo más que de una gestión administrativa. Es colocarnos como observadores en un punto en el que coinciden varios aspectos de nuestra vida: el amor y el cariño, ciertamente, pero también las influencias sociales y las elecciones éticas que cada uno adopta en su comportamiento. Por un lado,

la experiencia hará que nos replanteemos nuestro concepto de la atracción amorosa, que nos percatemos de los fantasmas y resentimientos que se esconden tras el mito de la pareja. Pero, por otro, desenmascarará las múltiples hipocresías en las que estamos atrapados los hombres y las mujeres, que nos privan de disfrutar con plenitud de un intercambio más libre, más creativo, más enriquecedor y sobre todo más solidario.

España

Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona (España)
Tel.: (34) 93 492 80 00
Fax: (34) 93 492 85 65
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Paseo Recoletos, 4, 3.^a planta
28001 Madrid (España)
Tel.: (34) 91 423 03 00
Fax: (34) 91 423 03 25
Mail: info@planetaint.com
www.planeta.es

Argentina

Av. Independencia, 1682
1100 C.A.B.A.
Argentina
Tel.: (5411) 4124 91 00
Fax: (5411) 4124 91 90
Mail: info@eplaneta.com.ar
www.editorialplaneta.com.ar

Brasil

Av. Francisco Matarazzo,
1500, 3.º andar, Conj. 32
Edifício New York
05001-100 São Paulo (Brasil)
Tel.: (5511) 3087 88 88
Fax: (5511) 3087 88 90
Mail: ventas@editoraplaneta.com.br
www.editoraplaneta.com.br

Chile

Av. 11 de septiembre, 2353, piso 16
Torre San Ramón, Providencia
Santiago (Chile)

Tel.: Gerencia (562) 652 29 43
Fax: (562) 652 29 12
www.planeta.cl

Colombia

Calle 73, 7-60, pisos 7 al 11
Bogotá, D.C. (Colombia)
Tel.: (571) 607 99 97
Fax: (571) 607 99 76
[Mail: info@planeta.com.co](mailto:info@planeta.com.co)
www.editorialplaneta.com.co

Ecuador

Whymper, N27166,
y Francisco de Orellana
Quito (Ecuador)
Tel.: (5932) 290 89 99
Fax: (5932) 250 72 34
[Mail: planeta@acces.net.ec](mailto:planeta@acces.net.ec)

México

Masarik 111, piso 2.º
Colonia Chapultepec Morales
Delegación Miguel Hidalgo 11560
México, D.F. (México)
Tel.: (52) 55 3000 62 00
Fax: (52) 55 5002 91 54
[Mail: info@planeta.com.mx](mailto:info@planeta.com.mx)
www.editorialplaneta.com.mx
www.planeta.com.mx

Perú

Av. Santa Cruz, 244
San Isidro, Lima (Perú)
Tel.: (511) 440 98 98
Fax: (511) 422 46 50
[Mail: rrosales@eplaneta.com.pe](mailto:rrosales@eplaneta.com.pe)

Portugal

Planeta Manuscrito
Rua do Loreto, 16-1.º Frte.
1200-242 Lisboa (Portugal)

Tel.: (351) 21 370 43061

Fax: (351) 21 370 43061

Uruguay

Cuareim, 1647

11100 Montevideo (Uruguay)

Tel.: (5982) 901 40 26

Fax: (5982) 902 25 50

[Mail: info@planeta.com.uy](mailto:info@planeta.com.uy)

www.editorialplaneta.com.uy

Venezuela

Final Av. Libertador con calle Alameda,

Edificio Exa, piso 3.º, of. 301

El Rosal Chacao, Caracas (Venezuela)

Tel.: (58212) 952 35 33

Fax: (58212) 953 05 29

[Mail: info@planeta.com.ve](mailto:info@planeta.com.ve)

www.editorialplaneta.com.ve

Grupo  Planeta

Paidós es un sello editorial del Grupo Planeta www.editorialplaneta.com.ar

Índice

Decir basta	2
Portadilla	5
Portada	8
Legales	10
Dedicatoria	12
Agradecimientos	14
CAPÍTULO 1	16
NO SE TRATA DE PATEAR EL TABLERO	17
EL BASTA Y SUS LABERINTOS	18
CUANDO DESBORDA EL SILENCIO	19
LA DENSIDAD DEL AGUANTE	20
LA MAGIA DE TRANSFORMAR LO DIVINO EN NATURAL	21
CAMBIAR ALGO PARA QUE TODO SIGA IGUAL	23
UNA PROPUESTA ALTERNATIVA	24
CAPÍTULO 2	26
SI DE PEDIR PERMISO SE TRATA	27
UNA DIFERENCIA INQUIETANTE	29
EL ADN DE LA DIFERENCIA	30
EL PERMISO PARA EQUIVOCARSE TAMBIÉN ESTÁ SEXUADO	31
UNA CUESTIÓN “SEXUAL”: MIENTRAS EL CRÉDITO	
COMPENSATORIO ES MASCULINO, EL IMPUESTO A LA	33
TRANSGRESIÓN ES FEMENINO	
ESTRATEGIAS PARA EL CAMBIO	35
CAPÍTULO 3	38
ABUSOS Y AUTOABUSOS	39
EL AMOR NO ES HIJO DEL SACRIFICIO	41
ALGUNAS PREGUNTAS INDISCRETAS	42
Las tentaciones de la inercia	43
GRANDES EFECTOS DE “PEQUEÑAS COSAS”	45
CURIOSAS FORMAS DE AUTOABUSO FEMENINO: AUTOEXIGENCIA E	
INFALIBILIDAD	46
LOS COSTOS DEL AUTOABUSO	48

CONSECUENCIAS INSALUBRES DEL AUTOABUSO:	50
RESENTIMIENTOS, ILEGITIMIDAD Y CULPAS	
¿QUÉ HACER CON EL AUTOABUSO? ¿ES POSIBLE DETECTAR SEÑALES PREVENTIVAS?	51
CAPÍTULO 4	53
EL TIEMPO LIBRE JUEGA A LAS ESCONDIDAS	54
AHORA QUE PUEDO Y TENGO TIEMPO LIBRE...¿QUÉ QUIERO?	56
“LA FUNCIÓN HACE AL ÓRGANO”... Y LA PRÁCTICA AL APRENDIZAJE	58
EL DEBER COMO CORAZA Y ARMADURA	59
EL TIEMPO LIBRE NOS DESNUDA	60
NUEVAS TRAVESÍAS: CONSTRUIR PROYECTOS PROPIOS	61
PACIENCIA ACTIVA, UN HÁBITO SALUDABLE	62
EL ARTE DE TRANSFORMAR LOS PASIVOS EN ACTIVOS. ¿FACTURAS PENDIENTES O CRÉDITOS A FAVOR?	64
CAPÍTULO 5	68
¿JUVENTUD IDEALIZADA?	69
¿DISCULPARME POR NO SER JOVEN?	71
LA JUVENTUD NO ES UNA VIRTUD	73
“MIRÁ LA VIEJA CÓMO ESTÁ VESTIDA”	76
“DEJÉ DE SER UNA REINA... ME VOLVÍ INVISIBLE”	78
LA MAGIA DEL ESPEJISMO: PROMESAS Y OMISIONES	80
LA CULPA LA TIENE LA EDAD	81
“EN VOZ BAJA”	82
UNA CUESTIÓN DE EROTISMO	83
A MODO DE CIERRE: LA AUTOESTIMA HERIDA	86
A MODO DE EPÍLOGO	89
CUANDO UNA GOTA REBASA	89
Y DE LOS LÍMITES... ¿QUÉ?	91
Notas	94
Bibliografía general	103
Grupo Editorial Planeta	107